

Hermann Ungar

La clase

Novela



Por el autor de «Los mutilados»



Lectulandia

Segunda y última novela de Hermann Ungar. «La clase» relata la historia de un profesor de escuela de débil constitución física y escasa fuerza de voluntad que respeta al máximo el orden establecido y pretende imponer a sus alumnos su férrea disciplina en contraste con su compañero de infancia que se revela contra el rígido orden social. El novelista explora un universo cuya única ley es el desequilibrio.

Lectulandia

Hermann Ungar

La clase

ePub r1.0

Titivillus 30.06.17

Título original: *Die Klasse*

Hermann Ungar, 1927

Traducción: Ana María de la Fuente Rodríguez

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

CAPÍTULO I

Él sabía que las miradas de los chicos le acechaban, que el menor descuido podía ser su perdición. Este año había dieciocho chicos sentados frente a él. Sentados en los bancos, de dos en dos, mirándole. Él estaba seguro de que la catástrofe tenía que llegar. Debía hacerse el terrible. Sabía que no lo era. Él defendía su pan, luchaba por cada día de moratoria. Su severidad era parte del sistema destinado a retrasar el fin. Tenía que ganar tiempo. Cada día podía traerle la salvación porque, precisamente ese día ganado, él, el maestro Josef Blau, tal vez haciendo acopio de fuerzas, podría conseguir que le fuera atenuada la pena a la que se había hecho acreedor.

Luchaba por todos los medios para mantener la disciplina. En cuanto se relajara, todo se perdería. A la primera piedra que se desprendiera, caería el edificio entero. Él sabía que quedaría sepultado bajo los escombros. Conocía ejemplos que le habían enseñado que la dulzura y la tolerancia no eran los medios adecuados para mantener a raya a los chicos. Otros profesores habían fracasado por eso. El ser humano, decían, estaba dotado de bondad y comprensión; en tal caso, los chicos de catorce años no eran seres humanos. Su corazón era cruel. Si se derrumbaba la barrera de la disciplina, bien lo sabía él, de nada serviría hacer alusión a la delicada situación del maestro ni pedir consideración. Ellos, desde el momento en que empezaran a perseguirle sus risas burlonas, no le darían cuartel y él tendría que huir, humillado, con la cabeza baja, desposeído de su pan.

La escuela se encontraba en un barrio de gente acomodada. Los chicos estaban bien alimentados y bien vestidos. Él era de origen humilde. Comprendía que la riqueza, cuando se disfruta desde la cuna, proporciona al individuo una libertad de acción y una confianza en sí mismo que no se consiguen con estudios, formación ni conocimientos. Él sabía que éste era su punto vulnerable y temía que los chicos lo descubrieran.

Le parecía que sus miradas escrutaban sus movimientos y sus ropas.

Él estaba frente a la clase sin moverse, con la espalda apoyada en la pared. Los miraba a todos y cada uno. Sabía que no podía dejar que se le escapara ni el menor asomo de sonrisa en aquellas caras vueltas hacia él. Podría ser una sonrisa de superioridad y desencadenar la revuelta. Si la veía a tiempo, podría sofocarla con la mirada. También podría imponer un castigo, con cualquier pretexto. Lo esencial era estar preparado en cada segundo de las horas de clase para impedir que la disciplina se tambaleara por cualquier motivo.

Por esta razón, el profesor Blau se abstenía de pasear por la clase como solían hacer los otros maestros. El movimiento aflojaba la tensión, era relajante y relajaba. Desaparecía la barrera entre el superior y el conjunto de los subordinados, el sistema perdía rigidez, se hacía flexible. Los pesos no podían desplazarse sin amenazar el equilibrio. Él sabía que, al primer paso que diera, en la clase se liberaría un suspiro. La rigidez de los cuerpos cedería. Por otra parte, al mantener una posición fija, no

tenía que exponer sus movimientos a la observación de los chicos que, si caminaba, lo seguirían con la mirada. A pesar del peligro de los apuntadores, tomaba la lección a los chicos en el mismo banco, en lugar de hacerles salir a la pizarra. También este desplazamiento podía romper el equilibrio y crear perturbaciones. El orden bipartito sería reemplazado por el tripartito y la bipolaridad de las miradas, de él a ellos y de ellos a él, se rompería con la creación del tercer polo. La puerta de la clase estaba a la altura de la primera fila de bancos, frente a las ventanas. Éstas daban al patio. A tres pasos de los bancos, frente a la pared transversal, en la que se hallaba la pizarra, estaba la tarima con la mesa de Josef Blau. La mesa había sido colocada a un extremo de la tarima, de cara a las ventanas. Si Josef Blau, como hacían otros maestros, hubiera caminado hasta las ventanas por el estrecho pasillo que quedaba entre la tarima y los bancos, para colgar el sombrero en la percha destinada al maestro, situada en el rincón entre la mesa y la pared, durante el recorrido hubiera tenido a su espalda los ojos de una parte de los alumnos. Para evitar el dar la espalda a la clase, subía directamente a la tarima desde la puerta y se dirigía a su lugar describiendo un semicírculo no sólo en la traslación sino también sobre su propio eje, para no perder de vista a los chicos. Josef Blau anotaba la entrada en el libro de clase y se situaba junto a la primera ventana, de manera que la pared le protegiera la espalda de las miradas del exterior. Así permanecía, de cara a los chicos, hasta el final de la clase. Al marcharse, hacía el mismo recorrido que al llegar, a la inversa. Tanto o más que el movimiento, las ropas podían hacerle blanco de las burlas de los chicos. A los ojos de los ricos, nada era más despreciable que la pobreza, pensaba Josef Blau. En su misma conmiseración había un sentimiento de superioridad. Él sabía que no podía prescindir de la buena ropa, aunque tuviera que hacer grandes sacrificios para adquirirla. Todos los años, al empezar el curso, se encargaba un traje. Pero, a pesar del esmero con que cuidaba sus prendas de vestir, no bien entraba en la clase, advertía con bochorno lo modesto de su indumentaria. El temor de que le brillaran el fondillo del pantalón y las mangas a la altura del codo, le obsesionaba de tal modo que giraba las mangas hacia dentro y mantenía los brazos pegados al cuerpo durante toda la clase.

Los chicos, casi sin excepción, vestían traje de marinero azul, con escote en pico que dejaba ver unos pechos blancos y sin vello. Los pantalones eran ajustados y algunos llegaban muy por encima de la rodilla, por lo que entre el pantalón y el calcetín quedaba al descubierto otro buen trozo de carne. El traje de los chicos molestaba al profesor Blau. Aquella forma de vestirse le parecía una incorrección hacia él, una especie de desafío.

Él era bajo y delgado. Por la desazón que le producían las prendas holgadas y por su sentido del orden, llevaba la chaqueta siempre abotonada. Tenía las piernas flacas y, para no enseñar más piel que la indispensable, usaba altos cuellos de pajarita.

Despierto, sufría la ilusión, tan dolorosa como mortificante, de ser él quien estaba vestido de marinero, mientras sus alumnos se burlaban del vello que le asomaba por el escote y de otras muchas cosas, avergonzándolo mortalmente.

En los ojos de los chicos leía el afán de saltar las barreras y aproximarse a él. Puesto que con la fuerza no lo conseguirían mientras él se mantuviera alerta, lo intentaban con la astucia. Lo seguían por la calle. Por muchas precauciones que tomara, a la larga, no podría impedir que vieran a Selma. Ellos acabarían por enterarse de su existencia y, mientras mirasen al maestro con expresión atenta y sumisa, sus pensamientos libidinosos girarían en torno a su matrimonio. Tal vez estuvieran despojándole de sus prendas de vestir, hasta dejar al descubierto su cuerpo escuálido, e imaginándolo con Selma en aquella situación que lo asemejaba al perro callejero. Si conocieran a Selma, si uno sólo de ellos la viera con aquellos vestidos ceñidos a sus amplias curvas, estos pensamientos se harían más reales. Ellos no debían ver a Selma. Él, como el comandante de una fortaleza sitiada, debía asolar las tierras de los alrededores, incluso las fértiles, y convertirlas en desierto, para dificultar por todos los medios la aproximación del enemigo.

Entre él y los chicos no debía existir más relación que la profesional. La relación profesional tenía sus vías trazadas, sus normas. Si abandonaba el terreno en el que regían estas normas, sería imposible volver a él. Lo impersonal, todo lo ajeno a su condición de maestro y alumnos, habría cedido el puesto para siempre a lo personal y relativo. Él debía mostrarse inflexible cuando los chicos trataran de enredarlo en una conversación particular, como se prende al pez en las mallas de una red. Si, durante el descanso entre clases, se acercaban a él, que solía quedarse apoyado en un rincón del largo corredor, los despachaba secamente. Él no desconocía las teorías de quienes propugnaban el acercamiento entre maestro y alumnos. Pero no había elección. Aquellos chicos tenían la superioridad de los bien alimentados, la seguridad de los bien vestidos; si llegaban a descubrir las miserias que intuían en él, su risa podría destruirlo. Había uno que no llevaba traje de marinero. Se llamaba Johann Bohrer. Su padre era pasante de abogado. Bohrer llevaba chaqueta marrón y pantalón largo. Las mangas de la chaqueta le brillaban. Sus manos no eran blancas como las de los otros chicos, sino rojas e hinchadas de frío. Josef Blau evitaba mirar y preguntar a aquel chico. Le parecía que Bohrer podía levantarse bruscamente, acercarse a él, el maestro Josef Blau y, entre las risas de toda la clase, darle unos golpecitos en el hombro. Los chicos podían compararlo con Bohrer, con quien compasivamente compartían el desayuno. Ninguno podía darse cuenta de su angustia con tanta claridad como Bohrer. A pesar de que Josef Blau intuía la respuesta, obedeciendo a una voluntad superior que lo empujaba hasta el borde del abismo, preguntó a Bohrer qué querría ser de mayor. Bohrer, sin levantar la mirada, en voz baja, como si comprendiera la vergüenza de Blau, respondió que él quería ser maestro. Durante un momento, Blau quedó anonadado. Palpó la pared con la mano. Cerró los ojos.

Pero ya se había hecho en la clase el murmullo del movimiento y le llegaba a los oídos. ¿Era esto el fin? ¿Comprendían ahora los chicos que para el hijo de un pasante no había más profesión que la de maestro? ¿Que la profesión de Josef Blau era profesión de pobres? ¿Los verían ahora ya para siempre el uno al lado del otro, Josef

Blau y Johann Bohrer, el de las manos coloradas? ¿Estaba marcado para siempre? Se sobrepuso. Su mirada recobró la fijeza. Comprendió que debía recurrir a medios más enérgicos para consolidar su autoridad y pensó en la posibilidad de que disponían los maestros cuando existía el castigo corporal. Hubieran debido hacer que fueran los mismos alumnos los que lo aplicaran. Así se habría roto la solidaridad, se los hubiera podido enfrentar unos con otros como el destino enfrenta unas con otras a las criaturas humanas que le están sometidas. El castigo corporal era mejor que las amonestaciones, las malas notas, el quedarse después de clase y los deberes suplementarios. Éstos eran castigos que no herían, que los chicos podían cumplir con una sonrisa de superioridad. El castigo corporal hacía patente al alumno su inferioridad frente al poder del maestro. El maestro Blau comprendía y aprobaba los principios que habían conducido a la supresión de estos castigos. No obstante, él los hubiera aplicado, de haber podido, porque también los chicos hubieran utilizado todos los medios para destruirlo a él. No hubiera vacilado, ya que se trataba de su pan. Si no quería dar por perdida esta lucha desde el principio, tenía que reprimir toda inclinación a la tolerancia. Josef Blau sabía que al fin sería derrotado, pero luchaba por retrasar la hora de la derrota. Él no sabía dónde empezaría el horror. El peligro amenazaba por muchos frentes. En el mundo de la escuela y en el mundo ajeno a ella. El contacto entre estos dos mundos aceleraría la catástrofe. Él comprendía que, en su empeño por luchar contra su destino, se aferraba a un clavo ardiendo. Pero, contra esa ley que tan cruelmente lo perseguía, no había más que clavos candentes.

Salió de la clase con dieciocho cuadernos forrados en papel azul debajo del brazo. Oyó la algarabía que se alzó tan pronto y cerró la puerta. Josef Blau ya no veía a los chicos, pero sabía que se habían levantado y rodeaban el banco de Karpel. Karpel, con quince años, era el mayor. Blau intuía que en Karpel se concentraba y multiplicaba la hostilidad de todos sus alumnos. Cuando llegara el fin, y si este fin se iniciaba aquí y no en casa, partiría de Karpel, con su pelo negro peinado con raya en medio. La cara de Karpel ya no era fina y femenina como la de los otros chicos. Era delgado y pálido, de nariz prominente y ojeras profundas. Parecía tener la cara sucia por la oscura pelusa que le cubría las mejillas. La idea de que también el cuerpo de aquel muchacho tuviera vello de hombre era tanto más turbadora dado que Karpel también llevaba la blusa de marinero abierta hasta la cintura como sus compañeros. Producía a Blau la misma impresión que, a una persona decente, la visión de un hombre vestido de mujer; porque, en cualquier momento, podía quedar al descubierto una parte del cuerpo cubierta con vello de hombre.

Josef Blau sentía la superioridad de este chico que lo despreciaba, aunque todavía no había dado expresión audible a su desprecio. Sin duda, estaba concentrando fuerzas y odio contra el maestro, para desatarlos cuando llegara el momento de dar a los otros la señal de lanzarse sobre la presa. El alumno nada tenía que perder. Si era expulsado, su padre, con lo rico que era, encontraría para él otras escuelas. Pero el maestro estaría preparado. No les resultaría fácil atacarlo mientras él tuviera los ojos

en ellos, taladrándolos con la mirada. Cada vez que la mirada de Blau se posaba en él, Karpel bajaba la cabeza. Y escondía los dedos debajo del pupitre cuando los ojos del maestro los observaban. ¿Por qué no mantenía quietas sus manos de uñas relucientes y bien cuidadas? ¿Por qué razón las escondía a la mirada del maestro si no era porque sabía que las uñas de Blau no estaban cuidadas y que la vista de sus manos avergonzaba al maestro, y todavía no había llegado el momento de avergonzar a Blau?

Josef Blau apretó el paso. Ya se oía, en lo alto de la escalera, el ruido de los chicos que se acercaban. Una vez en la calle, entró en el primer portal. Quería dejar pasar a los chicos. Ahora salían. No lo veían, ya que el portal estaba oscuro. Él sí podía verlos, cómo bajaban saltando las escaleras exteriores, cómo se estiraban y desperezaban. Hacían oscilar los libros atados con las correas. Estaban frente a él, Karpel en medio del grupo. Karpel dijo algo y Blau oyó el coro de risas que sonó al otro lado de la calle. Karpel tenía las manos hundidas indolentemente en los bolsillos del pantalón y sujetaba los libros bajo el brazo izquierdo. Aquel chico tenía experiencia. Ya conocía los vicios prohibidos. Quizá hasta conocía a la mujer. Blau se avergonzaba de la experiencia del alumno. Karpel no se avergonzaba.

Karpel sacó del bolsillo una hoja de papel. El papel pasó de mano en mano. Los chicos se reían. Sin duda, era un dibujo obsceno lo que mostraba Karpel. Quizá lo representara a él, el profesor Blau, dibujado por el experto Karpel en circunstancias ridículas, pero Josef Blau no podía salir, ponerse en medio de los chicos e incautarse del dibujo.

Lo hubieran rodeado por todas partes. Ahora había en todos burla y arrogancia. Lo hubieran recibido con risas, porque, en aquel momento, lo verían tal como lo había dibujado Karpel. Allí no había orden al que tuvieran que someterse, el orden que le asignaba un lugar frente a los chicos. Aquí, entre la gente, las casas y los coches, en medio del ruido de la calle, él hubiera tenido que empezar por crear el orden. Los chicos estaban de pie, el orden se había roto. Estaban en movimiento, aquí su triunfo sería fácil. Y él no iba a consentir que consiguieran su triunfo tan fácilmente.

Josef Blau esperaba. Cuando los chicos se fueron, salió del oscuro portal a la calle.

CAPÍTULO II

Para ir a su casa, tenía que cruzar la calle. Vivía con Selma y la madre de ella en el último piso de una casa de vecindad. La casa estaba negra por el hollín de la estación, frente a la cual estaba situada. Sólo en los lugares en los que se había desprendido el mortero, unas manchas amarillo claro salpicaban el negro.

Todas las casas de aquel lado de la calle estaban como ésta. En cada una habitaban varias familias. En algunas ventanas se habían puesto a ventilar edredones rojos. En la acera, frente a las puertas de las tiendas, había mujeres gruesas, sin sombrero, con el pelo revuelto y escaso, la blusa por fuera y las caderas abultadas y flácidas, con cacharros y bolsas en la mano. Josef Blau entró en el oscuro portal. La casa olía a humedad y a comida. De las viviendas salían voces, ahogadas de vez en cuando por llantos de niños y ladridos de perros.

Ni Selma ni la madre estaban en casa. Josef Blau se sentó a la mesa. Martha, la criada, una muchacha de diecisiete años, bajita y lisa, hija de una vecina, le sirvió la comida. El comedor daba directamente a la cocina. Detrás del dormitorio principal estaba la habitación de la madre, un cuartito con una ventana y puerta a la escalera. En el comedor había dos ventanas. Delante de una de ellas estaba la máquina de coser en la que Selma había estado trabajando antes de salir. De las paredes colgaban varios cuadros, un grabado en color que representaba una gran asamblea, dieta o concilio, y varias fotografías familiares, un retrato de juventud de la madre de Selma y otro de su difunto padre, un caballero de aspecto imponente y gran bigote. Los visillos eran blancos y las paredes tenían un dibujo de color vivo aplicado sobre la cal. No obstante, la habitación no era alegre. El humo de la estación, que entraba por las ventanas, lo cubría todo con una fina capa que dejaba los colores desvaídos, mates, muertos, y no recuperaban el brillo ni cuando se limpiaba el hollín que cubría muebles, cuadros y paredes. Las ventanas miraban al norte. Antes de llegar a la casa, la luz caía sobre las naves, andenes, cobertizos y depósitos de carbón de la estación.

Después de comer, Josef Blau extendió sobre la mesa los cuadernos de los chicos. Sacó tinta roja y pluma de una estantería colocada entre las dos ventanas y se sentó. Limpió la plumilla cuidadosamente con un trapo destinado al efecto y abrió el cuaderno del alumno Blum, el primero por orden alfabético.

Había quietud. Josef Blau no oía más que el tintineo de los platos que Martha apilaba en la cocina y el murmullo sordo de la casa. No quería pensar en Selma, que se le acercaba, señalando su cuerpo cada día más pesado, para arrancarle una palabra que él no quería decir. Ella no comprendía que no había que decir más que lo indispensable, porque nunca se sabía si las palabras no iban a convertirse en maldiciones. Querría aprovechar el tiempo antes de que volvieran Selma y su madre. Corregir los ejercicios tranquilamente, cuaderno tras cuaderno, falta tras falta, dejando fuera todo lo demás y pensando sólo en lo que hacía, en la obligación y en nada más. Se inclinaba sobre los cuadernos, trazando líneas rojas bajo lo escrito. Eran

seis frases simples. Pero la falta de atención se delataría en las trampas tendidas por el maestro, una trampa en cada frase. Josef Blau observó con sorpresa que, casi sin excepción, los chicos habían eludido las trampas. Su asombro creció cuando vio que en la trampa de la tercera frase habían caído todos. Puso los cuadernos por el orden en que se sentaban los chicos y tuvo un sobresalto. La concordancia era indudable. Delante de su escrutadora mirada, los chicos habían encontrado la forma de confabularse contra él. Comprendió que ellos, en su fuero interno, le despreciaban. Habían sido más listos que él. Se sentaban ante él sólo aparentemente sumisos. Su estratagema no tenía por objeto darle satisfacción por un trabajo bien hecho, sino poner a prueba su vigilancia. Él no había superado la prueba. Ahora se envalentonarían. Era dudoso que Josef Blau pudiera salvarse, sofocar la rebelión que lo amenazaba, aunque al día siguiente pusiera al descubierto el complot y, con bien meditadas medidas, tratara de volver a imponer su autoridad sobre los chicos.

Era una conjura subterránea, un complot bajo los bancos, una confabulación de las pantorrillas desnudas bajo los cuerpos aparentemente sumisos. No cabía otra posibilidad: los chicos se tocaban las piernas, hacia los lados o hacia adelante. Se pasaban papeles en los calcetines, y en las cañas de las botas. La inmovilidad era sólo de los bancos para arriba; debajo había movimiento y anarquía. Debajo de los bancos no alcanzaba la mirada del maestro. La cabeza y el tronco obedecían, pero las piernas se desmandaban. Esto era el principio. La disciplina se rompía desde abajo, en su presencia, cuando más firme la creía, cuando pensaba que no se le escapaba movimiento alguno. Ellos no le temían ni aun teniéndolo delante. ¿Qué ocurría cuando no podía verlos?

Josef Blau se puso en pie. Se acercó a la ventana. Ante él se extendía la maraña de vías que iba menguando en dirección a la estación. Durante el camino de regreso, no había visto a ninguno de los chicos. No lo seguían. Pero quizá vigilaban la casa. Quizá espiaban a Selma. Ya la habían abordado, le habían susurrado al oído el apodo ridículo que le daban, le habían dicho que tenía miedo de los alumnos y que los alumnos lo destruirían sin piedad cuando llegara el momento. Quizá le habían puesto en la mano dibujos en los que él, Josef Blau, aparecía hecho un guiñapo, un mísero montón de huesos cubiertos de vello, quizá con ella, que había sido deformada por él. Sin duda, comprendían que ella era toda su vida. Los chicos eran crueles y concupiscentes. No se detendrían ante Selma. La lascivia de los chicos, estimulada por la vista del embarazo, se recreaba con imágenes de la intimidad de Selma con él, cuyas consecuencias se habían hecho visibles en ella. Karpel, que era ducho en vicios, tal vez susurrara a Selma que había otros hombres más viriles y que ella, Selma, era hermosa, que tenía un cuerpo soberbio y que al lado de él debía de languidecer.

Él era hijo de un alguacil de pueblo. Era bajo, cetrino y escuálido. Tenía la piel áspera, como espolvoreada de sémola. La nuez le bailaba en el flaco cuello, destacándose como un segundo mentón. Él nunca se había desnudado delante de ella

con la luz encendida. Ella era blanca y suave. Su cuerpo era bien torneado, de carne firme. ¿Qué quería él de ella? Él le llegaba a la frente, al nacimiento de su pelo rubio que ella llevaba peinado hacia atrás y recogido en un moño en la nuca. Al andar, movía las anchas caderas como esas mujeres que llevan un cántaro en la cabeza. Unos labios rojos, siempre entreabiertos, descubrían unos dientes blancos y húmedos. Él sabía que los hombres se volvían a su paso. Eran hombres risueños que podían poner su carne dura como una piedra al tensar los músculos. Eran hombres que guiñaban los ojos y sonreían a las mujeres. Quizá Selma lo comparase ya con uno más alto, más fuerte y más viril. Ella ya había comprendido que él era de cuerpo enclenque y corazón pequeño, y carecía del valor necesario para crecerse y hacer olvidar su escasa talla. Él sabía que, si no quería perder a Selma, tenía que defenderse. Si un día llegaba quien pretendiera arrebatársela, Josef Blau, con su astucia, sabría evitarlo. Él tenía que vigilarla para que nada se le escapara: ni un movimiento de la cara, ni una mirada, él debía sondear el significado profundo e inconsciente de cada palabra que ella dijera, de cada suspiro, si quería descubrir el indicio de que la perdía. Iría a ver a Modlizki para que averiguase los planes de los chicos y se los revelara. El peligro de los chicos, que lo amenazaba, era el más inmediato y acuciante. A los chicos los movía el odio contra él. El odio les haría superar los obstáculos. Si aún no se habían acercado a Selma, por todos los medios había que impedir que se acercaran. Él quería limitar las salidas de Selma a lo indispensable. Nadie debía verla, ni los chicos, ni ningún otro hombre. Si los chicos advertían su triunfo de hoy, perderían el último escrúpulo, el conocimiento de su superioridad espolearía su audacia. Podrían tratar de entrar en el piso mientras Josef Blau estaba ausente. La madre no era un obstáculo. Era sorda. Sólo oía lo que se le gritaba junto al oído. Los chicos podían saberlo. Podían haber observado a Selma durante el paseo con su madre y oído cómo Selma tenía que levantar la voz para hacerse entender. Todo consistía en impedir que los chicos tuvieran conocimiento de su victoria, en que Josef Blau, al día siguiente, por su forma de descubrir y castigar el complot, consiguiera convertir el triunfo en derrota. Si todavía podía imponer su autoridad, si, con la euforia del triunfo, los chicos, azuzándose mutuamente, no convertían la rebelión secreta en descarada y, desde el momento de su entrada, no veía las caras risueñas de Karpel, Laub y los demás.

Si aún podía dominarlos con la mirada, si no se le rebelaban abiertamente todavía, él sabía lo que tenía que hacer. El descubrimiento del complot debía hacerse sin revuelo, casi sin palabras. Nada debía delatar lo muy cerca que los chicos habían estado de ganar la partida. Él debía mantenerse en su sitio, como siempre, y los chicos, frente a él, sentados en los bancos, le escribirían otras seis frases. En lugar de imponerles un castigo por aquella conspiración, para evitar nuevas maquinaciones subterráneas, les ordenaría que mientras escribían mantuvieran el brazo izquierdo extendido sobre el pupitre, asiendo el canto con los dedos. De este modo, la postura del cuerpo quedaría fija y se facilitaría la vigilancia de todos los movimientos. La

mano derecha escribiría y la izquierda estaría inmóvil y, por su inmovilidad, actuando a modo de áncora, impediría los movimientos del cuerpo o, por lo menos, limitaría al mínimo la movilidad de las piernas. Esto le parecía mejor que un castigo. Porque el castigo les haría comprender la importancia del caso. Si él respondía al golpe de ellos con otro golpe, si colocaba a los chicos de un lado, y a sí mismo del otro, a modo de fuerzas contendientes, lejos de intimidarlos, les alentaría a nuevos desafíos. Había que excluir toda posibilidad de que se planteara semejante relación. Él descubría y se mantenía aparte, sin dejarse arrastrar. Dejaría pasar el incidente sin castigo aparente, pero aquella medida de carácter físico haría patente a los chicos, de un modo mucho más sensible que un castigo, su subordinación a su voluntad.

Josef Blau preparó cuidadosamente seis nuevas frases que los alumnos deberían traducir al día siguiente. Nuevamente, en cada una de ellas, formulada con toda sencillez, tendió una trampa gramatical que debía demostrar la atención del alumno y la independencia del trabajo.

Mientras estaba comparando formulaciones, oyó las voces de Selma y de la madre en la escalera. Selma, que tenía una voz grave muy grata al oído, ahora, para hacerse oír de la madre, la forzaba hasta hacerla estridente y chillona. La madre contestaba sin poder modular la propia voz y a Josef Blau le sonó ronca como la de un hombre y le pareció que retumbaba en todas las habitaciones de la casa, amplificadas por el poderoso instrumento del cuerpo del que brotaba, como por la caja de un contrabajo. Josef Blau cerró los cuadernos. Sentía el impulso de salir al encuentro de las mujeres, abrir la puerta, acelerar su entrada en la casa. Quería aislar aquellas voces del resto del inmueble todo lo que permitieran la puerta y la pared, para impedir que llegaran a casa de los vecinos. Estaba de pie, de cara a la puerta, esperando. Las voces ya habían llegado. La llave hizo girar la cerradura, y Selma y la madre entraron. La madre se dejó caer en la silla en la que estuviera sentado Josef Blau. Se desabrochó la chaqueta y dejó el sombrero encima de la mesa. Al respirar, hacía silbar el aire por las fosas nasales. Tenía una sombra de vello negro en el labio superior. Josef Blau sabía que ahora le dirigiría la palabra y que él tendría que contestar. Él, por terrible que resultara, tendría que alzar la voz por encima de lo normal, y ni aun así le oiría. La madre movería la cabeza como si le entendiera, para no delatar su sordera con una pregunta. Pero le miraría irritada, como si él hablara en voz baja adrede para molestarla y poner en evidencia su sordera. Ella no comprendía que él hacía cuanto podía. Ella no veía que se ponía colorado cuando oía sonar su propia voz con aquella estridencia que la hacía rebotar en la pared. Y entonces ella le preguntó mirándole fijamente:

—¿Ha venido Bobek?

Él movió negativamente la cabeza con energía y vehemencia, al tiempo que abría la boca formando un mudo «no» que subrayó con un movimiento de la mano. Quería que la madre entendiera la señal y la multiplicaba como si la mímica tuviera que amplificarse tanto como la voz para que la madre se enterase.

—¿Dónde se habrá metido? ¡Él quería hablar contigo! Tú ya sabes por qué. ¿O no lo sabes?

Lo sabía. Era por el dinero. Él asintió con rapidez y vigor. Ella abrió la boca como si se ahogara y quisiera sorber el aire y se oprimió el cuerpo con las manos.

—¡Este corsé! ¡Este corsé! Te ahoga. Ya no vendrá nadie. Si no está aquí ya, es que ya no viene.

Se levantó y salió de la habitación. La puerta se cerró violentamente. Se oyó su voz en la cocina y la respuesta atemorizada de Martha. Josef Blau se acercó a la ventana, de espaldas a la habitación. Sabía que la madre quería gustar al tío Bobek. El tío Bobek era primo de su difunto esposo. La madre comprimía el cuerpo entre las ballenas del corsé, subiendo toda la carga del busto, para que sus viejos pechos resultaran seductores a los ojos de un hombre. Él no quería oír hablar de esas cosas ni pensar en ellas. Le parecía que lo que hacía la madre de Selma era vergonzoso y denigrante, no sólo para ella sino, vagamente, también para la hija, Selma.

Selma se acercó a él. Caminaba pesadamente, como si el cuerpo tirase de ella hacia el suelo. Tenía un paquete en la mano y sonreía.

—Adivina lo que he traído —dijo.

Él la miró interrogativamente.

Ella abrió el paquete. Dentro había una chaquetita de punto de lana roja y pantalón a juego. Ella los sostenía extendidos sobre el papel. Él deseaba alargar el brazo para tocar aquellas prendas, acariciarlas, hacer un ademán cariñoso, pero se contuvo. Puso las manos a la espalda. ¿Qué hacía aquella mujer? ¿No comprendía lo que estaba haciendo?

—¡Oh, Dios! —dijo—. ¡No juegues con el futuro!

La miraba apenado. ¿Por qué lo hacía? ¿No comprendía por qué él no hablaba de lo que se avecinaba? ¿Tendría que explicárselo, tal vez a riesgo de malograr con ello todos sus esfuerzos? Ella seguía con los brazos extendidos. Ahora los bajó lentamente. La sonrisa se le borró de la cara.

—No hay que hablar de eso —dijo él, crispado—. No hay que decir nada, para que no se malogre.

Quería acercarse a ella. Vio que a sus ojos asomaban las lágrimas. Selma dio media vuelta y salió de la habitación. Fue a reunirse con su madre en la cocina.

Josef Blau la siguió con la mirada. ¿No lo consideraría duro e insensible? Hubiera debido llamarla, explicárselo. Pero ¿cómo hablar? La palabra pronunciada era irrecuperable. Empezaba su camino. Modificaba el mundo. Invocaba un destino que ya era insoslayable. Uno podía decir una palabra u otra, dar un paso hacia la izquierda o hacia la derecha, pero ni la palabra ni el paso podían retirarse una vez dicha la palabra o dado el paso. Tal vez pudiera escribirlo, meditando cada palabra antes de trazarla sobre el papel. Así se limitaría el peligro, se le pondrían barreras. Le escribiría que dejara de hablar del que aún no había nacido, que se abstuviera de situarlo en el mundo antes de que el destino dispusiera su llegada. Ella le atribuía el

sexo por adelantado y pensaba en qué nombre le pondría. Él desterraba tales pensamientos. Porque estaba convencido de que no era lícito gozar por anticipado de una felicidad que él podía sentir con la misma fuerza que ella, no fuera que el afán de gozarla antes de tiempo tuviese efectos lamentables. Efectos que podían perjudicar, no a él ni a ella, los culpables, sino al inocente recién nacido. Lo que hubiera de ocurrir no estaba escrito. Él había engendrado aquella criatura, el maestro Josef Blau se había permitido ser Dios y dar vida. Podía exigírseles retribución, a él, a Selma y a la criatura, porque sus destinos estaban unidos, uno arrastraba al otro, no existía una relación individual con la fuerza que juzgaba, sino que a un lado estaba la fuerza, y al otro, sus subordinados, formando, con sus destinos entrelazados, imbricados entre sí, una unidad similar a la unidad de los chicos de la escuela. Quizá aquella fuerza hiciera salir a la criatura del cuerpo de la madre, mutilada, señalada con marcas de fuego, con pico de pájaro, con labio leporino, con escamas de pez en la cara, con las extremidades paralizadas, con cola de mono, con joroba, con dos cabezas, con cuatro patas como un animal, como había oído contar y había leído. Imposible ahuyentar las imágenes por más que lo intentaba, porque él sabía que lo que se piensa está en el mundo y puede convertirse en maldición, por lo que no podían tenerse tales pensamientos, como tampoco podían contarse las pesadillas, para que el mal no entrara en el mundo, como señalaba la antigua creencia, surgida de la intuición de oscuras asociaciones.

Si todo estuviera decidido de antemano, uno podría estar tranquilo. Si hubiera un destino, un destino inevitable y predeterminado al que uno estuviera sometido, no se podría hacer ni decir más que lo dispuesto, y lo haría y lo diría con el ánimo sereno. Pero no había ningún acto ni palabra alguna predeterminados e ineludibles. No era que uno sólo pudiera dar tal paso o decir tal palabra, y con cada palabra, con cada acto, se cumpliera el destino consiguiente. Uno debía elegir el acto o la palabra entre muchas posibilidades. Uno transgredía una ley severa y desconocida que lo regía y se daba de bruces con el destino. Uno se cargaba de culpas que no comprendía o comprendía tarde. Existía una fuerza cruel que era la guardiana de la ley y juzgaba con severidad. Allí estaba Dios, el guardián de la ley, como el maestro en la escuela, pero rodeado de un misterio abrumador. Él anotaba el acto que había elegido cada cual y dictaba sentencia. Una sentencia que debían cumplir tanto el culpable como aquéllos a los que él había implicado en su destino.

Que Selma no comprendiera sin que él se lo explicara, que no podía haber más plan que éste, que cada palabra y cada acto encerraba una fuerza que, sin que se supiera cómo ni cuándo, podía liberarse tanto para bien como para mal: y que en el plan no se debía incluir más que lo previsto por el orden, lo indispensable, lo reglamentario... Había que procurar eludir lo inesperado, lo imprevisto, tanto en la escuela como en casa. Si uno callaba y sólo hacía lo obligado, lo que debía hacerse, limitaba el peligro. ¡Si uno pudiera contener la respiración para no turbar el curso de las cosas ni siquiera con el aliento! Inocente era sólo lo que no respiraba. Uno debería

no hacer nada, ser como los bancos de la clase, que no respiraban, o los árboles de la calle. Pero uno respiraba, actuaba, hablaba, por más que uno se limitara y se atuviera al sistema, y los que estaban relacionados con uno, actuaban y hablaban, y podía ser que los actos y las palabras los arrastraran a la vorágine del destino. Lo más terrible no era que uno hiciera su propio destino, sino que se supiera responsable del destino de los demás, del destino de aquel que había de nacer, al que Selma no cesaba de invocar con palabras, obras y pensamientos.

Había oscurecido. La madre entró con un quinqué. Josef Blau bajó las dos cortinas. Enfrente no había casas desde cuyas ventanas pudiera verse el interior de la vivienda. De todos modos, a Josef Blau no le gustaba tener recogidas las cortinas de las ventanas en una habitación iluminada; le parecía que los límites de la habitación se dilataban, que la luz que se escapaba abría la pared de la calle como la cuarta pared imaginaria del teatro abre el escenario al público invisible. La madre se había quitado el corsé. Llevaba una bata rojo intenso con las mangas muy anchas que se le subían hasta los hombros. Cuando levantaba el brazo, se le veía la axila. Tenía brazos carnosos, de piel amarilla. Un cinturón ceñía la bata a las caderas, por encima del cual se abultaba la carne. Puso el mantel. Selma entró con la cena. Martha ya se había ido. Dormía en casa de sus padres, que vivían en el mismo edificio.

Selma tenía los ojos irritados de haber llorado. Apenas probó el queso que había sacado a la mesa.

La madre masticaba con la boca abierta. Después del queso, tomó una manzana. La manzana le chasqueaba y rechinaba entre los dientes. Josef Blau, con la mirada baja, esperaba que terminara. Pediría a Selma que no volviera a comprar manzanas. No soportaba el ruido.

Deseaba levantarse y salir de la habitación rápidamente, y tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para quedarse quieto, sin mover ni un dedo, como si el menor movimiento hubiera de arrastrar incontinentemente a los demás.

Cuando la madre hubo comido, él dijo:

—Tú has llorado, Selma.

Selma no respondió. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Escondió la cara entre las manos y sollozó.

—Tiene miedo de los dolores del parto —dijo la madre con voz tan estridente que Josef Blau temió que la oyeran en todas las viviendas de la casa—. Todo irá bien. Ella es fuerte y sana.

La madre golpeó la madera de la mesa con los nudillos de su puño izquierdo. Intuía los peligros que sus palabras invocaban y pensaba ahuyentarlos por tan simple método.

—Si tú supieras cómo te quiere. ¡No quiere que el niño sea rubio como ella, sino que se parezca a ti! A pesar de que tú no eres guapo. Ni tú mismo te lo crees.

Selma movió la cabeza afirmativamente. Josef Blau la comprendía. Ella intuía que él dudaba, y quería que el niño fuese feo, que se pareciese a él, que tuviera los

ojos ribeteados de rojo, las orejas salidas y la nariz chata, para que el padre lo reconociera. La madre tomó otra manzana. Josef Blau se levantó. Se apartó de la mesa y se dirigió hacia la ventana. La oscura pantalla dibujaba en el suelo un círculo luminoso. La luz no llegaba hasta Josef Blau. La madre estaba sentada de espaldas a él. No le vería hablar. No interrumpiría la conversación.

—Lloras porque no me comprendes, Selma —dijo él en voz baja—. No se debe hablar. Nunca se sabe lo que se invoca. Hay que esperar, Selma, ¿no me entiendes?

—Yo no puedo esperar —dijo ella levantando la cabeza—. Yo tengo que hablar de ello. Tengo miedo de morir.

—¡Calla, calla, Selma!

—¿Con quién voy a hablar, sino contigo? —dijo ella. Lo miraba con sus ojos grandes—. No tengo a nadie más que a ti.

Él buscó el alféizar a su espalda. En su cerebro ya estaba el otro. Ella ya sabía que no tenía a otro. Estaba preparada para recibir al otro que quizá ya se hubiera encontrado con ella.

—¿Y qué hay del otro? —preguntó él.

—No tengo a nadie más que a ti.

—Tú ya no me quieres.

—¿A quién puedo querer?

—Tú no dices que me quieras. Ahora ya es tarde para decirlo.

—¿Por qué no me crees? —dijo ella, acercándose.

La madre se volvió. Luego, se inclinó sobre el periódico que había abierto sobre la mesa.

—¿Por qué no me crees? Ah, si yo pudiera demostrártelo. Pero no puedo.

Josef Blau se irguió. Ella estaba a un paso. Sentía su aliento en la frente. Contrajo los labios en una mueca. La miraba inmóvil, amenazador, con los ojos muy abiertos.

—Sí que puedes —dijo él—. Sí que puedes.

Ella bajó la cabeza, como si esperase el fallo de un juez.

Lentamente, él le acercó la mano a la cabeza con el índice extendido. Sus labios ya formaban la frase que quería pronunciar. Pero no la pronunció. La voz de la madre zumbó junto a la mesa.

—¡Ha muerto el viejo Skopak! —exclamó.

La mano que Josef Blau tenía en alto descendió. La madre se levantó. La silla cayó al suelo estrepitosamente. Ella se inclinó sobre la mesa, para disminuir la llama.

—¿Cómo puedo demostrártelo? —preguntó Selma.

Blau apoyaba la espalda en la pared. Ya no miraba a Selma. Tenía la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos colgando a lo largo del cuerpo. Ahora apenas llegaba a los hombros de su mujer.

—Lleva vestidos largos —dijo él con voz ahogada agitando la mano izquierda hacia atrás—. Hasta los pies, cuando salgas a la calle. Eso bastará.

—La gente se reirá de mí.

—Bueno, sí. Vestidos largos.

Selma le tomó la mano. Antes de que él pudiera impedirlo, la oprimió contra su cuerpo.

—¿Lo notas? —preguntó.

—Setenta años tenía —gritó la madre.

Él había retirado la mano.

—Vete —dijo sordamente—. Si me quieres, vete.

Era casi medianoche cuando él entró en el dormitorio. Había preparado los ejercicios del día siguiente y anotado las frases cuidadosamente construidas en un cuaderno de tapas negras y flexibles. Su cama estaba al lado de la de Selma. Ella dormía. Josef Blau se desnudó sigilosamente, para no despertarla.

Estaba oscuro. Sólo las blancas maderas de la ventana despedían un leve resplandor. Él las miraba fijamente, inmóvil en la cama. Oía la respiración de Selma, profunda y acompasada. Ella se había olvidado de rezar, a pesar de que él no le pedía más que sus oraciones de la infancia, dichas en voz alta. Ella nada sabía de aquel junto a quien dormía. Ignoraba que, noche tras noche, él permanecía en vela, apretando los puños, clavándose las uñas en la carne y cerrando los dientes convulsamente. Buscaba el camino hacia Dios, para pedir misericordia, suplicando que se le hiciera más leve la pena a la que se había hecho acreedor. Dios estaba allí como el maestro en la escuela. Él anotaba el camino que elegía cada cual y juzgaba con severidad. Pensabas bendecir y recibías maldiciones, creías haber elegido la vida y el juez te daba la muerte. No había escapatoria. El que juzgaba era invisible, pero había que comparecer ante él para pedir clemencia. Y la petición tenía que hacerse con toda la fuerza del pensamiento, con la mayor tensión, con una concentración sobrehumana. Uno tenía que buscar en el almacén del pensamiento, inventar invocaciones a Dios, invocaciones nuevas, irresistibles. Había que vencer al cuerpo. Era bueno reprimirlo con posturas dolorosas, tensarlo hasta el agarrotamiento, imponerle una inmovilidad mortificante, hacer al pensamiento duro como bala de acero.

Palpó en la oscuridad, buscando a Selma.

—¿Has rezado? —preguntó.

Ella despertó sobresaltada.

—Pensé en rezar —dijo—, pero me dormí a la mitad.

—¡Reza! —dijo él.

—¿Tú también rezas? —preguntó ella.

¿No se reiría de él si le decía que tenía miedo como un niño? Él era un hombre, no temía a nadie, ni a Dios, ni a los chicos, ni a nadie. Si él quería, ¿no podía atar aquellas piernas vestidas con pantalón de marinero y eternizar la disciplina?

—Tu oración es buena —dijo él—. ¡Dios se reiría de la mía! —Y soltó una carcajada fuerte y trémula, como la de un loco.

—¡Por Dios, qué manera de reír! —dijo Selma—. Da miedo oírte.

Me toma por loco, pensó él. ¿Por qué habré desafiado a Dios? Yo mismo me he arrojado al abismo. ¿Por qué me ha dado vergüenza decírselo todo? Josef Blau todavía no dormía cuando la madera blanca de la ventana empezó a diluirse a la luz difusa de la mañana. Vio cómo el edificio situado al otro lado de la estación se dibujaba nítidamente en el cielo gris. Oyó los primeros ruidos de la casa que despertaba. Las paredes eran delgadas. Unas pisadas en la escalera, una puerta que se abría. Era el camarero del segundo. Por la calle pasaban camiones en dirección al centro de la ciudad. Alguien tosía jadeando, como si se ahogara. El viejo Hämish, que siempre estaba sentado a la puerta cuando Josef Blau volvía de la escuela. Se abrió un grifo. El agua sonó en la cañería. Era como si las paredes de la habitación murmurasen. A Josef Blau le parecía que aquel ruido no iba a terminar nunca. Quizá han abierto otro grifo, pensó. Los grifos son los primeros en despertar. Quiso calcular cuánto tiempo sonaba el grifo, pero se interrumpió al verse rodeado de chicos vestidos de marinero. Los chicos lo rodeaban por todas partes. Se reían. Él estaba en su banco, pero sus compañeros de clase habían dejado sus sitios. Él deseaba que el maestro entrara pronto, porque entonces se irían cada cual a su sitio. Ellos se reían y le miraban. Él se miró a su vez y vio, asustado, que no llevaba traje de marinero, como los otros chicos, sino un chaleco que le avergonzaba, y pantalón largo, y una gruesa cadena dorada, que le había regalado su padre, sobre el vientre. Era el único chico de la clase que llevaba chaleco. Quería escapar, esconderse. Pero no podía. Porque acababa de entrar el juez y Josef Blau estaba ante el tribunal. La habitación era como el juzgado de su pueblo, del que su padre era alguacil. Detrás de la larga mesa con el crucifijo, estaba Dios. Oh, Josef Blau lo reconoció en seguida con claridad. Había levantado el índice, como amenazándole. Josef Blau se dijo con énfasis que él sabía quién era el del índice levantado, que aquél no podía ser Dios con aquella punta de cigarro mordida y húmeda entre los dientes amarillos. Que el juez Wünsche era el juez del distrito y que no tenía por qué temerle, porque él ya no era el hijo del alguacil al que el juez podía echar a la calle y quitar el pan y ¡qué era un juez de distrito, cuando había consejeros de gobierno, miembros del tribunal supremo de la provincia, presidentes, gobernador...! Era su cara, la cara flaca e imberbe del juez del distrito, con los profundos pliegues en las mejillas que parecían de cera y las cejas claras, casi invisibles, sobre los ojos descoloridos que se mantenían fijos en un mismo sitio, como si no pudieran moverse por sí mismos sino sólo con toda la cabeza, la nariz larga y el pelo rubio ceniza cortado a cepillo. Era el juez Wünsche y no lo era, era mucho más corpulento. Ahora Josef Blau estaba delante de la mesa, con todos los chicos. A su lado reconoció al rubio Laub. Todos ponían las manos sobre la mesa. El joven Laub, sus manos blancas, de uñas estrechas con pálida media luna y Josef Blau, sus manos que parecían pies planos, rojas como si saliera del baño de vapor, con los dedos deformados por los sabañones y los callos. Karpel y Selma estaban al otro lado de la mesa. Karpel señaló las manos inmóviles sobre la mesa, Selma las miró, se rió, apartó la mirada de las manos de Josef Blau y la puso en las de los chicos. En la sala

había un rumor como de alas, un aleteo de palomas, pero eran los chicos que agitaban las manos. Junto a Josef Blau no quedó nadie más que Modlizki. Modlizki tomó las manos de Josef Blau de encima de la mesa y las puso en los bolsillos de Josef Blau. Salieron del juzgado y Modlizki se reía como si hubiera tenido una gran alegría. Llegaron a una valla de tablas de madera que cercaban el jardín del conde. En cada tabla había dibujos obscenos. Selma estaba con Karpel delante de la valla, mirando las figuras. Se acercaban hasta pocos pasos y luego retrocedían, como si contemplaran con agrado un cuadro. Josef Blau quería correr hacia ellos. Pero Modlizki lo retuvo. Todavía se reía. Algo parecía regocijarse. Josef Blau no le preguntó, no quería saber nada.

CAPÍTULO III

Los alumnos habían acatado sin protesta la orden de Josef Blau que los inmovilizaba. Pero ahora amenazaba un nuevo peligro. Se acercaba el día de la excursión anual de la escuela. Los alumnos comprendían, ciertamente, al igual que el maestro, el carácter especial del día, que se apartaba como ningún otro del orden del año escolar. La salida a un entorno insólito para todos, tanto para el maestro como para los alumnos, el influjo de la sensual Naturaleza, el movimiento y el calor de la marcha, la libertad que proporcionaba el constante cambio de situación, el estímulo de la diversidad de perspectivas y el abandono y la soledad del maestro entre los alumnos, en medio de los campos, el bosque y el cielo, su pobreza y su insignificancia frente a ellos, que los chicos debían de percibir, hacían que aquel día los peligros fueran más graves, más numerosos y más difíciles de conjurar. Las posibilidades de este día eran incalculables. No había un horario por el que regirse ni un orden que atribuyera al maestro una situación y un lugar determinados como en la escuela. Los alumnos cantarían, se divertirían, lo rodearían, le harían preguntas, entrarían en las posadas a beber y, desde el primer paso, se rompería la disciplina: la disciplina de la escuela no contaba aquel día, y Josef Blau no conocía otra que fuera adecuada para las circunstancias. Tal vez tenían ya preparadas canciones irrespetuosas para el camino y la posada, canciones contra él y contra Selma. Tal vez la fuerza liberada ese día induciría ya irresistiblemente a los alumnos a hostigar a Josef Blau. Sólo tenían que zarandearlo, tirarle de la manga pretextando embriaguez, agarrarlo por debajo del brazo y obligarlo a correr, como bromeando; no hacía falta que le pegaran ni que le arrancaran la ropa para destruirlo, para hacerle imposible afrontarlos en el futuro.

Para poder luchar contra el peligro, tenía que conocerlo de antemano. Si los chicos tenían planes, él debía tratar de descubrirlos. Entonces, tal vez, con la palabra y la actitud, pudiera adelantárseles e impedir o abortar su actuación. Modlizki conocía al joven Karpel. No había más remedio que hablar con Modlizki, hoy mismo. Quizá Modlizki tuviera la confianza de Karpel.

Josef Blau se dirigía rápidamente hacia su casa, con los cuadernos de ejercicios debajo del brazo. Al llegar al último rellano de la oscura escalera, oyó voces en su casa. Se detuvo y tendió el oído. Reconoció la voz de la madre, a la que respondía la voz del tío Bobek. Oía el sonido, pero no entendía las palabras.

Selma cosía al lado de la mesa. Un extremo de la mesa estaba preparado para que comiera Blau. La madre y Selma ya habían comido. En un pequeño sofá de pana roja situado a la izquierda de la puerta vio al tío Bobek. El tío Bobek ocupaba las tres cuartas partes del sofá. El tío Bobek había extendido sus cortas piernas y apoyaba en el respaldo su cabeza sin cuello, incrustada en los rollizos hombros, mostrando las amplias fosas nasales de las que asomaban pelos negros. Tenía un vientre grande y redondo. Sobre el ancho cuello de su camisa se amontonaba la grasa de su papada. La

madre estaba sentada de cara al tío Bobek, de perfil a la mesa sobre la que descansaba su mano izquierda. Ladeaba la cabeza y sonreía. Tenía las piernas cruzadas y descubiertas hasta la rodilla.

—¡Ya está aquí! —gritó al entrar Josef Blau. El tío siguió sentado. Levantarse le resultaba penoso y extenuante. Saludó a Josef Blau con un movimiento de su mano pequeña y gruesa.

—Ya llegó la primavera —dijo Josef Blau.

La madre le miró a los labios fijamente. El tío Bobek agitó su pesado cuerpo haciendo crujir el sofá. Se golpeó con las manos el pantalón tirante sobre los muslos. Sus manos eran pequeñas como las de un niño. A Josef Blau le parecían monstruosas por su desproporción con el resto del cuerpo. Además, su piel era suave y sonrosada, mientras que la cara del tío Bobek, orlada de un negro collar de barba, tenía un tinte azulado.

El tío Bobek quería decir algo. Sus palabras empezaban en las profundidades de su cuerpo. Y le crepitaban en el pecho antes de salir por la boca.

—¡Excelente, Blau! ¡Excelente! ¡Primavera, verano, otoño e invierno! Lo he vivido cincuenta y cinco veces. Muy interesante. Ora llueve, ora nieva. Muy importante, muy necesario. ¿Para qué?, pregunto yo, ¿para qué, queréis decirme? Siempre lo mismo. ¡Cosas necesarias las estaciones del año!

—Tú nunca estás contento —gritó la madre.

—¿Que nunca estoy contento? Yo tengo ideas propias. Eso es todo. Puedes llamarlo no estar contento. Bien está. ¡Pero hace tanto tiempo que oigo lo que ha dicho Blau! ¡Ya llegó la primavera!, dice. ¡Como si eso pudiera ser una sorpresa para alguien! ¿Lo ha dispuesto así Dios para que tuviéramos variedad? ¡Virgen Santa, es la misma variedad que hay en una casa en la que todos los lunes te dan callos, los martes guisantes con tocino, etcétera, y los domingos, riñones! ¡Menuda sorpresa!

—¡Eso no va conmigo, Bobek, no sé de dónde lo has sacado!

—No hablo de ti. Quiero decir que sería un milagro que Dios sólo hubiera hecho una estación, una estación en la que uno no se achicharrara, ni se congelara, ni se mojara. ¡Muy necesaria la primavera!

Josef Blau se había sentado. Martha le llevó la comida. Blau miró a Selma; Selma bajó la mirada y se acercó a la mesa.

—Primavera —gritó la madre agitando la pierna. Y cerró los ojos con embeleso.

El tío Bobek hizo ademán de inclinarse.

—El sexo débil está contra mí y a favor de la poesía, ¿te das cuenta? Pero no he venido a hablar de la primavera, Blau. Me han dicho que vas a firmar.

—Desde luego, pero...

—Es pura formalidad, tú no arriesgas nada. Yo me hago cargo de todo. Mil coronas, con los intereses, a los tres meses, mil doscientas. Aquí —sacó del bolsillo del pecho una letra de cambio—. Aquí lo traigo.

Selma había dejado la costura encima de la mesa. Tenía manchas rojas en las

mejillas. La madre tamborileaba con los dedos. Selma miró a Blau. Luego dijo en voz baja:

—Lo vamos a necesitar, y precisamente ahora.

—Aquí estará, Selma —dijo el tío Bobek, poniéndose la mano en el pecho con ademán de protesta.

—Si no firmas, Blau, me pones en un aprieto, y eso tú no puedes quererlo. Es un viejo amigo mío que presta dinero con interés, se llama Berger. Quiere hacerme el préstamo. Pero necesita dos firmas. Dos firmas como mínimo.

—Doscientas en tres meses —dijo Josef Blau—. ¿Y si tú no puedes pagar?

—¿En tres meses? ¿Y por qué no he de poder, por qué no he de poder, en tres meses? Pero, supongamos que no puedo, ¿no se va a poder hablar con Berger? Él es amigo mío. ¿Iba a prestarme si no lo fuera? Tú dices que una letra es una letra y que, tratándose de dinero, él se olvidará de la amistad. Tú crees que él se te echará encima con la letra. Pero eso no puede ocurrir, Blau. Yo sé lo mucho que os debo y no voy a dejarte en la estacada, a Dios pongo por testigo, ¿o por quién quieres que te lo jure?

Josef Blau agitó la mano.

Tomó la letra y firmó.

—Es un gran compromiso —dijo, tendiendo el papel al tío Bobek. El tío Bobek se guardó la letra en el bolsillo.

—Es mucho dinero —dijo Selma—. No podríamos pagarlo, ni aun vendiéndolo todo.

—¿Vosotros? Yo, yo lo pagaré. ¿Quién dice que tendréis que pagarlo vosotros? Aquí estarán, Selma, las mil doscientas y, en el peor de los casos —alzó la voz—, en el peor de los casos, está la querida Mathilde.

Miró a la madre cariñosamente.

—Una vieja viuda necesita conservar su rinconcito. Nunca se sabe si va una a necesitarlo, ni cómo ni para qué.

—Vieja viuda, ¡ja, ja! —exclamó Bobek golpeándose los muslos—. ¡Fresca como una manzana! ¡A ti todavía te siguen los hombres por la calle, Mathilde! ¿Sabes lo que ha comprado hoy, Blau? A uno se le hace la boca agua...

Se puso en pie jadeando y se acercó a la estantería que estaba entre las ventanas. En la estantería había un paquetito. Lo abrió con cuidado y, con las yemas del índice y el pulgar, extrajo una prenda de seda de un rosa encendido que levantó y sostuvo delante de su cuerpo. Era una camisa de mujer muy escotada y con puntillas.

—Ah, no, por favor —dijo la madre, frunciendo los labios con enojo.

—¡Qué monada! —dijo el tío Bobek—. ¡Qué monada! —Su mirada iba de la camisa a la madre y de la madre a la camisa.

Josef Blau se levantó.

—¡Basta! —dijo.

Le parecía que no iba a poder soportar la escena. El tío Bobek no le oyó. Se balanceaba como una bailarina obesa y barbuda delante de la ventana, sosteniendo la

camisa a la altura del cuello delante de su cuerpo. Su papada descansaba sobre las puntillas del escote.

—¡Qué monada! —repetía—. ¡Qué monada!

Sonreía con lascivia. La madre había ladeado la cabeza como una jovencita pudorosa y entornaba los ojos, pidiendo formalidad con una sonrisa. La hija se había inclinado sobre la costura. ¿No saltaba para arrancar al tío la camisa de la madre? ¿Podía soportar ver a su propia madre puesta en evidencia de aquel modo, la madre que tan deliberadamente se pertrechaba para el amor bajo la coraza de su corsé, con la camisola y el pantaloncito de encaje? ¿No se la tragaba la tierra? ¿Eran madre e hija, o dos mujeres a las que no unía más que el sexo? ¿Ofrecía la una las delicias de su cuerpo marchito a la otra, gestada y parida por ese mismo cuerpo? ¿No escondía la otra la cara? ¿No se avergonzaba de su propio cuerpo que iba a parir? Selma humedeció entre los labios el extremo del hilo y lo retorció con los dedos, puso la aguja contra la luz y la enhebró con mano firme.

Josef Blau dio media vuelta. Sin despedirse, salió de la habitación. Bajó corriendo la escalera y salió a la calle pasando junto al viejo Hämisch, que, con la gorra gris bien calada en la frente, tomaba el sol delante de la casa. Corría como si quisiera escapar no sólo de aquella vergonzosa visión, sino también de su recuerdo. Quería aumentar la distancia que había entre él y la escena. Cual Lot fugitivo, no se atrevía a volver la cabeza, como si el grueso Bobek lo persiguiera con la camisa de puntillas y su vista pudiera convertirlo a él, el maestro, en estatua de sal.

Josef Blau atravesó la ciudad. Las calles estaban llenas de gente que lo empujaba y comprimía. Se agolpaban delante de los escaparates de las tiendas en cuyas lunas se reflejaba el sol. Él torció por una calle lateral. Aquí no brillaba al sol ningún escaparate. La calle era como una hendidura profunda y sombría abierta entre las altas fachadas de las casas. Aquí nadie lo empujaba. Aquí no había aglomeración. Apenas si se cruzó con algún que otro obrero, una mujer con un cesto, o un empleado que volvía del despacho.

Siguió andando sin rumbo. Salió del casco antiguo y empezó a recorrer los senderos de un parque ondulado y arbolado. El maestro evitó una glorieta de la que salían voces de niños que jugaban, se cruzó con mozalbetes que llevaban enlazadas por el talle a jovencitas con carteras de colegio y con niñeras vestidas con vistosos trajes regionales y amplias faldas blancas almidonadas. Josef Blau estaba cansado de la rápida caminata y le dolía la cabeza. Quería sentarse en un banco, pero todos los bancos estaban ocupados por mamás o niñeras con niños que alborotaban. Él quería sentarse, quitarse el sombrero, contemplar el suelo cubierto por las hojas pardas del otoño, en las que bandadas de pájaros buscaban alimento, y las ramas cuajadas de hojas tiernas verde claro entre las que los pájaros volaban, espantados por sus pisadas.

En un banco al sol había un hombre con el pelo blanco y gafas con montura de oro. Había dejado el sombrero en el banco, a su lado, y tenía las manos apoyadas en

el puño del bastón que hincaba en el suelo. Cuando Josef Blau se acercó, el anciano levantó la mirada. Josef Blau vio una cara ancha y serena, con ojos miopes que le contemplaban plácidamente. Josef Blau sintió el deseo de sentarse al lado del viejo. Quitarse el sombrero y saludarle. Quedarse allí hasta que oscureciera.

Por el recodo del camino se oían voces y de entre unos arbustos salió un grupo de estudiantes con libros debajo del brazo. Josef Blau oyó sus voces y sus risas desaforadas. Podían ser chicos de su clase. La distancia era muy grande y no podía reconocerlos. Si se sentaba en el banco, pasarían por delante de él. Quizá fumaran, desobedeciendo la prohibición. Josef Blau no deseaba el encuentro, hoy no, y menos delante del anciano que sonreía. Demasiadas cosas le bailaban hoy en la cabeza: la letra, Bobek, con la camisa de puntillas de la madre, y la temible excursión. Josef Blau no había olvidado la excursión. Ahora volvía a sentir todo su peligro. Tenía que ir a ver a Modlizki. No podía demorarlo, si había que hablar con Modlizki tenía que ser hoy, ahora, cuando Josef Blau le mirara a la cara y le preguntara qué intenciones tenían sus alumnos.

Torció por un camino lateral que terminaba ante una valla de madera. Un estrecho sendero discurría junto a la valla. Josef Blau desviaba la mirada de la valla. Sabía que en ella había corazones y nombres tallados, y figuras y versos inmorales trazados en la madera con lápiz o con tiza. El sendero desembocaba en una calle ancha. Josef Blau salió a pocos pasos de la casa a la que se dirigía. Vio la verja y el timbre en la pared; vio, apartada de la calle, la casa rodeada de árboles y, asomando del bosque situado frente a la verja, la blanca diosa desnuda que tenía el brazo levantado sobre la cabeza en actitud indolente. Unas cuantas casas más allá, en dirección al centro de la ciudad, vivía el joven Karpel. La calle estaba desierta, había quietud en las casas y en los jardines. Sólo aquí y allá ladraba algún perro, pero callaba en seguida. Eran las cuatro. Los señores dormían y los criados se deslizaban silenciosamente por las escaleras y corredores y por los cuidados senderos de grava de los jardines.

Cuando Josef Blau oprimiera el pulsador, la verja se abriría con un zumbido y un chasquido. Él pasaría junto a la diosa indolente, daría la vuelta al bosque y vería el edificio de líneas simples, en forma de castillo, con postigos verdes y pórtico al que se subía por una ancha escalinata de piedra. En la puerta estaría Modlizki, inmóvil, inquietante como siempre, que se inclinaría ante Josef Blau, como si él, Modlizki, no fuera el único de la ciudad que le conocía de entonces, de cuando Blau llevaba las chaquetas de mangas excesivamente largas, chalecos y pantalones que desechaban los ciudadanos ricos. ¿Era burla su deferencia? ¿No se convertiría bruscamente en una risotada sorprendente que le descompondría la figura, la cara y la voz?

Josef Blau oprimió el pulsador. Se oyó un zumbido y la verja se abrió con un chasquido. Cuando hubo dado la vuelta al bosque, descubrió a Modlizki. Modlizki estaba en la puerta, vestido de negro, con el chaleco abrochado hasta el cuello y la corbata cuidadosamente anudada debajo de la barbilla. Josef Blau hubiera tenido que escapar. El tío Bobek estaba en lo cierto: «Tiene una mirada siniestra —había dicho

el tío Bobek—. Si yo tuviera un hijo, lo escondería de él». Pero ¿qué sabía el tío Bobek de Modlizki? ¿Quién sabía algo de él? ¿Qué sabían de él los chicos a los que él se había acercado con la intención de destruir a Josef Blau? Modlizki odiaba el orden establecido, odiaba a los chicos, con los que se mostraba obsequioso y servicial, odiaba al amo al que servía y, muy especialmente, le odiaba a él, Josef Blau, a su mujer, a su hijo y a todo el que tuviera relación con Josef Blau. Modlizki quería destruir. El que Modlizki fuera hombre de pocas luces y tuviera ideas estrambóticas no le hacía menos inquietante. Porque en todo lo que decía Modlizki había un orden, un orden desconcertante y sobrecogedor, en todo parecía residir una cierta lógica que te cautivaba, a la que no podías sustraerte y volvías, para indagar, aplacar y mitigar el odio de Modlizki. Tal vez el que uno fuera incapaz de contradecirle se debía a la personalidad de Modlizki y no a lo que él decía, a su mirada, a su cara o, tal vez, a su actitud y a su voz grave y monótona que hablaba de todo, menos de lo que quería hablar Josef Blau. Modlizki se escabullía, pero tenía que llegar el día en que Josef Blau descubriera al fin por qué le odiaba a él más que a nadie, quizá porque Josef Blau, su compañero de juventud, había compartido con él privaciones y humillaciones, y había conseguido hacerse una posición respetable. Pero Modlizki sabía que aquéllos por encima de los cuales Josef Blau se había situado no le respetaban. O quizá era lo otro, la ofensa que Modlizki no había podido olvidar, y en ella pensaba cuando hablaba con Josef Blau, ¡desde entonces lo odiaba Modlizki, entonces había empezado! Eran niños y comían en las casas de los ricos, cada día en una casa, cada uno por su lado, en la mesa de la cocina y sin mantel. Pero un día a la semana, el jueves, Josef Blau lo recordaba bien, coincidían en una casa, en la del comerciante Wismuth, comían en la cocina, se levantaban y se marchaban, después de dar las gracias a la vieja criada, que se llamaba Genoveva, un nombre raro, aunque no tan raro en aquella región como para llamar la atención. Josef Blau consiguió la beca y fue aceptado en el Instituto y, al jueves siguiente, la señorita fue a buscarlo a la cocina, donde estaba con Modlizki, para llevarlo al comedor, donde la mesa estaba puesta con mantel, dejando en la cocina a Modlizki. Su padre había sido un borracho y la madre lavaba la ropa por las casas. Josef Blau no dijo nada y obedeció. No comprendía sino que tenía que obedecer a la hija de la casa que había ido a buscarlo. Al llegar a la puerta, la señorita vaciló y se volvió hacia Modlizki, y la mirada de Josef Blau siguió la de ella. Y entonces Josef Blau vio los ojos de Modlizki: estaban tan llenos de odio que a Josef Blau se le cortó la respiración. Pero en seguida Modlizki bajó la cabeza en señal de respeto y sumisión.

La señorita seguía dudando, pero quizá no se atrevía a hacer nada sin permiso de su padre o quizá había visto la mirada de Modlizki. Dio media vuelta y se fue. Josef Blau la siguió, cerrando la puerta de la cocina y de Modlizki. Eso era, eso no lo había podido olvidar Modlizki: que Josef Blau pasara a la mesa del comedor, olvidando a su camarada y compañero de juegos, en eso pensaba Modlizki y ahora se vengaba no dejando hablar a Josef Blau de lo que le interesaba y dándole evasivas. Dejaba que

Josef Blau fuera a verle, porque quizá no sólo iba a averiguar los planes de Modlizki, sino también a darle explicaciones y desagraviar a Modlizki, pero Modlizki no quería desagravios, él sólo quería seguir odiando.

Modlizki salió al encuentro de Josef Blau, sin prisa, como siempre, con su cabeza de pelo negro peinado con raya en medio ligeramente ladeada hacia la izquierda.

Sus grandes y severos ojos negros miraban fijamente a Josef Blau. Su actitud era correcta, humilde y respetuosa, no sonreía y en su cara amarilla de nariz larga no se movía nada. Pero no era la inmovilidad del reposo, sino de la crispación, tanto en el gesto como en la expresión, su formalidad parecía forzada, teatral, como si sólo persiguiera intimidar. Entraron en una sala sombría, panelada de madera. Josef Blau se sentó en una silla tallada, de espaldas a la ventana. Agradecía la penumbra de la habitación. En la oscuridad era más fácil hablar. Josef Blau miró en derredor. En las paredes había trofeos de caza y armas y, en la mesa, un libro abierto.

—¿Estabas leyendo? —preguntó Josef Blau.

—Un libro ridículo, si se me permite la opinión —respondió Modlizki—. Pretende imponer la justicia y la igualdad.

—¿Por qué ridículo? —preguntó Josef Blau—. ¿Por qué no te sientas, Modlizki?

Modlizki se inclinó y se sentó a cierta distancia en el borde de una silla. Se mantenía erguido, sin apoyarse en el respaldo.

—Yo soy aquí el visitante —dijo Josef Blau—. ¿Por qué tanta formalidad?

—Soy consciente del honor que se me dispensa.

Su voz era monótona y grave, sin ironía.

—¡Oh, Dios! —dijo Josef Blau. Miró a Modlizki. La cara de Modlizki estaba impasible. Modlizki callaba.

—¿Por qué te parece ridículo el libro? —insistió Josef Blau.

—Porque con eso no se consigue nada, creo yo.

—¿Hay que dejarlo todo como está?

—No es lo más importante, creo yo.

—¿Y qué es, para ti, lo más importante?

—Si a mi señor le quitan todo lo que tiene y reparten sus tierras, él sigue siendo un señor. Un señor al que se lo han quitado todo.

—No te entiendo.

—No sé explicarlo.

—Habla, Modlizki, habla.

—Bueno, yo creo que no se trata de que les quiten las tierras. Quizá habría que impedir que se cuidaran las uñas, que se cambiaran la ropa interior, que tocaran el piano y que besaran la mano a las señoras, por ejemplo. Si yo hiciera una revolución, sería ésta, creo yo. Pienso que es inútil quitarles las propiedades si les queda eso, toda esa historia que ellos llaman la dignidad, el talante, las buenas maneras, los viejos retratos y todo eso. Esas cosas los distinguen. Esas cosas se consideran más importantes.

Josef Blau pensaba en la diosa blanca del jardín mientras oía la voz profunda y mesurada de Modlizki.

—Tú participas de ello —dijo—, no estás excluido.

—Mi padre fue sorprendido en lo alto de una escalera de mano, cuando iba a robar —dijo Modlizki—. Cayó al suelo y se mató. Yo he tenido sabañones en los pies desde niño. Eso no quiero olvidarlo.

—Nadie puede olvidar eso —dijo Josef Blau en voz baja.

Modlizki tenía la mirada fija en el espacio ante sí. Después de una pequeña pausa siguió hablando.

—Tal vez no me equivoco si digo que soy un buen criado.

Parecía reflexionar con esfuerzo. Josef Blau recordó que Modlizki había tenido que marcharse de la casa del matrimonio Colbert, que lo protegía y lo tenía casi más como ahijado que como criado, por haber cometido un acto impropio de una casa distinguida. Nadie esperaba aquello de Modlizki. Modlizki prosiguió como si leyera el pensamiento de Josef Blau:

—Yo sé servir sin hacer ruido. Yo conozco el lugar y la ocasión para cada prenda de vestir. Sé qué cubiertos hay que poner y en qué copas se sirve cada bebida. El vino está bien guardado. Cuando la señora toca el piano después de la cena, yo estoy presente. Yo escucho y no escucho. Los señores escuchan y charlan. Yo soy un criado. Yo no admito que se me pida que charle con ellos.

Modlizki se levantó.

—Eso lo declino. Mi presencia durante el concierto, la conversación, la comida y el viaje es profesional. Yo rechazo toda participación personal. A mí no se me alcanzaba cómo hacérselo comprender a *Herr* Colbert más que soltando el esfínter durante la comida. Cuando se me pide que deje de ser criado, yo me muestro digno hijo de mi padre. *Herr* Colbert acertó, creo yo, al calificar mi conducta de sople revolucionario.

Modlizki estaba de pie delante de Josef Blau y le miraba fijamente.

¿No tiene razón?, pensó Josef Blau. Delante de Blau estaban los chicos, bien alimentados, con sus uñas cuidadas y, en los labios, aquella sonrisa de superioridad y confianza de los ricos. Aquello no podía arrebatárseles.

—¿Tú conoces al joven Karpel? —preguntó Josef Blau. Miraba al suelo.

—El joven vive unas casas más abajo. Me distingue con su confianza.

—Es alumno mío.

—Lo sé. Lo comentó. Yo consideré que mi condición no me autorizaba a señalar que su maestro me honra de vez en cuando con su visita.

—¿Qué hace? —preguntó Josef Blau—. ¿Qué aficiones tiene?

—El joven es muy avisado para sus años. Le gusta visitar las casas de mujeres de la Kasernengasse. Más de una vez me ha cabido el honor de acompañarle.

Era una suerte que no hubiera luz. Josef Blau sintió en las mejillas el calor de la sangre. ¿Qué era aquello? ¿Y Modlizki hablaba de ello tan tranquilo, sin reparo? Sus

sospechas eran ciertas, pensó Josef Blau, eran ciertas.

—De acompañarle... —repitió en voz alta.

—A mí no se me paga para que tenga sentimientos.

Yo satisfago deseos. Incluso los no formulados. No es mi misión guardar de peligros morales.

A Josef Blau le pareció que Modlizki ponía cierto énfasis en la frase, que la decía en un tono más alto. Odia al chico, pensó.

—Modlizki —exclamó alzando la mano, como si se dispusiera a extenderla hacia el otro—. Nos conocemos...

—Voy a encender la luz —dijo Modlizki.

Josef Blau agitó la mano para detenerle.

Apoyó la barbilla en el pecho.

—Se acerca el día de la excursión de la escuela —dijo en voz baja—. ¿Se prepara algo?

—¿Que si se prepara algo?

—Algo contra mí. Me odian. Eso es seguro.

—No tengo conocimiento —dijo Modlizki.

—¿No tienes conocimiento de nada relacionado con la excursión? ¿Ni con otras cosas? ¡Tienes que saberlo!

—Me enteraré —respondió Modlizki.

Sonó una campanilla.

—El señor consejero se ha despertado de la siesta —dijo Modlizki—. Después de la siesta, el señor consejero juega al *ping-pong* para despejarse.

Josef Blau tendió la mano a Modlizki.

—¿Tú juegas con él?

—Yo no juego. El señor consejero me utiliza como contrincante.

La puerta se abrió delante de Josef Blau con un zumbido y un chasquido. Eran las seis de la tarde. La calle estaba a oscuras. Hasta la esquina de la calle principal no brillaba un farol.

CAPÍTULO IV

La vigilia de la excursión transcurrió en invocaciones y plegarias, para que se demorase el fallo que podía pronunciarse al día siguiente y se aplazara, si era posible, la sentencia dictada contra él. A su lado dormía Selma, ajena a todo, con los labios entreabiertos en aquella sonrisa perenne de su boca. Dos veces durante la noche, Josef Blau se inclinó sobre ella. Distinguía el brillo de sus blancos dientes y su respiración le acariciaba la cara. Él cerró los ojos y mantuvo la postura durante varias espiraciones, sintiendo en las mejillas y el cuello el cálido aliento de Selma. Selma respiraba tranquila, el aire le entraba y salía acompasadamente por la boca, ella nada temía, en tanto que él peleaba contra el destino, y peleaba también por ella, que se acercaba a la mañana descansando, dejando madurar su cuerpo, como la fruta del campo. Josef Blau no la despertó.

Por la mañana, él salió temprano de la habitación. Ella aún dormía. Se fue sin hacer ruido, para que ella no le oyera, para que no despertara ni le hablara y, con una palabra imprudente, volviera a invocar el peligro que tal vez él había conjurado durante la noche. Hacía fresco, pero la mañana estaba clara y se anunciaba un día soleado. Josef Blau tiritaba en un compartimiento del último coche del tren. Viajaba solo. A diferencia de otras veces, maestro y alumnos iban hasta la estación de destino independientemente. Josef Blau había ordenado a los chicos que sacara cada uno su billete y fueran subiendo al tren según iban llegando, de manera que quedaran colocados en los compartimientos al azar. De este modo se evitaría aquella invasión masiva del tren que, según había podido observar Josef Blau en ocasiones anteriores, era causa de desorden y griterío. Se apearon en una pequeña estación. Josef Blau se quedó a un extremo del andén. Cuando éste se hubo despejado, los chicos formaron de dos en dos y esperaron al maestro.

Eran las ocho de la mañana. Los chicos se encontraban en orden de marcha, en paralelo al largo edificio amarillo de la estación, con la cara vuelta hacia la salida, según se estipulaba en la hoja de instrucciones que el maestro había distribuido entre los alumnos. Allí estaban, aparentemente mezclados al azar altos y bajos, pero los interesados, es decir, los propios chicos, se sabían ensartados por el hilo invisible del orden alfabético —Blum, Bohrer, Christian, Drapai, Fischer, Fleischer, Fuchs, Glaser, Goldmann, Haber, Japp, Karpel, Laub, Lebenhart, Müller, Pazofski, Reis y Vacha— que los enlazaba misteriosamente.

Josef Blau se acercó y dio la orden de marcha. Los chicos se pusieron en movimiento. Con paso irregular bajaron por el talud de la estación al camino vecinal. El maestro seguía la formación.

Los pasos no se acoplaban al ritmo de la marcha. Eran desiguales, inseguros, unos largos y otros cortos. Los vecinos del pueblo que se cruzaban con el cortejo se volvían a mirar sonriendo. Los chicos rehuían las miradas y se volvían hacia el maestro, desconcertados, esperando la señal liberadora que dispusiera el orden de

marcha racional, con los altos en cabeza y los más bajos al final de la columna, para acabar con el desfase y convertir aquella colección de individuos, que ahora dispersaban sus energías, en un cuerpo compacto, una flecha de punta dura y plumas en la cola. Pero Josef Blau no daba orden alguna. No se había equivocado en sus cálculos. Lo heterogéneo de la formación producía una inseguridad que impedía que se creara la sensación de potencia y superioridad física que proporciona la cohesión. El sol caía sobre el camino. Los chicos avanzaban en silencio. Llevaban el abrigo al brazo. Josef Blau, después de pasar la noche en vela, estaba helado y se arrebujaba en el abrigo sin mangas de oscuro loden. Ellos se volvían a mirarle, uno a uno, Karpel, Laub, Christian, el gigantesco Pazofski. Hablaban en voz baja.

Cuando dejaron atrás el pueblo, se abrió ante ellos un valle. Soplabla una brisa refrescada por el rocío de las hojas que había acariciado y humedecida por la bruma matinal que había disipado. Karpel se quitó la gorra. El viento agitó su pelo negro peinado con raya en medio. Los otros chicos siguieron el ejemplo de Karpel. Y, cuando dejaron el camino, torcieron hacia el bosque y empezaron la ascensión a la meta de la excursión, una ermita de la montaña, sonó un grito que sobresaltó a Josef Blau, un grito que, con idéntica fuerza, contestaron muchas gargantas. Josef Blau no había podido reconocer la voz. Había sonado en las primeras filas. Tanto podía ser la de Fleischer como la de Christian. Pero ahora eran todas las voces. Sonaban con acento triunfal: ¡izquierda, izquierda, izquierda! Los cuerpos se erguían. El coro marcaba el paso y ahora todos se movían como uno solo. Josef Blau se detuvo: ¿lo prohibía? Dio el título de una canción de marcha. Comprendió que, para recuperar la iniciativa, lo mejor era ordenar lo inevitable. Los chicos cantaban y la columna avanzaba rápidamente hacia el bosque por una suave pendiente.

El bosque de abetos era tupido y sombrío. Subían la cuesta pisando hojarasca resbaladiza. Tenían que sortear las depresiones en las que se habían formado charcos. Faltaba el aliento y se apagaban las voces. Josef Blau ordenó otra canción. Piedras pulidas por la lluvia sobresalían del camino. Raíces desnudas cortaban el paso. El cortejo se disgregaba y se atascaba. El canto se interrumpía y Josef Blau ordenaba reanudarlo. Cantaban con esfuerzo, con voces cansadas, sin llevar el compás. Él gritaba que apretaran el paso. Según el plan que les había distribuido la víspera, había que llegar al objetivo a mediodía. Era preciso cumplir el horario. No debía existir la menor duda acerca de la necesidad de observar el plan. Ninguna de las reglas que el maestro había fijado el día anterior debía transgredirse. La rapidez de la ascensión fatigaba a los chicos. A mediodía, cuando llegaran a la posada del pueblo, tenían que dejarse caer en las sillas exhaustos.

El orden de la marcha se rompió. Algunos se quedaban rezagados. Delante iban Karpel y Pazofski. El rubio Laub, jadeante, despeinado, con la cara colorada, se detuvo. Esperaba al maestro. Josef Blau le miró. Laub dio varios pasos y volvió a detenerse.

—¡Orden! —gritó Josef Blau.

Todos se volvieron. Vio caras sofocadas, sudorosas, bocas que resoplaban. No se movían.

—¡Laub, le ordeno que vuelva a la fila!

El alumno obedeció. Volvió a formarse el cortejo. Ahora se filtraba más luz por entre las ramas de los árboles. Había terminado la ascensión.

Eran las once cuando salieron del bosque. Ante ellos se extendía, al sol, el llano cubierto de verdes prados, ondulándose apenas en pequeñas colinas. A poca distancia, entre unos tejados rojos, asomaba la torre, culminada en forma de cebolla, de la iglesia de la Ascensión. Los caminantes dejaron atrás el aire fresco y húmedo del bosque y se sintieron envueltos por el calor de mediodía del incipiente verano. También Josef Blau se quitó el sombrero. Se enjugó las perlas de sudor de la frente. Luego, miró en derredor.

Se detuvo. Los chicos se detuvieron a su vez. Miraban hacia la izquierda y se daban codazos. Luego, se volvían hacia el maestro, titubeando. Josef Blau volvió a cubrirse, doblando el brazo, y se quedó inmóvil. Cerró los ojos. ¿Era realidad lo que estaba viendo? Las risas ahogadas de los chicos no permitían dudarlo. A la izquierda, a menos de cien pasos, estaban los alumnos del profesor Leopold, con el torso desnudo y los brazos en alto, moviéndose al unísono hacia adelante, hacia los lados y hacia atrás, y, delante de ellos, el profesor Leopold en persona, nombrado hacía sólo unos días, también desnudo hasta la cintura, moviendo el cuerpo como ellos. Su piel blanca y su pelo rubio resplandecían al sol.

La columna encabezada por Josef Blau fue avistada, a su vez, por la clase del profesor Leopold. Los cuerpos dejaron de moverse, los brazos se bajaron. Hasta Josef Blau llegaron sus risas. Cesaron entonces los cuchicheos de los alumnos de Blau. Éstos bajaron la cabeza. Comprendían que los otros se reían de ellos, de la extraña formación en la que marchaban. Antes de que Blau diera la orden, ellos ya habían empezado a caminar, de prisa, lo más de prisa posible, para hurtarse a la mirada de los otros, de los desnudos. El profesor Leopold estaba de espaldas. Entonces se volvió. Tenía el pecho abombado y la piel enrojecida por el aire y el sol. Alzó el brazo y movió la cabeza a modo de saludo. Aquello tenía que ser un sueño: todo, los chicos desnudos, el maestro impúdico que se desnudaba con los alumnos, los propios alumnos de Josef Blau que marchaban apresuradamente con las cabezas bajas y que de un momento a otro podían despojarse de las chaquetas y rodearlo en pleno campo.

—Adelante —dijo—. ¡Adelante!

Empezaron a correr. Altos y bajos revueltos, tropezando con las piedras, sin volverse.

—¡Hola! ¡Hola! —Era la voz del profesor Leopold. Josef Blau corría detrás de los chicos.

De entre las risas que los perseguían se destacó una voz. Josef Blau escondió el cuello entre los hombros.

—¡Tersites!

Era el mote que le habían puesto. ¡El más feo de Troya! Y el otro, el que estaba desnudo sobre la hierba del prado, quizá fuera Pelides o Ulises, que retozaba con Nausica y al que la diosa otorgaba soberbia hermosura. ¿Cuánto tiempo seguiría expuesto a las miradas que lo perseguían? Las sentía en la espalda como un peso. ¿Cuántos pasos podría dar antes de que le abandonaran las fuerzas y cayera al suelo?

Un arroyo cruzaba el camino. El lecho era profundo. Había una tabla colocada de orilla a orilla. A los chicos les dio por pasarlo uno a uno. Él tuvo que pararse. No podía seguir adelante. Ahora lo verían caminar tambaleándose sobre la tabla que se cimbrea, mover los brazos buscando el equilibrio; a la fuerza tenía que perderlo con aquellas miradas a la espalda, resbalaría, caería. Los otros todavía miraban. Volvieron a oírse sus risas. Josef Blau y los chicos encogían el cuello; sus alumnos nunca le perdonarían aquella burla que habían tenido que sufrir por culpa de su maestro. Se agolpaban en la pasarela. Con las risas llegó hasta Josef Blau una voz chillona que repetía aquel mote, no, no, era otro nombre más despectivo aún. ¿Estaba destinado a él, Josef Blau? ¿Era esto la destrucción? Josef Blau levantó los brazos. Todos lo habían oído.

—¡Teresito!

Las risas cesaron. No se oía más que los pasos de los chicos y el murmullo del bosque. Ellos se volvieron a mirar desde la otra orilla. Le miraban con los ojos muy abiertos. Se había deshecho la formación. Estaban en semicírculo al extremo de la pasarela. Le esperaban, unos delante y otros detrás. Él cerró los ojos. Lenta, inexorablemente, el suelo se hundió bajo sus pies. Él no tenía armazón de hueso. Se hundió verticalmente como si cayera a través de las suelas de los zapatos. Oyó un grito. ¿Quién había gritado? Luego sonaron muchos pasos. Sobre él se inclinaron caras. Quizá había caído al agua. Le tiraban de los botones para desnudarlo. El pecho del profesor Leopold estaba muy cerca. En el valle, entre las colinas en forma de bóveda, se alzaba una casa solitaria. Nadie más que Josef Blau podía verla, porque el sol la hacía transparente como el aire.

Josef Blau abrió los ojos. El profesor Leopold estaba inclinado sobre él. Se había puesto una chaqueta sobre el torso desnudo. La chaqueta estaba desabrochada. Formando un amplio semicírculo, le rodeaban los alumnos, los de Blau y los del otro, vestidos todos tan incorrectamente como su maestro. Josef Blau se palpó la chaqueta. Estaba seca y abrochada. Sólo le habían desabrochado el alto cuello duro y aflojado el nudo de la corbata.

—Bueno, bueno —dijo el profesor Leopold—, ya pasó.

Josef Blau se incorporó. Trató de arreglarse el cuello y la corbata. Todos le miraban. El botón del cuello se le soltaba cada vez que él creía haberlo abrochado. Miró en derredor. Estaba rodeado. El profesor Leopold siguió la dirección de su mirada. Josef Blau enrojeció.

—Déjese el cuello desabrochado, *Herr* Blau —dijo—, y quédese echado hasta que se recupere del todo. La marcha rápida le provocó un desmayo. No tiene

importancia, *Herr Blau*.

Hablaba pausadamente, con una voz grata que no admitía réplica. Pero ¿por qué no se abrochaba la chaqueta? ¿Y por qué no estaban formados los alumnos? Había que terminar con esta situación. Se levantó. Leopold trató de ayudarle, pero él ya estaba de pie. Ante todo, tenía que hacer formar a los chicos. Después se abrocharía el cuello.

—Sus alumnos le acompañarán a la estación, *Herr Blau*. Con paso lento. Debe usted regresar a su casa y acostarse.

—No, no —dijo Josef Blau.

—No debe seguir andando. Y han de acompañarle. Bastará con uno. Los demás pueden unirse a mi clase. ¿Quién de vosotros quiere acompañar a *Herr Blau* hasta la estación?

—Yo —dijo Karpel, adelantándose.

¿Querría burlarse o aprovechar aquella ocasión para estar con el maestro a solas y sin testigos en el bosque? ¿Quería insultarle, decirle palabras obscenas, aprendidas en la Kasernengasse, burlarse de Selma, su mujer? No, no, con él no, ni con ninguno, solo, que se quedaran todos con el profesor Leopold, que se desnudaran, que bailaran danzas paganas en el prado.

—Regresaré solo, muchas gracias, colega. Haga abrir paso. ¡Todos a la izquierda! Muchas gracias, me voy.

Se quitó el sombrero y se fue. No se volvió hasta que estuvo en el bosque. Caminaba erguido, con los pies hacia dentro. En el bosque, se sentó en la cepa de un árbol aserrado. Ya no podían verle, pero él a ellos, sí. Estaban sentados en la hierba alrededor del profesor Leopold, fumando.

Josef Blau miró el camino por el que ahora bajaría tranquilamente a través del bosque hasta la estación. Por aquel día, los peligros de la escuela habían terminado felizmente. Que hicieran con el profesor Leopold lo que les viniera en gana, a él y a ellos. Él, y no Josef Blau, sería el que tendría que regresar con los chicos y cruzar el bosque, sofocados por la bebida. ¡A ver cómo se las arreglaba con ellos el tal Pelides! Volvió la mirada hacia el prado, donde llegaban las voces hasta el silencio del bosque.

Los chicos marchaban con el maestro. Iban hacia la pasarela en formación irregular, al aire de sus preferencias y al azar y, en el centro, el maestro, sin sombrero, aventajando en toda la cabeza incluso a los más altos. Al llegar al camino, uno se separó del grupo y se dirigió hacia el bosque. El profesor Blau se puso en pie. Reconoció a Karpel. ¿Qué quería? ¿Había conseguido autorización para ir tras él fingiendo preocupación por su maestro? Karpel se acercaba de prisa. Más que andar, corría. Si no salía corriendo cuesta abajo ahora mismo, pronto lo tendría delante. Pero ¿no le alcanzaría Karpel en pocos minutos? Debía quedarse, salirle al paso, sacar ventaja de la sorpresa de Karpel, que no esperaba encontrarlo allí, para desconcertarlo con su mirada y su actitud y, en caso necesario, obligarlo a retroceder con palabras

que le hicieran comprender que él conocía su secreto, que el alumno estaba en manos del maestro. ¡Tal vez bastara una sola palabra arrojada a la cara del alumno, el nombre de Modlizki! Ya oía los rápidos pasos del muchacho. Pero ¿se dejaría intimidar Karpel por él?

Karpel entró en el bosque. El maestro, oculto tras un grueso árbol, estaba a pocos metros. Karpel aminoró la marcha. Dio unos cuantos pasos, vacilando. Luego se detuvo. Tenía la mirada fija ante sí, como si temiera volver la cabeza. Josef Blau tampoco se movía. Entonces Karpel miró a izquierda y derecha y otra vez al frente. El maestro estaba detrás de él, un poco hacia la derecha, sólo semiescondido por el árbol, rígido, con los brazos levantados. Tenía los puños cerrados, los labios apretados y los ojos muy abiertos fijos en el alumno cuya mirada iba ahora hacia él cautelosamente, como a tientas. ¿No veía al maestro? La mirada pasó junto a él inexpresivamente y se perdió en el bosque. Karpel dio media vuelta y, como si huyera de una visión espantosa, echó a correr montaña abajo, saltando sobre las piedras pulidas por la lluvia y las raíces desnudas sin volverse. Y, de pronto, entonó a gritos una canción que habían cantado al subir. La repetía una y otra vez. El bosque la devolvía amplificada.

El maestro dejó su escondite. Empezó a bajar la cuesta detrás de Karpel. La voz del alumno sonaba abajo. Él iba despacio, tranquilo, porque sabía que Karpel estaba delante y no había que temer que lo acechara entre los arbustos.

No vio a Karpel en la estación. Hasta que, desde el tren, miró al andén no lo vio salir de detrás del edificio de la estación. Karpel no levantó la mirada. Lentamente fue hacia el tren y subió a un compartimiento de segunda clase.

CAPÍTULO V

Josef Blau no comprendió inmediatamente lo que ocurría. Bobek estaba sentado en el sofá, en mangas de camisa, sin cuello y con el chaleco desabrochado. A su lado estaba la madre, despeinada y con la cara colorada. La blusa se le había salido del cinturón. Selma fue a su encuentro. Él bajó la mirada. Ella llevaba ahora faldas largas que le cubrían las piernas hasta los zapatos. Selma enrojeció. Bajó la cabeza.

—Quiere celebrar una fiesta —dijo—. Ha mandado a Martha a comprar vino. Él mismo ha traído ternera. La madre ha tenido que guisarla. Te he guardado un poco.

—Ya está aquí —gritó el tío Bobek—. ¿Ya has vuelto de la excursión? El aire puro abre el apetito. Siéntate, Blau. Sí, tienes que celebrarlo con nosotros. De no ser por ti, no tendríamos el dinero. ¿No es verdad, Mathilde? ¿Y para qué guardarlo, digo yo, para qué? ¡Siéntate, Blau, siéntate a mi lado!

Le rodeó los hombros con un pesado brazo y lo sentó en una silla. Selma puso un plato de ternera delante de Blau.

—¡Come, hijo, come y bebe! —brindó con él, animándole a beber—. Por... por... por todo, ¿me entiendes? ¡Por todo, Mathilde!

La madre vació el vaso de un trago.

—Hay mucho que celebrar —dijo Bobek—, mucho que celebrar. Mírala, sí, señor, mírala ahí sentada. ¿No es tan bonita como una jovencita?

—Vamos, Bobek... —dijo la madre.

—¡Como hay Dios que lo es! ¡Como una niña! ¿Sorda, dices? ¿Que las palabritas dulces hay que gritárselas? ¡Reconoce que ibas a decir eso, Blau, reconócelo!

Le acercó la cara. Blau sintió olor a vino agrio.

—No, que yo sepa —dijo Josef Blau.

—¡De sorda, nada, te digo! ¡Está curada, te digo! Hace una hora podías decirle «vieja marrana» con una sonrisa y ella pensaba que era un piropo. Pero si a unos el vino les suelta la lengua a otros les abre los oídos, ¡ja, ja, ja!, y a ella se los ha abierto. —Se golpeaba los muslos—. Atención, Blau y Selma, vamos a hacer una prueba. ¿Me oyes, Mathilde?

—Cualquiera diría al oírte que a mi lado se puede cagar sin que yo me entere —dijo la madre.

—No lo tomes a mal, querida Mathilde. —El tío Bobek le oprimió el hombro—. Atención, querida Mathilde, ahora diré una palabra, pero qué digo, la susurraré, ¡ja, ja, ja!, y tú la repetirás en voz alta y clara. ¿De acuerdo?

La madre asintió.

—Vamos allá —dijo el tío Bobek—, pero antes un poco de vino para suavizarme la garganta y susurraré como un ángel.

Brindó con Blau y con la madre. Selma estaba un poco apartada, cosiendo.

—Vamos allá —dijo el tío Bobek. Frunció los labios y abrió mucho los ojos—. Camarote —susurró con cariñosa entonación.

—¡Camarote! —gritó la madre.

—¡Ja, ja, ja, aprobado! —gritó el tío Bobek. Se agitaba haciendo crujir la silla—. ¿No lo he dicho con voz de ángel y todo cariño, Mathilde?

La madre miraba a los presentes, uno a uno.

Josef Blau apartó el plato vacío. No quería comer, pero el vino le había abierto el apetito y ahora le hacía sentir un gran cansancio. Él sabía que si cerraba los ojos se dormiría. Había hecho bien en no salir al encuentro de Karpel. Josef Blau hubiera levantado los brazos, abierto la boca con aspecto feroz y, con más ferocidad aún, hubiera gritado «¡Modlizki!». Pero Karpel no hubiera escapado corriendo. Karpel le hubiera perseguido, se hubiera retorcido las manos, siempre un paso más atrás que el maestro que habría dado grandes zancadas, le hubiera suplicado clemencia y él se hubiera mantenido frío y severo y, de vez en cuando, con cara impasible, se hubiera vuelto para rechazarlo. No se hubiera dejado arrancar ni un asomo de promesa de que iba a proteger al alumno, y habrían llegado a la casa, siempre con Karpel detrás de él, y tal vez hubieran subido al piso y, ante semejante escena, el triunfo de Josef Blau se hubiera convertido en vergonzosa derrota. Quizá Bobek hubiera invitado al chico a quedarse a la fiesta con la que Bobek se obsequiaba a sí mismo, a su propia gula y afición a la bebida, y Karpel habría sido testigo de esta escena, y de la embriaguez de su maestro. Porque el vino al que Josef Blau no estaba acostumbrado se le había subido a la cabeza y extendido por todos los miembros, dándoles una extraña ingravidez. Él no quería seguir aceptando las invitaciones a beber de Bobek, pero era difícil resistirse al insistente gordo, a quien no se podía contrariar sin peligro de que se enfureciera y la emprendiera a golpes como un animal. Vio a Selma inclinada sobre la costura. Ella no levantaba la mirada. Quizá se avergonzaba de él, que tal vez con su conducta los llevaría a la ruina, que no se resistía al desenfreno —no, no se resistía, por más que se esforzaba—, que olvidaba que cada palabra y cada acto era irreparable, que era posible que se traicionara a sí mismo y a los suyos. En voz baja dijo: «Cordura», pero hoy no tenía fuerza, era sólo una palabra, nada más, no le obligaba, ni él podía hacer que obligara a nadie.

El tío Bobek metía la mano por la espalda de la madre.

—Una jovencita, válgame Dios. A mí que no me vengán con que está como una tapia. ¡Ja, ja, ja!, carne fresca en la balanza. Martha, ¿queda asado? Trae, hijita.

Martha dejó un plato de asado delante de Bobek. Bobek le dio una palmada en la espalda. Martha estaba temblando y no se atrevió a retirarse hasta que el tío Bobek se hubo lanzado sobre la carne.

Antes de empezar, limpió el cuchillo y el tenedor con el mantel. Luego, cortó la carne en grandes pedazos. Comía ruidosamente, con la boca abierta. De vez en cuando se limpiaba la grasa de la barbilla con el dorso de su mano rolliza. Le brillaban los ojos. Roía los huesos y sorbía el tuétano con un gorgoteo. Jadeaba. De vez cuando se echaba hacia atrás y exhalaba un mugido de satisfacción. Luego, levantaba la copa y, con el vino, engullía los trozos de carne a medio masticar.

La madre había salido de la habitación. Ahora volvió con una botella de kúmmel.

—Pero ¿tienes kúmmel, Mathilde? ¡Mil diablos, tú sí que sabrías cuidarle a uno, ja, ja!

El tío Bobek miraba con ojos soñadores la copita que la madre le había puesto delante. Luego, la tomó y bebió. Sacudió la cabeza y dejó la copa vacía encima de la mesa con un ruido seco.

—Brr, esto te arregla el estómago, esto te mantiene joven. Después de cada comida y de cada botella de vino, una copita o dos. ¡Sirvele también a él! —señalaba a Josef Blau—. Tienes que beber a mi salud, Blau. Así, así, eso cauteriza la garganta, lo digo yo, el que todos los días bebe una copita de kúmmel hasta los ochenta años llega a viejo, lo digo yo, ¡ja, ja! ¿De dónde lo has sacado, Mathilde? ¿Lo guardabas en el armario?

—Por si acaso —gritó la madre.

—Será cuestión de hacer una inspección en tu armario, para ver qué es lo que guardas por si acaso. ¡Sácalo todo, Mathilde! —puso los ojos en blanco y se inclinó hacia ella por encima de la mesa—. ¿Para qué lo guardas? —gritó—. ¡Trae acá! —dio un puñetazo en la mesa—. ¡Venga ya, otra copita, otra copita!

—Ya veremos —dijo la madre, sonriéndole. El tío Bobek bajó la cabeza. Luego, volvió a llenar su copa y la de Josef Blau. Se come y se bebe el dinero que ha pedido con mi aval, pensó Josef Blau.

—Bebe —dijo el tío.

No puede ocurrir nada malo, pensó. Llegado el caso, la madre pagaría, lo había dicho Bobek. Hizo a Selma una inclinación de cabeza.

—Kümmel —dijo el tío Bobek—. ¡Kümmel! Las cosas que crecen por ahí, y uno las hierve y saca licor. Sí, sí. Pero, querida Mathilde, si no llegas a sacarlo, te lo pido. Es lo obligado. Cuando la pobre Martha y yo nos casamos, hicimos el banquete en Puhonitz. ¡Sí, sí! ¡Aquello era una mujer! Dulce y siempre en la cocina. Éramos treinta personas a la mesa, hombres y mujeres, y los viejos no se quedaban atrás. Sopa, ternera, tocino, pollos, dos terneras y dos cerdos bien cebados, enteritos, y, para acompañar, albóndigas y barriles de col. Y todo regado con cerveza y licor. Y sin racionar, ¡ja, ja, ja! Y yo y Martha, presidiendo. Ella, sin comer, y mi plato siempre lleno y, después de cada bocado, una jarra de cerveza o un vaso grande colmado de licor. ¡Y qué algarabía! Era tal el ruido de masticar, sorber y chupar que uno no se oía la propia voz. La fonda de Puhonitz es conocida en toda la región. Martha tenía diecinueve años y las mejillas rojas, y no se atreve a mirarme, ni a decir palabra, allí sentada, mirando la mesa. Si hacen chistes por esas cosas de los recién casados, ella se pone colorada hasta la raíz del pelo, no ríe y calla. A veces, me parece que me mira por el rabillo del ojo, pero cuando yo alargo el brazo para ponerle la mano encima, ella me la aparta. La gente ya se levanta a bailar, y se quita la mesa, cuando fuera se oyen gritos, son los chicos de Holitz, que llegan en coche, doce buenas piezas que vienen a felicitarme. Yo no me tengo en pie. Ellos se sientan a la mesa, y entonces

sacan más sopa, más ternera, y cerdo, y cerveza, y yo vuelvo a empezar desde el principio. Martha no dice nada, está allí sentada sin moverse, los chicos beben a su salud; contesta, le digo yo, pero ella sólo mueve la cabeza, y entonces se me acerca el posadero y me habla al oído, ¿cómo, le digo, que no hay kúmmel, que no hay licor? Entonces los de Holitz se ponen a gritar que quieren licor, que la carne tiene grasa, que quieren brindar por los novios. Después de esto, le digo a Martha, no podré volver a mirar a la cara a la gente, mira que no tener licor, qué vergüenza. El posadero manda buscar por todo el pueblo y yo brindo con los de Holitz con cerveza, pero siempre mirando a la puerta, para ver si llega el kúmmel. Alguien tendrá kúmmel en este pueblo, pienso; el posadero, en la puerta, se encoge de hombros y los de Holitz se ponen a cantar. Cuando acaban una canción, yo empiezo otra, para pasar el tiempo, ¿me entendéis? Yo miro a Martha, porque ella hubiera debido pensar en ello, digo yo, y entonces la veo, con su vestido de novia y sus mirtos, llorando. Las lágrimas le entran en la boca. Y yo me compadezco y le digo: «¡No llores, Martha, ya traerán kúmmel!» Y entonces viene el posadero. Lo ha encontrado en casa de un campesino que tenía un barrilito, como la querida Mathilde, por si acaso. Pero Martha, que Dios le haya perdonado, sigue llorando. Es una sentimental, que Dios me perdone, ya no hay razón para llorar. Pero nadie más que yo sabe que el día de su boda ella no bebió ni una gota. Los chicos piensan que está borracha y no me importa que lo crean.

El tío Bobek se quedó ensimismado.

Selma se levantó y fue en busca de un paño. El tío Bobek había derramado una copa de licor. A Josef Blau le pareció más alta que nunca, con aquellas ropas largas y oscuras. Ahora ya no la siguen por la calle, pensó, todo irá bien. Karpel, después del encuentro de hoy, no se atreverá a acercarse a ella, ni a nadie. Esta noche él le arrancaría todos sus secretos, hoy le hablaría. Él la quería, pero ella no lo sabría hasta hoy, ni él mismo lo había sabido. Él quería ponerse de pie, y abrazarla delante de todos, él podía levantarse con la agilidad de siempre. El vino le producía sensación de ligereza, pero no se tambaleaba. «Selma —le diría—, aquí tienes el kúmmel». Y ella le miraría más contenta y amorosa que nunca con sus ojos claros y húmedos y la boca entreabierta que mostraba aquellos dientes brillantes. ¿Qué le contestaría? «Muchas gracias». Quizá.

Josef Blau oyó un tintineo y un golpe seco. El tío Bobek se había puesto en pie y había tirado la silla. Al buscar apoyo, barrió la mesa con la mano, volcando la botella de licor que, al caer, rompió una copa vacía. El tío Bobek encontró al fin el apoyo en el cuello de la madre. Ella lo acompañó hasta el sofá en el que se dejó caer resoplando.

—Ya es bastante —gritó la madre—. ¡Llévate las copas, Selma!

—Son las seis —dijo Selma mirando al tío. El tío había cerrado los ojos.

—Que duerma aquí —dijo la madre.

Le quitó de la mano el cigarro apagado y le sacudió la ceniza del chaleco.

Mientras, Selma retiró las copas y los platos de la mesa y recogió el mantel. Martha, a la que se había pedido que se quedara hasta más tarde, limpió el líquido pegajoso de la mesa. Selma abrió la ventana.

Josef Blau oía un murmullo que subía y bajaba, que le elevaba y le dejaba caer. Entonces le pareció que se acercaban pasos. Subían la escalera, llamaban a la puerta. Josef Blau abrió los ojos. Se levantó.

—¡Adelante! —gritó Selma.

Se abrió la puerta. Josef Blau se apoyaba en el respaldo de la silla. El que entró era el profesor Leopold. Se había cambiado, llevaba un traje marrón oscuro, cuello alto y corbata de colores vivos. Del bolsillo izquierdo del pecho de la americana asomaba la punta de un pañuelo de color. Josef Blau miró el chaleco desabrochado del tío Bobek. Le hubiera gustado acercarse de un salto, darle un codazo y señalarle aquella falta de compostura. Pero el tío Bobek ya había abierto los ojos y se hurgaba en los botones.

Y se oyó la voz del profesor Leopold, una voz serena e irresistible. Venía a interesarse por el estado de Josef Blau.

—¿Por qué? —preguntó Selma—. ¿Qué ha sucedido?

—Un pequeño desmayo —dijo Josef Blau—. Ya pasó. —No reconocía su propia voz. Era quebradiza, áspera y hasta chillona, comparada con la voz profunda y enérgica del profesor Leopold.

Entonces el tío Bobek se levantó. Se acercó al visitante. Se apoyó, con una mano, en el respaldo de una silla y, con la otra, en el borde de la mesa. El profesor Leopold no retrocedió ante el fuerte olor a vino y licor que exhalaba el tío Bobek.

—Bobek —dijo el tío Bobek. Estrechó con fuerza la mano del visitante. El profesor Leopold dio su nombre.

El tío Bobek, sin soltarle la mano, le presentó a las dos mujeres.

—Como puede ver, estábamos celebrando una fiesta. Usted sabrá disculpar a un hombre de mi edad... que me haya permitido ponerme cómodo. —Señalaba el rollo de carne de su papada, las mangas de la camisa y el chaleco desabrochado—. Tome usted asiento, señor profesor, ¡eso es! Y tú, mi querida Mathilde, ¿qué te parece... lo adivinas...? Una tacita de café quiero decir, ¡sería una gran idea!

La madre salió de la habitación.

—Discúlpeme, señor profesor —dijo.

—El café, profesor —dijo el tío Bobek, que había vuelto a sentarse en su sitio—, el café sienta bien a todas horas. Siempre es un placer. Nosotros hemos celebrado una fiestecita familiar... nuestra querida Mathilde sabe mucho de eso... y usted ha hecho una larga excursión. A todos nos sentará bien.

El profesor Leopold se sentó al lado de Selma; miraba a Selma, que estaba muy cerca, apoyada en la mesa. Josef Blau advirtió que ella enrojecía. ¿Se avergonzaba de su falda larga, de la gravidez de su cuerpo que llevaba al hijo de Josef Blau? El tío Bobek hablaba sin parar. A veces, se atascaba y entonces se pasaba la lengua por las

encías hasta encontrar la palabra que quería decir. El maestro hacía como si le escuchara. Pero ¿no miraba a Selma a hurtadillas? Tenía la cara roja del sol. Estaba sano, tenía anchos hombros y el pecho abombado y limpio de vello. Josef Blau lo había visto: el profesor Leopold estaba desnudo, el sol brillaba a su espalda, estaba de pie en la hierba y tenía alrededor a los chicos, desnudos, que movían el cuerpo como adoradores del sol. Ahora estaba sentado junto a Selma. Quizá ella, a través de la ropa, notara el olor de su piel a aire libre, a bosque y a hierba.

El profesor Leopold sonreía. El tío Bobek hablaba. Elegía cuidadosamente las expresiones. Con todo lo que decía, ponía en ridículo a Josef Blau. Hablaba en voz alta, resoplando.

—Hay que saber prepararlo —le oyó decir Josef Blau—, eso, sobre todo. Que no hierva, que eso es una grave equivocación. Sólo escaldado, atienda, sólo escaldado, y así se consigue un buen extracto, no un aguachirle. Uno ha comido y bebido, tiene la cabeza pesada, el estómago repleto, se toma una tacita y el estómago se aplaca y la cabeza se despeja. También se puede tomar con el estómago vacío: y entonces lo templará y hace sangre. ¿No está usted de acuerdo, profesor?

—Desde luego, en cualquier caso, es menos perjudicial que la cerveza, el vino y el licor.

—Eso es. Ha dado usted en el clavo. De eso se trata, profesor. ¡De reprimir la afición a la bebida! ¡Represión de la afición a la bebida! El alcohol nos hunde. El hombre educado bebe un vaso de cerveza, dos, tres, una botella de vino y, de vez en cuando, un kúmmel. ¡Todos mis respetos, profesor! Pero el pueblo no tiene educación. En mi pueblo había un inválido, un puerco que bebía alcohol de quemar en vasos de agua. ¿Una excepción? Un caso corriente, se lo digo yo. El alcohol está reñido con la salud. Y hay que ver la propaganda que se hace del alcohol... Eso es lo que debemos combatir. —Hizo un infructuoso intento para levantarse y miró en derredor, buscando aprobación.

El profesor Leopold soltó una carcajada.

—Herr Bobek, hablemos de otra cosa. De algo que interese a la señora. —Sonrió a Selma—. La bebida es un tema de hombres.

—Yo me he limitado a exponer mi opinión particular, que, naturalmente, sólo rige para mí —dijo el tío Bobek, ofendido.

—Ha bebido —murmuró Selma sin levantar la mirada.

—¡Oh, comprendo!

El profesor Leopold rió, enseñando unos dientes muy blancos, y miró al tío Bobek plácidamente. La madre puso en la mesa el servicio de café. El maestro nuevo estaba sentado entre ella y Selma. El tío Bobek se sentó al otro lado de Selma, de manera que Josef Blau quedó entre Bobek y la madre. El tío Bobek hacía sopas de pan en el café. Josef Blau no se atrevía a levantar la mirada. De buena gana se habría levantado y marchado. Pero la vergüenza quedaría. ¿No era curioso cómo le brillaban los ojos al profesor Leopold? ¿Por qué había venido? ¿A interesarse por él? Selma

guardaba silencio. Acabaría por dar con el pie al maestro nuevo por debajo de la mesa, para hacerle señales secretas. Él era guapo, alto, un hombre, un hombre para Selma, más alto que ella, de brazos fuertes y robustos. Quizá, quizá, cuando él se levantara para marcharse, ella le siguiera. ¡Cómo sorbían el café el tío Bobek y la madre! El maestro nuevo tenía que oírlos. ¿Les quitaba las tazas de la mano de un manotazo? Estaban hablando, había un confuso murmullo de palabras. Josef Blau también tenía que hablar, tenía que decir algo, se habían olvidado de él. Estaban allí sentados, como si él hubiera muerto. Quizá fuese verdad. Selma era su viuda y ese individuo del pelo rubio estaba ahora en el lugar de Josef Blau. Josef Blau tenía que hacer algo, para que ellos notaran que estaba allí. Había bebido demasiado vino y licor. Pero no hacía falta hablar, podía hacer otra cosa. Podía dejar caer la taza, tirar del mantel, para que todo se viniera abajo y el café se derramara sobre el traje nuevo del profesor Leopold. ¿Por qué se lo había puesto? Eso, ¿por él? ¿Por Josef Blau? Él no había visto nunca a Selma, pero se hablaba de ella, los chicos le habrían dicho algo de ella durante la excursión; la gente se daba codazos en la calle: ahí va el profesor Blau, el que está casado con esa mujer alta y hermosa, una preciosidad, y guiñaban los ojos. ¿No se guiñaban los ojos Selma y el profesor Leopold? De vez en cuando, ella fruncía los labios, se los humedecía con la punta de la lengua y sonreía al maestro. Cuando se llevaba la taza a los labios, separaba el brazo del tronco y levantaba el dedo meñique.

Josef Blau no pudo tomar el café. Tenía un sabor amargo en la boca. La madre volvía a servir licor en las copitas.

—Selma, mi sobrina, no bebe —dijo el tío Bobek—. Por precaución... Usted ya se habrá dado cuenta.

Selma se puso colorada. El profesor Leopold no contestó.

—Sí, sí —prosiguió el tío Bobek—, hoy en día la gente ya no aguanta nada. Nuestras madres parían con la misma facilidad con que nosotros nos sentamos a la mesa. No hacían tantas pamplinas... —Josef Blau estaba horrorizado. Contenía la respiración. ¿Qué iría a decir ahora? Miró fijamente al tío Bobek. El profesor Leopold interrumpió al tío Bobek.

—Ah, *Herr* Bobek, uno tiene tendencia a idealizar el pasado. A mí, nuestro tiempo me parece bueno, tanto por lo que respecta a las mujeres como a los hombres. ¿No opina usted lo mismo, señora, o está tan descontenta de nuestros contemporáneos como *Herr* Bobek?

Selma se reía. Todos hablaban como si Josef Blau no estuviera. Tenía que decir algo. Los pensamientos se sucedían vertiginosamente en su cabeza. El profesor Leopold había acudido rápidamente en ayuda de Selma cuando el tío Bobek había empezado a hablar de partos. Quizá ella le hubiese lanzado una mirada. Ya recurría a él. Él la había salvado. Josef Blau lo había advertido. Se sentían atraídos el uno por el otro, y todos los presentes se habían dado cuenta. Había que impedirlo antes de que fuera tarde. Veía a Selma al lado de Leopold, desnuda, con su largo pelo rubio suelto.

O quizá debía uno dejar que ocurriera lo que tenía que ocurrir. Ella se levantaría como la heroína de aquel poema, no recordaba el nombre, y le seguiría, muda e irreprimible. Pero él aún vivía, abrió la boca, ellos ya no le veían, pero en seguida tendrían que saber de él.

—Hay que hacer gimnasia —dijo.

No era eso lo que él quería decir. Era una tontería. Él debía decir otra cosa. ¿Cómo se le había ocurrido aquello? Tenía la cabeza revuelta. El profesor Leopold asintió. Bobek llenó las copas de licor. Le temblaba la mano y manchó el mantel.

—Tiene razón —dijo el profesor Leopold—, durante mucho tiempo se ha descuidado el cuerpo. Ahora empieza a apreciarse el cuerpo sano y bien formado. Yo soy gimnasta.

Se echó hacia atrás. Selma no le quitaba la mirada de encima. El tío Bobek se había levantado y se dirigía hacia el sofá con precaución.

—Al cuerpo hay que darle lo que necesita —prosiguió el maestro—. ¡Movimiento, aire puro, sol, desnudarlo!

—¡Ah, qué cosas dice! —gritó la madre.

—Hablo en serio. No tenemos más que un cuerpo, como no tenemos más que un alma. No debemos avergonzarnos de él. ¿Le parece una tontería, señora?

Lo decía a Selma como si estuvieran solos los dos.

Como si en la habitación no hubiera nadie más, ni Bobek, que resoplaba y se arrellenaba en el sofá con los ojos cerrados, ni la madre, ni él, Josef Blau.

Selma tenía las mejillas coloradas. Su pecho se agitaba al respirar. No respondió, porque de la boca del tío Bobek salió un sonido largo que procedía de las profundidades del cuerpo. El tío Bobek hizo un ademán de disculpa con la mano derecha.

—Con permiso —dijo—. Ser hombre significa ser débil. A mis años uno ya no puede contenerse. Era un vino joven, querida Mathilde.

El profesor Leopold se puso en pie. Besó la mano a Selma. El tío Bobek había vuelto a cerrar los ojos. La madre iba a tirarle de la manga, pero el profesor Leopold la contuvo.

CAPÍTULO VI

El tío Bobek dormía profundamente. Imposible despertarlo para acomodarlo mejor en el sofá. La madre trató de moverlo, pero no pudo.

Selma había abierto la ventana.

—Aire puro —dijo Josef Blau.

Ella no le entendió. Asintió como si se alegrara de haber adivinado sus deseos.

Si el tío Bobek no hubiera proferido un sonido animal, quizá Josef Blau hubiera quedado vencedor y ahora Selma le miraría con admiración. Él tenía una buena respuesta preparada cuando ocurrió el incidente. «¿Le parece una tontería, señora?», había dicho el profesor Leopold mirando a Selma. ¿Y si Josef Blau le hubiera dado la respuesta que ya tenía en la punta de la lengua? Tardó demasiado en decidirse. Pero, si el tío Bobek hubiera podido contenerse, Josef Blau hubiera dicho: «¡Parece lo que es!» Eso habría dicho, sereno, sin alterarse, y habría seguido con la mirada fija en el vacío, como si no estuviera presente.

La respuesta le parecía inteligente y digna. Hubiera aplastado al profesor Leopold. Debía recordar la frase, pensar en ella al día siguiente, con la cabeza despejada. Mañana tenía que reflexionar sobre todo ello. Ahora estaba fatigado. Quería acostarse. Lo pensaba todo a la vez, no había orden en su cerebro.

Oía cantar a Karpel en el bosque, delante de él, con voz excesivamente alta, como canta el que tiene miedo. ¿Cómo le recibirían los alumnos? Selma y el maestro nuevo, Dios, las cosas que uno hace obrar al destino, el tío Bobek que lo había puesto en ridículo —¿para qué necesitaba el dinero?—. Josef Blau no retenía las ideas y cada una traía otra.

Estaba en la cama, echado de espaldas. Entró Selma. Traía una vela en la mano. La llama parpadeaba. La luz le hacía brillar el pelo. Ella se acercó al armario. Sacó un paquetito. Desdobló una camisa. Josef Blau la reconoció. Era de seda rosa, con puntillas, como la de la madre. Selma la miraba y la palpaba. Luego, como si de pronto hubiera tomado una decisión, se quitó la ropa. Se quedó desnuda un momento a la luz temblorosa. Luego, se puso la camisa. La tela estaba tirante sobre el vientre. Pero en el pecho y debajo de los brazos formaba arrugas. Se miró al espejo.

—Es un majadero —dijo Josef Blau.

Ella se volvió rápidamente. ¿Imaginaba que dormía?

—Yo no tengo la culpa —dijo ella, quitándose la camisa. La dobló cuidadosamente y volvió a guardarla en el armario—. Vino con la carne y pidió que se la preparáramos. Luego, mandó a Martha a comprar vino. ¿Quién iba a imaginar que vendría una visita?

¿Se hacía la inocente o realmente no había entendido a quién se refería?

—¿Cuánto tiempo hace que os conocéis? —preguntó—. Porque lo conoces bien, confíésalo.

—¿A quién?

—A Leopold, el gimnasta, ¡ja, ja, ja! En el campo, hacía gimnasia con los alumnos, todos desnudos. Es un majadero con pecho de atleta, ¿sabes?

—No hables así —dijo ella—. Has bebido. ¡Duerme!

—Ya lo ves, he bebido. No estoy acostumbrado. Pero estoy sereno, sereno como el que más... en mi cabeza se ha hecho la luz... una luz que duele... lo veo todo... y todo está claro y tangible, pero no extendiendo la mano, ya lo ves... prefiero no extenderla, o temo extenderla... o todo da igual, Selma... yo podría hablar de todo, decirlo todo... El cuerpo está ligero y flota, y nadie lo retiene. Estoy acostado pero no siento la cama. Me sujeto a ella pero no la siento. Todo está lejos... todo lo espantoso puede contemplarse... Quizá todo salga bien, sí, sí... Los pensamientos se entremezclan, pero cada uno está claro. Esto no puede acabar bien, te digo, pero no rezo, no importa, una cosa o la otra, te digo, todo sigue su curso. Cuando Leopold se fue, ¿no dijo alguien, no sé quién: «¡Qué hombre tan simpático!»? Lo dijo tu madre. Todos están contra mí. Todos te empujarán hacia él, lo quieras o no, yo trataré de oponerme, pero al final también te empujaré. Quizá no se puedan cambiar las cosas. Bien, bien, uno dos, uno dos, el tío Bobek ronca como un reloj. Un viejo no resiste estas cosas. Tú te ríes de mí, Selma, puedes decirlo tranquilamente, Selma, está bien, está bien.

—No me río. Pero la persona a la que al día siguiente puede llegarle su hora, como a mí, no piensa más que en una cosa.

Ella apagó la luz.

Ella sólo pensaba en una cosa. Entonces, ¿por qué había comprado una camisa de seda y por qué, por qué precisamente hoy se la probaba delante del espejo? ¿Cuándo pensaba llevarla? ¿Cuando se encontrara con él? ¿Ya se habían citado? Ahora ella dormía. Josef Blau tenía los ojos abiertos. Le costaba trabajo, pero, si los cerraba un segundo, le parecía que estaba sobre una superficie que se balanceaba. Aunque se repetía que estaba echado en la cama, en posición horizontal, perdía la noción de su situación en el espacio. No recordaba dónde tenía la cabeza, la sentía muy abajo o muy arriba, colgando entre las piernas, congestionada. Se sentó en la cama y tendió el oído. La madre, en su habitación, se agitaba en la cama. Los acompasados ronquidos del tío Bobek eran insoportables. No había salida, uno no podía zafarse, ni tapándose la cabeza con la manta y metiéndose los dedos en los oídos. ¿Para qué quería el dinero el tío Bobek?

Selma dormía plácidamente. ¿Encendía una cerilla, para ver si sonreía? Quizá su sueño se reflejara en su cara y él pudiera leerlo. Quizá él viera que estaba soñando con Leopold y pudiera despertarla y decirle lo que había visto y ella no se atrevería a negarlo. ¿Soñaba que estaba en la cama con el maestro nuevo? Él era corpulento y fuerte. A su lado no languidecería como al lado de Josef Blau. Leopold la abrazaría con fuerza hasta hacerla gritar, ella estaba llena de voluptuosidad, lo mismo que él, que ahora se inclinaba sobre ella y la poseía. No había defensa contra Leopold, ella corría hacia él, soñando y despierta, todos lo habían notado y no se habían atrevido a

dirigirles la palabra. Un hombre simpático, había dicho la madre. El profesor Leopold había mirado a Selma tranquilamente, con mirada franca, sin pudor, como si ya fuera su mujer, en presencia suya, de Josef Blau. Pero nadie se fijaba en él, todos se habían vuelto hacia el otro, el vencedor. Josef Blau estaba muerto, olvidado. El profesor Leopold había oído lo que los chicos gritaban a espaldas de Blau, quizá se lo decía a ella, mientras la tenía sentada en sus rodillas con su camisa de seda y los dos se reían y repetían el nombre. «Tersites, Teresito», y sonaba como «tontito». Él no quería consentirlo, él quería impedirlo. Se cruzaría en su camino, descubriría todos sus secretos, vigilaría cada respiración. Si las faldas largas no eran protección, él no vacilaría en pedirle aquello que una vez ya tuvo en la punta de la lengua. Que se cortara su espesa melena rubia y se dejara la cabeza monda como la de una monja. Y, rapada, no podría tener amante.

Él quería hablar con el tío Bobek. Hoy podría decírselo todo. Él quería saber. Lo del dinero y si el profesor Leopold podía ser mucho más viril que él. El tío Bobek tenía que saberlo. Josef Blau se levantó de la cama cautelosamente, sacando primero una pierna y luego la otra, para que la cama no crujiera. Ya estaba de pie. Se movía despacio, tanteando la pared. Selma había dejado la puerta del armario abierta. La mano de Josef Blau tropezó con ella. La puerta crujió. Selma se movió. Josef Blau se detuvo. Contenía el aliento. Ella volvía a dormir plácidamente.

Él abrió la puerta de la sala, salió y la cerró despacio. No había chirriado. Él sonrió. Había actuado con toda precaución y había abierto la puerta tan despacio que nadie hubiera dicho que se movía. ¿Cuánto había tardado en sacar las piernas y, después, ir hasta la puerta, abrirla y cerrarla? Quizá una hora, quizá dos. En ningún momento se impacientó. Ahora la puerta estaba cerrada. El tío Bobek gritaría si lo despertaba. Encendió el quinqué. Lo levantó y alumbró la cara del tío Bobek. Quizá del sueño profundo pasara al sopor y entonces consiguiera despertarlo. El tío Bobek seguía roncando con la misma fuerza. Tenía la cabeza echada hacia atrás, la boca muy abierta, y enseñaba unos dientes cortos y negros.

Encima de la mesa estaba la botella de licor. Josef Blau la tomó y echó aguardiente en un vaso de agua. Luego, con el vaso en la mano, se sentó al lado del tío.

Hacía frío. La ventana estaba abierta. Aunque durante el día haga tanto calor como en verano, las noches son frescas en primavera. Es curioso, pensó. Por lo demás, es lo mismo: el aire y la tierra se calientan por el sol. Hoy el termómetro marcaba temperatura de verano. ¿Por qué la noche es más fría que una noche de verano? ¿Por qué en primavera el aire y la corteza terrestre se enfrían más aprisa que en verano? No era el momento. Él no se había levantado ni se había sentado al lado del tío, en camisón, pasando frío, con el vaso de licor en la mano para eso. Él quería hacerle dos preguntas, dos preguntas concretas: la del profesor Leopold y la del dinero. Pero no dejaba de ser curioso. Al día siguiente, cuando ya no le doliera la cabeza, trataría de averiguarlo. Lo dijo en voz alta para no olvidarlo: enfriamiento de

la corteza terrestre. Uno tenía que protegerse. El enfriamiento era mayor de lo que él había pensado. Le temblaban las piernas. Las tenía enfundadas en calzoncillos blancos atados al tobillo. Dejó el vaso encima de la mesa y cerró la ventana. Sobre una silla estaba colgada una amplia prenda de vestir. Se la puso. Le llegaba hasta las pantorrillas. Josef Blau cogió el vaso y se sentó al lado del tío.

Empezó acariciando la mano del tío Bobek, que estaba yerta sobre el sofá. Luego, con precaución, lo empujó. El tío Bobek no se despertaba. Lo empujó con más fuerza, lo sacudió agarrándolo del hombro. Como tampoco esto daba resultado, Josef Blau se levantó. Se inclinó sobre el durmiente y le echó licor en la boca abierta. El tío Bobek tuvo un fuerte sobresalto y el licor le corrió por el chaleco. Abría mucho la boca, intentando tomar aire, agitaba las manos, los ojos se le desorbitaban hasta que hipó y rompió a toser. Josef Blau lo miraba asustado. Los ojos del tío, inyectados en sangre, parecían salirse de la cabeza. Estiraba el cuello, convulsionándose. Parecía a punto de asfixiarse. Se llevó las manos al pecho y miró fijamente a Josef Blau. Josef Blau dejó caer el vaso al suelo. ¿Qué había hecho? El tío le hizo una seña. Josef Blau comprendió. Se puso detrás del tío y empezó a golpear la maciza espalda con los puños.

La tos remitió. El tío Bobek indicó a Josef Blau que parara. Entonces Bobek se recostó en el respaldo. Ahora respiraba más sosegadamente, aunque todavía con esfuerzo.

—Dame de beber —dijo el tío Bobek con voz áspera.

Josef Blau recogió el vaso del suelo. Lo llenó hasta la mitad y se lo dio. El tío bebió. Respiró profundamente.

—Ha sido una suerte que estuvieras aquí —dijo en voz tan baja que Josef Blau casi no le oyó—. Si no es por ti, me asfixio. ¡Siéntate!

Josef Blau se sentó a su lado. El tío le miró de arriba abajo. Entonces sonrió y le dio unas palmadas en el hombro con su mano gruesa.

—Trae algo de comer —dijo el tío Bobek.

En el comedor no había a la vista nada comestible. Josef Blau fue a la cocina. En un plato encontró unos huesos y unos trozos de carne, cogió cuchillo y tenedor y cortó varias rebanadas de pan. Luego, buscó una servilleta. Mientras, el tío Bobek, que esperaba en la oscuridad, se impacientaba.

—Trae acá, hijo —dijo cuando Josef Blau entró.

Josef Blau acercó una silla al sofá y puso delante del tío Bobek todo lo que traía.

El tío Bobek, desdeñando cuchillo y tenedor, cogía los trozos de carne con sus dedos cortos y gruesos y se los metía en la boca. De vez en cuando, bebía un sorbo del vaso que Josef Blau sostenía en la mano.

—A punto estuve de irme al otro mundo —dijo el tío Bobek—. Hay que ver lo rápido que puede ser. ¿Tú crees en Dios?

Josef Blau no contestó.

—Tú eres un hombre instruido. ¿Crees en Dios?

—Claro —dijo Josef Blau.

—Yo soy un buen cristiano. —El tío Bobek se inclinó hacia Josef Blau y le puso el brazo sobre los hombros. Josef Blau estaba muy erguido en su asiento—. Un buen cristiano, católico y romano. Delante de mí, que nadie diga ni una palabra contra la religión si no quiere que le dé mi opinión con una contundencia que le dejará tumbado un buen rato. Yo cumplo todo lo que dice el catecismo, ¿sabes, hijo?

Josef Blau movió la cabeza afirmativamente. El tío le miraba fijamente.

—¿No me confieso y comulgo como todo el mundo? Mira, a mí nadie puede echarme nada en cara y también tengo mis fiadores, ¿no te parece?

El tío permanecía inmóvil, agarrando del cuello a Josef Blau.

—Un borracho, un glotón, un barrigón, ¿es eso lo que tú dices? ¿Es que una persona como yo no puede entrar en el cielo? Ahora contéstame a una cosa. ¿Por qué, te pregunto, a ti, que eres un hombre culto, por qué a los santos los pintan tan escuálidos que parecen la estampa de la desnutrición? ¿Por qué no hay santos gordos, rollizos, con la barriga llena y buenos mofletes? Eso es una injusticia, digo yo, no hay derecho, no señor. ¿No ha habido santos gruesos? ¡Mírame, hijo! Eso es una injusticia desesperante.

Al tío Bobek le corrían las lágrimas por las mejillas y se le metían entre la barba.

—¡Hay que ver lo que pasa con Dios! —Había tomado un trago del vaso y parecía más tranquilo—. Bobek no tiene confianza. ¿Cómo va a tenerla, en estas circunstancias, dime tú, cómo?

Josef Blau no contestó. ¿Qué podía decir? Esperaba una oportunidad para preguntar al tío, pero el tío seguía hablando.

—Yo creo en todo y observo todo lo que dice el catecismo, ¿sabes? ¡Pero cuidado! Hay un punto con el que no estoy de acuerdo, un punto que me hace desconfiar. Y es que Dios desprecia a los gordos, ¿sabes?, porque comen, por eso no los quiere. ¿Y qué hago yo? ¿Aguantarme, crees tú? Que Dios me perdone, porque uno puede encontrarse en el otro lado sin darse cuenta, pero yo no lo aguanto, ¡y no creo en Él! Otras cosas no puedo hacer, pero lo que puedo hacer, lo hago. Y nadie puede reprochármelo. Yo lo aguanto todo, pero eso, para mí, ¿comprendes?, tú ya me entiendes, al que no me quiere, yo no lo quiero.

Descubrió un poco de carne en un hueso y empezó a roerlo.

—¿Puede ser pecado eso? Los pichones vuelan, los pollos picotean el grano. ¿Sabes tú de cuántas maneras puede prepararse un pichón? Vuestro tío Bobek conoce diecisiete maneras, dulce y ácido y picante, relleno y asado. ¿Puede ser eso pecado? ¿Quién fue ése... cómo se llamaba el que inventó el vino?

—Noé.

—Noé, ahí lo tienes. ¿Y quién le dio la inspiración? Dios, que todo lo ha creado, desde el Sol hasta el kúmmel. En mi pueblo había uno al que, cuando se ponía a comer, no había manera de darle alcance. Cerraba los ojos a cada bocado y un día estábamos en una fonda y había conejo con salsa, albóndigas y col roja. Pero la salsa

tenía un algo, y es que en nuestra tierra poseen un arte especial, en fin, un algo que te hacía chuparte los dedos y rebañar hasta la última gota de salsa, y es que no he vuelto a comer un conejo como aquél.

Al tío Bobek se le hacía la boca agua. Se humedeció los labios.

—No veíamos el momento de acabar. Al fin, ese hombre dejó el cuchillo y el tenedor y masticó con los ojos cerrados. ¿Y sabes lo que dijo entonces, hijo? Esto lo ha hecho Dios, dijo. ¡Alabado sea el Nombre del Señor! Y estaba llorando. Ver, oír y comer, ¿sabes?, cerrar los ojos y comer. Cuando se hizo viejo, le dijeron que debía andarse con cuidado, que tenía la vista delicada y podía quedarse ciego. ¿Y sabes qué contestó? Que ya había visto bastante pero aún le quedaba mucho por comer. Fue gordo y temeroso de Dios durante toda su vida. El dinero, ¿sabes?, hay quien lo guarda en el armario, quien hace negocios con él y quien lo gasta en beber y comer bien. ¿Quién da a los pobres? Yo, desde luego, soy hombre magnánimo. No tienes más que contarme una historia triste para tocarme el corazón y hacerme llorar. Si mañana mismo se me tuviera que juzgar, nadie podría decir lo contrario.

—Para eso hace falta dinero —dijo Josef Blau. Ahora podría preguntarle.

—Así es, hace falta dinero. Uno contrae deudas, ¿comprendes?, porque uno quiere vivir. Y, ¿por qué va uno a ahorrar? ¿Es que puedes llevártelo? Puede tocarte el turno ahora mismo, has comido y bebido, duermes... acabamos de verlo, ¿de qué te sirve el dinero? Lo que tú has comido, eso no puede heredarlo nadie. Cada kúmmel que no has bebido es un kúmmel que se ha perdido definitivamente, hijo. Yo no atesoro, ¿sabes?, de mí nadie podrá heredar, no tengo a nadie más que a Selma, y ¿quién es Selma? Luego estás tú, chico, mi heredero. Si tienes buen aspecto, ¿comprendes?, entonces la gente te presta. Pero ¿quién va a prestarle a un individuo que, Dios me perdone, está tan flaco como un santo? ¿Le prestará Berger? Él se reirá, ¿comprendes?, y nada más.

—¿En qué te has gastado las mil coronas? —Miraba al tío Bobek ansiosamente... El tío Bobek se rió.

—Las mil, verás, cuando hay un agujero es preciso taparlo, pero para tapar uno hay que abrir otro. Yo caí en manos de uno que quiere su dinero al día. Espera, Judas, le digo, un mes, una semana, un día. Ni una hora, dice él. Aquí está la letra, dice él, y te embargan la pensión. Está bien, digo yo, porque hay personas que de todo sacan su pequeño beneficio, y hablo con Berger. Pero la cosa quedó en nada, ¿sabes?, y al fin tendrá que esperar, porque de la pensión he cobrado cuatro meses por adelantado. Pagaré, desde luego, pagaré, pero tiempo, tiempo, tiempo, que aprenda a esperar. Y cuando me fui de vuestra casa, hijo, con el dinero en el bolsillo, para qué guardarlo, es lo que yo digo, me quema en las manos y la boca se me hace agua. Un gulash y dos cervezas, digo, y una copita de licor para rematar. Pero lo uno trae lo otro, ¿comprendes?, y nos quedamos hasta las doce. Entonces uno se levanta y nos vamos todos a una casa de mujeres de la Kasernengasse, ¡ja, ja, ja!, hijo, vuestro viejo tío Bobek todavía se las da de hombre.

¿También él iba a la Kasernegasse por las noches, lo mismo que Karpel y Modlizki? Seguramente, allí se habían encontrado Karpel y el tío, y Karpel se lo había contado al tío y por eso el tío se sonreía ahora de ese modo.

—¿Encontraste a algún conocido? —preguntó Josef Blau. Miraba fijamente la llama temblorosa de la vela.

—Desde luego. Allí se encuentra uno a muchos que durante el día andan por ahí con la mirada baja.

—¿Alguno se llamaba Karpel?

—¿Karpel, Karpel? —El tío movió la cabeza, pensativo—. Allí nadie dice su nombre, si no le obligan. Puede ser que lo conozca. A mí sí me conocen todos. Yo no me avergüenzo, ¿comprendes?, soy viudo. ¿Dónde voy a echar lo que me sobra? El tío Bobek, dicen, tanto los clientes como las chicas, cuando yo llego, lo mismo que tú y Selma. Pero yo digo, no me llaméis tío, digo, porque puedo medirme con los de veinte años, les digo.

Josef Blau tendió el oído.

—¿De veinte años?

—¿No me crees? Mira, a eso nadie se ha atrevido todavía. ¡Lo dicho, dicho está, heredero! Mira, ponte un pantalón y vámonos, que todavía nos dejarían entrar. Si vas conmigo, abren. Hago salir a la encargada, Fritzzi se llama, la conozco desde que era una chica como las otras. Tú no me has visto a mí después del vino y el licor. ¿Piensas que eso puede hacer algo al tío Bobek? Al tío Bobek no lo tumba eso. Qué risa. Hay cinco chicas, a cual más guapa. Y nada de historias, tú ya me entiendes, las cinco a la vez. Nada de pamplinas en el salón, ni un ochavo a la gramola para obsequiarme con música, el tío Bobek no necesita acompañamiento. ¡Vístete y vámonos!

—No, no —dijo Josef Blau. El tío le tiraba de la mano. Josef Blau trataba de desasirse. ¡Y cómo tenía que resistirse! ¿De verdad quería el tío Bobek llevarlo a la Kasernengasse? Allí podía encontrar a Karpel con Modlizki o a otro. Imposible, sería el fin.

—Las cinco, te digo, y la encargada, de propina. ¿Te basta? Al fin y al cabo, estoy cansado. ¿Lo crees, lo crees? ¡Contesta con sinceridad y sin tapujos!

El tío bajó la cabeza y le miró a los ojos.

Seguía oprimiéndole la mano.

—Sí, sí —dijo él.

El tío le soltó la mano.

—Uno ya no es tan joven —prosiguió el tío Bobek después de una pausa. Movié la cabeza con melancolía—. Eso no se puede negar. ¡Hubieras tenido que verme a los veinte, a los treinta, y hasta a los cuarenta! Ahora los hay más jóvenes, como tú, por ejemplo, ¿verdad?

Josef Blau se asustó. ¿Qué quería el tío de él?

—Pero tú no serás muy fuerte, ¿verdad? ¡Ja, ja, ja! Me gustaría preguntar a

Selma, en confianza.

A Josef Blau le subió la sangre a la cabeza.

—Calla —dijo.

—Bueno, bueno, no le diré nada. No te preocupes. No quiero violentarla, ¡ja, ja, ja! Pero a lo mejor ella no sabe que hay algo más, que un hombre de verdad...

—¡Tío!

—¡Tío! ¡Tío! ¡No tengas miedo! No le diré nada. Me guardaré bien. Bonito papel. Pero un hombre de verdad, ¿comprendes?, a tu edad, cuando yo volvía a casa, ni el cigarro me quitaba de la boca, un día sí y otro también, un año y otro, sin que me importara lo que ella dijera, la pobre Martha. No había compasión, y no era eso todo, porque había más. No tienes más que mirar alrededor, por ahí andan una treintena de Bobeks. A veces ha costado buen dinero. Pero ¿para qué guardarlo? Es lo que yo digo.

Josef Blau se había puesto en pie:

—¡Eso es mentira! —dijo.

—¡Ja, ja, ja, sí, sí, mentira! Porque no soy como tú. Un tipo seco y flaco como un santo, ¡que Dios me perdone! ¡Pero estas cosas tiene uno que callárselas! Y aún me he quedado corto. Y es que cuando uno es joven y un hombre hecho y derecho como el maestro nuevo, ¿cómo se llama...?

Josef Blau miraba al tío fijamente. Había levantado las manos como si quisiera agarrarlo del cuello, la sangre le latía en la garganta. La habitación subía y bajaba, ¿era que la luz temblaba y las sombras bailaban o era todavía el vino que se le había subido a la cabeza?

El tío Bobek enmudeció.

—¡Eso es mentira! —repitió Josef Blau.

El tío Bobek calló.

—Di que es mentira —insistió Josef Blau.

El tío le miró sin contestar.

—¿Qué has hecho con el dinero? ¡Contesta! —dijo Josef Blau jadeando—. Te lo has gastado en beber y comer. Tú nos hundirás a todos. ¡Yo quiero ese dinero! Dime, ¿cómo esperas darme el dinero cuando llegue el momento? ¡Habla! Si no... si no...

Dio un paso hacia él.

—No me alces la mano —dijo el tío Bobek ladeando el cuerpo para levantarse del sofá.

—¡Contesta!

—¡Tendrás el dinero!

—¿De dónde?

—Si es necesario, me casaré con la querida Mathilde —suspiró el tío Bobek.

La llama tembló. La puerta se había abierto sin ruido.

Josef Blau se volvió. Vio a Selma. Ella se había echado un abrigo sobre los hombros.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Nada, nada —dijo el tío Bobek—. Sólo estábamos charlando.

—Ah —hizo Selma—. Pero ¿cómo te has vestido? ¡Ja, ja, ja!

Josef Blau se miró. Llevaba la amplia bata de la madre. Era una bata de algodón azul con flores amarillas estampadas. Selma se reía. Él la oía reír aún después de que ella cerrara la puerta del dormitorio.

CAPÍTULO VII

Durante los descansos entre clase y clase, el profesor Leopold era rodeado por los alumnos de Josef Blau. Josef Blau se quedaba, como siempre, al final del corredor al que daban las puertas de las clases. Oía la voz aguda del profesor Leopold y las risas de los chicos.

Durante las horas de clase no ocurrió nada. Karpel rehuía su mirada, no levantaba los ojos del pupitre. Cuando el maestro le preguntaba, contestaba mirando hacia otro lado.

Durante una pausa, el profesor Leopold se acercó a Josef Blau. Le preguntó por Selma. Josef Blau contestó lacónicamente. No invitó al maestro nuevo a visitarle otra vez.

Cuando regresaba a su casa, Josef Blau vio que delante de él iban Karpel y Laub en compañía de un hombre vestido de negro. Josef Blau reconoció a Modlizki. Algo especial debía de haber ocurrido para que Modlizki esperase a los chicos a la salida de la escuela. Tendría que ir a ver a Modlizki.

Al día siguiente, al regresar de la reunión de profesores, supo por Selma que Modlizki había ido a verle. Era indudable que se preparaban cosas importantes. Ya era tarde para ir a ver a Modlizki. Josef Blau tendría que dejarlo para el día siguiente. Estaba claro que algo ocurría. Quizá Josef Blau, en su embriaguez, había invocado, con palabras o con gestos, algo que ahora tenía que ocurrir. Se esforzaba por recordar todo lo que había ocurrido durante aquella noche. Pero la mayor parte de sus recuerdos estaban como envueltos en una gran algarabía de voces. Él sabía —y el pensamiento lo paralizaba— que aquella noche había perdido la noción de la responsabilidad. Ésta se le había aparecido como algo ajeno a él y sin fuerza de intimidación, algo que él podía contemplar ecuanímente, como si no le afectara. Sabía que había amenazado al tío Bobek y que el profesor Leopold había mirado a Selma como si Josef Blau no estuviera presente o como si estuviera muerto, y todavía oía la risa de Selma que sonaba en el dormitorio, al otro lado de la puerta.

Pero, a pesar de todo, no podía dar nada por perdido. A pesar de todo, con la fuerza de su pensamiento, con el poder de la evocación, debía tratar de llegar el punto en el que se decidía el destino, el suyo, el de Selma y el de lo que hubiera de venir. Porque la casualidad no existía. Una cosa acarreaba la otra. Todo estaba ligado, palabras, actos y personas. Coincidían en un punto y en ese punto se decidía la vida y la muerte.

Iría a casa de Modlizki al día siguiente, por la tarde, la mejor hora para hablar con Modlizki. Por la noche meditó lo que le preguntaría: por los planes de los chicos y por el profesor Leopold. Modlizki le miraría con la cabeza ladeada y hablaría. Eran cosas curiosas las que decía Modlizki, curiosas y también ridículas, limitadas en cierto sentido. Quizá a Modlizki no le faltara sino una buena formación. Pero Modlizki se negaba a instruirse. Nada quería de los demás, ni siquiera conocimientos.

Los odiaba, odiaba a Josef Blau, a pesar de que Josef Blau era hijo de un alguacil de juzgado y no más rico que un obrero metalúrgico. Pero no era eso lo que importaba, sino de lo otro que Josef Blau compartía, el buen tono, la buena educación y todas esas historias, como decía Modlizki. ¿Por qué Modlizki siempre estaba hablando de su padre que se había matado al caerse de una escalera de mano? Josef Blau ya lo sabía, había acudido, atraído por el ruido de la gente, y presenciado cómo levantaban del suelo al padre de Modlizki y lo llevaban al hospital. ¿Quería Modlizki que Josef Blau pensara en el alguacil, el padre de Josef Blau, que se bajaba de la acera cuando se cruzaba con el juez? El padre de Josef Blau era alto y corpulento y llevaba barba cerrada con el mentón rasurado. Tenía las mejillas coloradas como manzanas. Hasta el día de su muerte, anduvo erguido como un soldado. El juez lo enviaba a comprar salchichas y cerveza.

—Tráigame en un salto unas salchichas, Blau —decía el juez Wünsche.

El alguacil se lo contaba a su hijo con risa destemplada. Lo que le molestaba no era que lo enviara a comprar salchichas, sino que le dijera «en un salto», como si en ello hubiera algo especialmente denigrante que relegaba a segundo término la otra ofensa, que le llamara «Blau» a secas, en lugar de *Herr Blau*, como correspondía a un hombre mayor y meritorio que podía ser el padre del juez.

A las cinco de la mañana, Selma se movió. Josef Blau la oyó quejarse en voz baja. ¿Tenía una pesadilla? Ella se incorporó en la cama.

—¿Duermes? —le preguntó—. Me parece que ya ha llegado el momento.

Él se levantó de un salto y rápidamente se puso los pantalones y la chaqueta. Selma gemía suavemente. Tenía los ojos cerrados. Cuando los abrió, él estaba en el centro de la habitación, mirándola.

—Llama a la madre —dijo ella.

La madre estaba en la cama. Tenía el pelo peinado hacia atrás, con claros en la parte superior de la cabeza.

Josef Blau la despertó.

—Ya ha llegado el momento —gritó.

Ella se levantó. Llevaba una combinación oscura y una chaqueta blanca que le colgaba sobre el vientre, con un adorno rojo en el cuello.

La madre se precipitó a la habitación de Selma. Se inclinó sobre la cama de la hija.

—¡Son los dolores! —gritó.

Josef Blau se sobresaltó. Aquello debía de haberse oído en todas las habitaciones del edificio. La madre se había puesto la bata azul con las flores amarillas. Josef Blau apartó la mirada.

—No te quedes ahí parado —gritó—. Llama a Martha, que vaya a buscar a la comadrona.

Josef Blau bajó corriendo la escalera. Llamó a una puerta del sótano. Abrió Martha. No llevaba más que una falda y una camisa sin mangas. Se había recogido el

pelo en una trenza corta, delgada y tiesa como la cola de una rata. Estaba descalza.

—¡Ponte las medias, Martha! —dijo él.

Martha le miró con asombro.

—Ya ha llegado la hora. ¡Trae a la comadrona!

Él se puso junto a la ventana, a esperar. Se oía trajar a la madre en la habitación. La madre salió al comedor. Se había subido las mangas de la bata hasta más arriba del codo. Josef Blau la oía ahora en la cocina. Se asomó a la puerta de la habitación de Selma. Selma había cerrado los ojos. Tenía la boca abierta, como siempre, pero junto a sus labios había unos pliegues que Josef Blau no conocía. Selma le parecía una desconocida, alguien a quien nunca había visto. Se acercó a la cama. Ella tenía gotas de sudor en la frente. Su respiración era irregular. Tenía la cara alterada, fea. ¿Era Selma, la impasible, la de la frente lisa y serena, aquella mujer? ¿O era otra, una desconocida?

—Selma —dijo en voz baja.

Ella no dormía, pero no le oyó.

Ella se había alejado de todos y estaba sola; iba a hacer algo extraño y desconocido y se había vuelto extraña y desconocida.

Josef Blau oyó pasos y voces. Salió de la habitación.

Entró la comadrona acompañada de Martha. La comadrona se llamaba *Frau* Nowak. Era una mujer de pelo gris, alta y gruesa, con un vientre grande y redondo. Llevaba cofia blanca. Sacó del bolso una bata blanca y se la puso. Martha llevó agua caliente. *Frau* Nowak se lavó las manos cuidadosamente. Josef Blau se había sentado a escribir una carta al director. Dio la carta a Martha y le dijo que la entregara al portero de la escuela. Lo encontraría en la puerta de la escuela a las ocho de la mañana. Que no dijera nada ni contestara preguntas, que entregara la carta y volviera a casa.

Entre tanto, la madre había traído café de la cocina. La comadrona y la madre se sentaron a la mesa. Josef Blau no bebía. Escuchaba. De la habitación de Selma llegaba un leve gemido. *Frau* Nowak le miró.

—Eso no es nada —dijo. En su boca, los dientes que aún conservaba se entrechocaban con los postizos—. Todavía hay para rato.

Las dos mujeres se levantaron de la mesa y entraron en la habitación de Selma. Josef Blau las siguió.

—Buenos días, querida *Frau* Blau —dijo *Frau* Nowak—, ¿ya ha llegado el momento? Ahora paciencia, sobre todo, paciencia, porque, como digo yo, eso es lo más importante.

—Tengo mucho miedo —dijo Selma.

—Todo irá bien —gritó la madre.

«Está luchando con la muerte», pensó Josef Blau. Había vuelto a la sala. La comadrona había empezado a reconocer a Selma.

«Está luchando con la muerte». Apretó los puños dentro de los bolsillos. Quería

concentrarse en desear que ella pudiera escapar de la muerte, que él pudiera arrancarla a la muerte. Ahora ella estaba con las dos mujeres. Pero quizá lo buscaba a él con la mirada. Quizá le pedía ayuda. Él la había puesto en este trance. Si moría, la habría matado él.

Selma se quejaba. Ellas le sostenían las piernas y le ponían las manos en el vientre. Él oía la voz de la madre que ahogaba los gritos de Selma.

—¡Son los dolores! —gritó la madre y Josef Blau se sonrojó. Con la misma voz hubiera podido gritar: «Ha muerto». ¿Por qué no hablaba en voz más baja? Él estaba allí, conteniendo el aliento para no perturbar nada, ni siquiera con el aire de su respiración. Las fuerzas de la vida y de la muerte peleaban entre sí en la habitación de Selma. ¿Era la sordera de la madre más fuerte que el respeto que merecía el momento? La madre de Selma, con las mangas subidas, no oía ni comprendía nada. Agarraba a su hija con manos fuertes, para ayudarla, ponía la mano sobre el cuerpo que se agitaba, para vencer su agarrotamiento, y su voz atravesaba puertas y ventanas y entraba en las casas de los vecinos. Ella enlazaba lo que allí ocurría con todos ellos, con su vida cotidiana, con su destino, sus pensamientos, sus palabras, sus deseos y maldiciones proferidas, levantando la cabeza de la taza de café que estaban bebiendo, de las botas que estaban limpiando, de la necesidad fisiológica que estaban haciendo. Ella enlazaba lo que todavía no había nacido y que él quería proteger, con todo aquello, exponiéndolo al destino y la culpa.

Martha volvió. Había encontrado al portero en la puerta y le había dado la carta. Él no le había preguntado quién la enviaba. Ella no había hablado con nadie. El profesor Leopold se hará cargo de la clase, pensó Josef Blau. Él daría la clase a su manera, consentiría a los chicos unas libertades que Josef Blau les negaba, destruiría la disciplina que tan escrupulosamente él cultivaba, y que tal vez no pudiera volver a imponer. Era un maestro joven que no sabía lo que hacía. No sabía que aquellos que se sentaban de cara a él acechaban el menor descuido, que eran crueles y arrogantes, que despreciaban la profesión del que les enseñaba por ser la que estudiaban los hijos de los pobres.

Al día siguiente, cuando él volviera a la escuela, las ansias de rebeldía de los chicos se habrían robustecido, sus planes serían más osados. Él no estaba preparado para afrontarlos. Hoy no podía salir de casa para ir a ver a Modlizki. Tenía que quedarse, olvidarlo todo, apartarse de todo y no pensar más que en Selma. En la habitación de Selma había silencio. La puerta se abrió con suavidad. La madre y *Frau* Nowak salieron. Martha se quedó junto a la parturienta. Las dos mujeres volvieron a sentarse a la mesa.

—Necesita usted fuerzas, *Frau* Nowak —dijo la madre, volviendo a llenar la taza de la comadrona—. Aunque esté frío.

—El primero —dijo *Frau* Nowak empujando la dentadura con la lengua—, el primero siempre da trabajo.

—¡Hace falta fuerza!

—Pero ya ha empezado a sudar. Créame, eso es lo importante, yo tengo mucha experiencia. Lo que importa es sudar.

—Cuando los dolores empiezan antes de las diez, es chico —dijo la madre.

—Eso es superstición. —*Frau Nowak* agitó una mano despectivamente.

—Lo decía mi madre, que en paz descanse. Nosotros fuimos once. Cuatro murieron al nacer y otros tres, en la infancia. Mi madre sabía lo que decía.

—Tenemos que luchar contra la superstición, incluso la de los que dicen tener experiencia.

—¿Cuándo cree que nacerá, *Frau Nowak*?

—Antes de la noche. Cuando la abertura tiene el tamaño de un taler, la criatura llega antes de la noche.

—¿Seguro?

—Eso no es superstición, amiga mía —dijo *Frau Nowak*, dolida—. Yo soy una comadrona experta. Más de un médico me ha consultado a mí al encontrarse en apuros.

—Selma hizo una promesa a la Virgen de Wranau.

—Eso está muy bien —dijo *Frau Nowak*—. Aunque yo les hubiera recomendado la de Bystritz. Me ha dado buenos resultados. En casos desesperados, querida.

—¿Le parece que también...?

—Aún hay tiempo para eso. Vale más no precipitarse.

Frau Nowak se levantó y abrió la puerta de la habitación de Selma.

—Tiene los ojos cerrados —dijo volviendo a sentarse—. Es importante, muy importante, que no se saque nada de la habitación en la que ella está. No hay que consentirlo en ningún caso. Es una condición que yo impongo a rajatabla. ¿Se lo ha dicho a la criada?

—¿No sacar nada?

—Dígaselo. No hay que sacar nada, ni silla, ni orinal, ni siquiera un pañuelo. Entonces la cosa no tiene remedio.

—¿No habría que llamar a un médico? —dijo Josef Blau.

Frau Nowak le miró de arriba abajo.

—Desde luego, si ustedes lo desean, no tengo inconveniente. Pero piense que el médico le quitará la ropa de la cama y la almohada. Y entonces adiós sudor. El sudor saca los jugos al exterior y eso es importante, ¿comprende? Incluso el doctor Frankfurter, con el que yo trabajo desde hace tiempo, un hombre mayor muy campechano, pues bien, incluso él es enemigo del sudor. De todos modos, insisto en que llame a un médico si no tiene usted confianza en mí.

—La tengo, la tengo —dijo Josef Blau—. Tengo confianza.

Selma volvía a quejarse.

—Usted quédese aquí —dijo *Frau Nowak* a la madre—. Entraré sola. Si la necesito, la llamo.

Se fue junto a Selma. La madre recogió el servicio de café y se fue a la cocina.

A las doce, la madre sirvió la comida. Josef Blau no la tocó. Sentado al lado de la ventana, escuchaba los suspiros, los gritos, el crujir de la cama y la monótona charla de la comadrona. Cada vez que hasta él llegaba un grito, se sobresaltaba, quería levantarse y entrar corriendo en la habitación para ayudarla. Pero el grito se apagaba y seguían gemidos y sollozos. Luego, también éstos cesaban. Él escuchaba. ¿Qué ocurría? La sangre huía de su cara. No debía pensar lo que temía, porque el pensamiento podía invocarlo. Después volvía a oír movimiento. Él echaba la cabeza hacia atrás y cerraba los ojos.

La comadrona apareció en la puerta.

—Ahora un poco de sopa —dijo—. Lo otro vendrá después.

Tenía la cara colorada y el pelo pegado a la frente sudorosa.

—Irás de prisa, muy de prisa para ser primeriza. Y todo está bien. No se puede pedir más.

A las tres, la madre fue llamada a la habitación de Selma. Martha salió, cogió agua, buscó algo y volvió a desaparecer. Josef Blau oyó a Selma lanzar un grito breve y áspero. Se puso de pie y se quedó inclinado hacia adelante, oprimiéndose las manos. No se puede pedir más, había dicho la comadrona. ¿Podía él esperar? ¿No había presunción en la esperanza?

Selma empezó a hablar, a gritar cosas incomprensibles. No era la voz de Selma, parecía la de una loca. Él escuchó. Al principio no entendió nada, pero después oyó que estaba rezando. La letanía, las invocaciones al Santísimo, interminables, con voz monótona, gritando, sin modulaciones, terminando en un alarido prolongado y feroz. Luego, silencio. Tengo que rezar, pensó, apoyar la oración de Selma, acompañarla. Empezó a recitar las invocaciones al Altísimo que él conocía, buscando la palabra nueva, desconocida, que tenía que ser escuchada, buscando afanosamente la palabra que redime y libera.

La puerta se abrió y apareció *Frau Nowak*. Lo encontró de pie, moviendo los labios, ajeno a todo lo que ocurría a su alrededor. Eran las cinco.

La mujer le tomó la mano.

—Venga conmigo —dijo.

Se hizo seguir sin el menor esfuerzo. Entraron en la habitación de Selma. Selma le sonrió. Susurró algo, pero él no lo entendió. Ahora tenía la cara lisa, pero no sin huella de las arrugas que antes la desfiguraban. Le pareció diferente, más dulce, a pesar de que estaba cansada, más conmovida. Él se inclinó sobre ella. Entonces la comadrona lo apartó a un lado y le señaló un hatillo blanco que estaba en un capazo, encima de una silla, al lado de la cama. Los ojos de Selma siguieron la dirección de su mirada. Él vio una carita roja y arrugada con los ojos cerrados.

Selma trató de hablar. La comadrona se llevó el índice a los labios.

—Un chico —dijo *Frau Nowak*.

El niño abrió los ojos. Miraba fijamente a Josef Blau. Luego abrió la boca y profirió un sonido largo y débil que sonaba como un tímido cacareo.

Selma sonreía, fatigada.

La comadrona tomó la mano de Josef Blau y lo llevó otra vez al comedor.

—Bueno —dijo—. Ahora déjela dormir.

«¡Ella vive!», pensaba Josef Blau. «¡Ella vive!»

El pequeño que estaba allí al lado era su hijo. Mi hijo, dijo en voz baja, para darse a entender a sí mismo que en su vida había entrado algo especial. Oyó a las dos mujeres que comían y bebían. La madre le gritó. Tenía que comer algo. Él movió la cabeza negativamente. «Mi hijo —pensaba—, y ella vive, ahora duerme».

—Ya se lo dije, *Frau* Nowak —dijo la madre—, cuando los dolores empiezan antes de las diez, es niño.

—Casualidad —dijo *Frau* Nowak—. ¿Lo ve? ¡No ha hecho falta médico! —Miraba a Josef Blau.

—Muchas gracias —dijo él.

—¡Y, además, le he traído un chico! ¡Sí, sí! Todos lo dicen, la Nowak tiene buena mano. ¡Felicidades, profesor!

Se acercó a Josef Blau y le estrechó la mano.

—Un chico sano y fuerte —dijo—. ¡Que Dios lo bendiga!

—¡En buena hora! —gritó la madre, golpeando la mesa con los nudillos.

—¿Qué nombre le pondrán? —preguntó *Frau* Nowak.

—¡Josef Albert! —gritó la madre—. Su tío Bobek será el padrino, Albert Bobek.

—¡Ah, *Herr* Bobek! Se ha buscado un buen padrino. ¡Un hombre bueno y simpático, *Herr* Bobek!

Aquella criatura con cara de viejo arrugadito, que lloraba con tímido cacareo y que ahora dormía en la habitación de al lado, tendría un nombre y sería una persona diferente. Josef Albert Blau, en eso no había pensado todavía Josef Blau. Sólo por eso, por tener un nombre propio, se distinguiría de todos, del viejo Hämish que vivía en la casa, de Modlizki, del tío Bobek; un nombre que estaría ligado a él y al que él estaría ligado, y por ese nombre sería un individuo. Él lloriqueaba y dormía en su capazo. Y le daban un nombre. Uno elegía el nombre, Martin o Franz, el que más le gustaba, o el del santo del día, o el del padrino o el del padre. Josef Albert. ¿Quién lo había decidido? ¿El nombre no era nada? Al poner un nombre al recién nacido, se le marcaba por primera vez, después de haberle dado la vida, de haberlo expuesto a un destino desconocido e insondable que tendría que soportar. Josef como su padre y Albert como su tío, y de este modo se le encadenaba a ellos. ¿Sobreviviría como Josef Albert? ¿A qué estaría expuesto por llamarse Josef Albert precisamente? Quizá con otro nombre y otro padrino sería otro, como otro hubiera sido con otro padre. ¿Debía Josef Blau levantarse y decir: Según la doctrina de nuestra Iglesia, existe un lazo espiritual entre el padrino y el ahijado comparable al lazo existente entre padre e hijo. Yo no quiero que el tío Bobek sea el padrino? ¿Pero a quién proponía en su lugar, qué nombre, qué padrino? ¿Sabía que el otro era mejor? ¿No era preferible dejarse llevar, no intervenir, no cambiar nada, no provocar nada, no tocar nada?

Llamaron a la puerta. Martha abrió: entró el tío Bobek jadeando. Antes de hablar, se dejó caer en el sofá. Luego, saludó moviendo la cabeza de arriba abajo, hacia uno y otro lado.

—Mis respetos —dijo resoplando—. ¡Felicidades! ¿Y qué ha sido en realidad?

—¡Un chico! —gritó la madre.

—¡Me quito el sombrero, Blau! —dijo el tío—. ¡Me quito el sombrero! Lo he sabido por el joven Hämish. Me lo encontré en la calle hace media hora. «Compre usted algo bonito para el bautizo», me dijo. «Porque imagino que usted será el padrino». Y yo que vengo para acá y subo la escalera y aquí me tenéis.

De manera que el niño ya estaba ligado a todo. Ya se hablaba de él en la calle, ya lo involucraban en pensamientos, palabras e ideas a las que no podría sustraerse.

La madre había entrado quedamente en la habitación de Selma. Salió con el hatillo blanco en los brazos. , Apartó con cuidado la toquilla y mostró el niño al tío Bobek.

—Una preciosidad —dijo el tío Bobek—. ¡Tututu! ¡Tatatalala! ¡Chichichi! — Amenazaba al niño con el índice y reía ruidosamente.

—¿A quién se parece, *Herr* Bobek? —preguntó *Frau* Nowak.

El tío Bobek ni siquiera miró al niño.

—Como hay Dios que es el vivo retrato de la querida Mathilde.

Por la tarde, un botones llevó una cena de rosas. La acompañaba una tarjeta con la felicitación del profesor Leopold.

—Un hombre muy simpático —dijo la madre. Quería ir a decírselo a Selma inmediatamente. Selma dormía. Cuando despertó, las flores estaban al lado de su j cama. Selma las contempló risueña.

—De Leopold —dijo Josef Blau.

¿No entendía o ya lo sabía?

Ella miraba las flores y sonreía.

CAPÍTULO VIII

Aquella noche, Josef Blau durmió en la sala. En su cama, apartada de la de Selma, durmió *Frau* Nowak.

Oía llorar al recién nacido. ¿Tenía hambre? La madre aún no le daba el pecho. Es la primera noche de la vida de Josef Albert, pensaba Josef Blau. Josef Albert. Ya le llamaban así.

Josef Albert lloraba y dormía, para volver a despertarse y llorar, al principio con fuerza y después más quedamente, hasta que enmudecía. Se dormía cuando era más fuerte el cansancio que el hambre. Habrá muchas noches en las que al fin el cansancio pueda con todo, el miedo, la zozobra, la oración, el arrepentimiento, el dolor, arrollándolo con un sueño poblado de imágenes. Josef Albert se ha separado de la madre. Respira. Tiene un nombre. Vive. Cuando estaba dentro de la madre vivía con el aliento de la madre, el corazón, el hambre, el dolor y la alegría de la madre. Josef Albert tiene diez horas y ya nadie sabe lo que pasa por él. ¿Es el hambre lo que le hace gritar o es el miedo a todo lo pavoroso que le rodea, a las caras rojas y desnudas con las bocas oscuras y abiertas que se inclinan sobre él y emiten ruidos horribles que percuten en el tímpano de Josef Albert como golpes de tambor, a la luz, al frío? Él estaba en un lugar caliente y oscuro. ¿Se acuerda? ¿Lo sabe? Nadie llega hasta él. Está solo. Entre él y su entorno hay un abismo que él nunca salvará. Tiene unos padres. El padre habla con el hijo. ¿Qué dicen? No se comprenden. ¿Entenderá a su padre Josef Albert cuando lo mire, cuando le hable? Es la carne y la sangre de Josef Blau. Es su hijo. Ha nacido al ámbito vital del padre, a sus peripecias, a su nombre, a la cara fea de la abuela sorda a la que dicen que él se parece. Nacido hoy, ¿y por qué no mañana, dentro de diez años, o de cien? Cuando el hijo le pregunte, le pida cuentas, ¿entenderá las palabras del padre, su mirada, su abrazo mudo? ¿Podrá comprender lo que Selma no comprende, que sus destinos están ligados, no le preguntará por qué, por qué he de estar ligado a tu destino, Josef Blau, y no al de otro? El padre no cesará de luchar por él, para que no corresponda al hijo un destino marcado por la culpa del padre o de la madre, o afectado siquiera por una palabra o un acto.

Se abrió la puerta de la habitación de Selma. Josef Blau se incorporó bruscamente. Era *Frau* Nowak, con una chaquetita blanca que la hacía parecer todavía más grande y robusta.

—¿Qué ocurre?

—No es nada, no es nada —dijo *Frau* Nowak. Se había quitado la dentadura y se le escapaba el aire al pronunciar la «s»—. Son las flores. Huelen demasiado. Las dejaré aquí. Todo está bien.

El perfume de las flores molestaba a la madre y al niño. Había que retirar las flores del profesor Leopold. Quizá Selma, cuando despertara, las buscara con la mirada, sonriendo. Las flores ya no estarían en la habitación. Quizá Selma preguntara

por ellas a la comadrona. Pero la comadrona no volvería a llevárselas. Olían demasiado, molestaban, envenenaban el aire. A nadie se le había ocurrido mandar flores, sólo al profesor Leopold.

Por la mañana, cuando el director le dijo que se hiciera cargo de la clase del profesor Blau, se enteró de que habían empezado los dolores. Pero ¿quién le dijo que el niño había nacido? Sin saberlo, no habría mandado flores, porque también hubiera podido ir mal.

Quizá el profesor Leopold había enviado a un mensajero a interesarse por Selma. Quizá él mismo había estado en la casa. Seguramente, durante todo el día alguien había montado guardia delante de la casa, mirando las ventanas de Blau; un alumno de la clase de Blau que se habría ofrecido para la misión, habría visto al maestro en la ventana, oído los gritos de Selma, la voz de la madre. Y habría informado al profesor Leopold.

En sus primeras horas de vida, Josef Albert había respirado el perfume de las flores del profesor Leopold. Él no sabía nada, y el profesor Leopold ya estaba alrededor de él, el profesor Leopold que miraba a la madre de Josef Albert como si Josef Blau ya estuviera olvidado hacía tiempo.

Su madre había sonreído al ver las flores. No preguntó y sonrió. Ella lo sabía o lo adivinaba. Pero todos lo sabían, desde el momento en que el profesor Leopold había entrado en la sala y la había mirado con aquella naturalidad y le había hablado como si entre ellos dos no se interpusiera nada. Todos lo sabían, todos, y también sabían que él le mandaría flores. Olían. ¿Se levantaba, abría la ventana y las tiraba a la calle? ¿Qué quería el profesor Leopold? ¿Qué haría después? ¿Y ahora, qué? Cuando hubiera ocurrido, a todos les parecería que siempre lo habían sabido. Ahora estaba Josef Albert. Josef Blau tenía que acercarse a su cama, hablar con él. Aquel olor daba dolor de cabeza. Josef Albert tenía que quedarse junto a Josef Blau, que se rebelaría y tiraría las flores por la ventana. Se quedaría solo con él. Ni la madre ni Selma estarían; se habrían marchado, quizá, con Leopold, él y su hijo estaban solos y él abrazaba al niño y le decía: «¡Quiere mucho a tu padre, Josef Albert, pase lo que pase!»

Josef Blau se sobresaltó. Abrió los ojos. ¿Lo había dicho en voz alta? Le parecía haber oído su voz. Se levantó y abrió la ventana. En la estación se movían luces. A lo lejos silbó un tren. En la calle alguien cantaba con voz ronca.

Aire puro, pensó Josef Blau.

Se acostó otra vez. Josef Albert gritaba. También Selma estaba despierta. La oyó hablar con la comadrona. Pregunta por las flores, pensó Josef Blau.

Cuando despertó, la comadrona estaba en el comedor, calentando leche en el infiernillo de alcohol.

—Un poco de fiebre —dijo—, pero nada grave. Ha preguntado por usted varias veces, pero no ha querido que lo despertara.

Josef Blau entró en la habitación. Las cortinas estaban bajadas. Selma estaba

tendida boca arriba. Estrujaba la sábana con las manos. Tenía el pelo revuelto y pegado a la frente. Ya no sonreía como la víspera. Su cara estaba colorada y los ojos se movían, inquietos, a derecha e izquierda. Estaban grandes y brillantes de fiebre. Josef Blau se asustó. Aquello era peor de lo que le habían dado a entender las palabras de la comadrona. Oh, Dios, y él que esperaba que ya hubiera pasado el peligro.

—Hay que avisar al médico —dijo en voz baja a *Frau* Nowak.

—Enviaré a Martha —respondió la comadrona sin contradecirle.

Él se acercó a la cama. Selma trató de incorporarse. Luego, le tomó la mano y lo atrajo hacia sí. Su mano estaba caliente y seca.

Frau Nowak se había alejado.

—Por si acaso, me alegro de volver a verte —dijo Selma.

—Selma —dijo él.

No pudo seguir hablando. Le oprimía la mano como si con ello pudiera retener a Selma.

Selma se agitó, intranquila, debajo del pesado edredón. Se apoyó en el codo izquierdo y acercó los labios a la cara de él.

—La letra la tiene Karpel —dijo, y se dejó caer en la almohada.

Josef Blau le soltó la mano.

—¿Qué... qué dices, Selma?

Ella había cerrado los ojos. Respiraba ruidosamente. El pecho le subía y le bajaba irregularmente. ¿Ya no le oía? ¿Era esto el fin? ¿Se había reservado las fuerzas para decirle eso antes de expirar? ¡Ella lo amaba! ¡Selma lo amaba! No había preguntado por las flores, en el delirio de la fiebre no pensaba más que en volver a verle a él mientras aún pudiera hablar para advertirle.

Volvió a entrar *Frau* Nowak.

—¿Duerme? —preguntó. Miró a Josef Blau—. No es nada grave. Es normal. No se preocupe, profesor.

Lo empujaba fuera de la habitación y él salió sin ofrecer resistencia.

—No es nada —dijo la madre poniéndole el café en la mesa.

—No es nada —dijo el médico que poco después visitó a Selma.

No era nada; pero algo tenía que ser. Al principio, Josef Blau no lo comprendía. Pero ahora lo veía. Karpel tenía la letra. Se la había comprado a Berger, el amigo de Bobek, el que había prestado el dinero. Pero ¿cómo lo sabía Selma? Selma tendría que confesar cómo se había enterado. ¿Quién había tenido interés en decírselo a Selma? Sólo el que quisiera que Josef Blau lo supiera: Karpel, que quería intimidar al maestro, humillarlo, utilizar la letra para dejar al profesor indefenso en la escuela. ¿Se había acercado a Selma en la calle, se lo había murmurado, o se encontraban, hablaban o, por lo menos, habían hablado una vez? Selma había dudado en decírselo a su marido para que él no la acosara a preguntas. ¿Había mencionado alguna vez Josef Blau el nombre de Karpel? Selma se lo había dicho, como si fuera un nombre

que se menciona con frecuencia. ¿Cómo se había enterado Karpel de la existencia de la letra? ¿Por Selma? Ella debía decírselo todo, tan pronto como lo dejaran acercarse a ella, la interrogaría, nada podía quedar escondido. Quizá ella nunca hubiera revelado que lo sabía, pero la fiebre le había hecho hablar, el miedo a la muerte, el cansancio del parto, las imágenes horribles que pone en el cerebro el letargo de la enfermedad, y la preocupación por el niño. Quería ir a ver a Modlizki lo antes posible, hoy mismo si el estado de Selma se lo permitía. Mientras la letra estuviera en manos de Karpel, el maestro estaría a merced del alumno. Tenía que ser algo extraordinario lo que planeaba Karpel, una idea siniestra.

¿Cómo se había acercado Karpel a Selma? ¿Qué le había dicho para hacerla acudir a sus citas? Quizá hacía tiempo que Karpel la amenazaba con destruir al maestro, y Selma lo sobornaba para salvar a su marido. Ella tendría que hablar. A fin de cuentas, ya lo sabían todos, los alumnos, la madre, Modlizki... el único que no lo sabía era él, que no se salvaba gracias a sus oraciones, sino gracias a Selma, que compraba su salvación a los alumnos. ¿Cuál era el precio que pagaba Selma? ¿Qué había hecho ya, hasta dónde había llegado? ¿Qué pedía ahora Karpel para no utilizar la letra contra Josef Blau?

Selma dormía. Había tomado sopa y dado el pecho al niño por primera vez. La fiebre había bajado. La madre y *Frau Nowak* estaban en el comedor.

—No hay peligro —dijo *Frau Nowak*.

Él podía marcharse. Eran las siete y media cuando salió de casa.

El profesor Leopold estaba en el corredor, preparado para sustituir a Josef Blau también aquel día. Se acercó a Josef Blau tendiéndole la mano con amplio ademán.

—¡Mi más cordial felicitación! Si está usted aquí, es señal de que todo ha ido bien.

Josef Blau le estrechó la mano en silencio.

Entró en la clase como siempre, subiendo a la tarima junto a la puerta, sin apartar la mirada de los alumnos mientras se dirigía a su sitio. Colgó el sombrero e hizo su anotación en el libro de clase. Todo, de prisa. No quería que los alumnos, como hacían con otros maestros, le felicitaran por medio de una comisión. De pie al lado de la ventana, empezó la clase en el punto en el que habían quedado el último día.

Karpel estaba como los otros, inmóvil, con la cabeza baja.

CAPÍTULO IX

Modlizki estaba en la escalinata, vestido de negro, con el chaleco abrochado hasta el cuello. Salió al encuentro de Josef Blau, sin prisa, como siempre, inclinando hacia la izquierda su cabeza de pelo negro peinado con raya en medio.

Entraron en la sala panelada de madera.

Josef Blau se sentó. A la espalda tenía la ventana y, enfrente, la pared con los trofeos de caza y las armas. Modlizki se quedó de pie delante de él. Josef Blau le invitó a sentarse con un ademán. Modlizki se sentó a distancia prudencial, en el borde de la silla. Se mantenía erguido, sin apoyarse en el respaldo.

Modlizki miraba a Josef Blau expectante. Josef Blau se agitó en la silla, inquieto. Tenía que iniciar la conversación. Sabía que Modlizki no haría nada para poner fin al incómodo silencio.

—Tú estuviste en mi casa, Modlizki —empezó—, no pude venir antes, porque...

—Estoy informado —dijo Modlizki. Se puso en pie—: No habría dejado de expresar mi felicitación a la mayor brevedad.

—Gracias —dijo Josef Blau—. ¡Siéntate, Modlizki!

Había tanto de que hablar. ¿Cómo empezar? Tenía que procurar no traicionarse.

—¿Es niño? —preguntó Modlizki. Josef Blau asintió—. Él tendrá la suerte de disfrutar de una educación esmerada. A mí no me fue otorgada. Mi padre...

—Lo sé —dijo Josef Blau. Modlizki se inclinó y guardó silencio.

No debió interrumpir. Ahora Josef Blau tenía que volver a empezar.

—¿Por quién te enteraste, Modlizki? De lo del niño, quiero decir.

—El joven Karpel pasó ayer por aquí. Al anochecer, yo acostumbro a salir a la puerta de la casa. Las noches son tan cálidas como en verano.

—¿El joven Karpel? ¿Hablasteis de mí?

—Hablamos de esto y de lo otro. El joven me distingue con su confianza. Creo que ya me permití mencionarlo en otra ocasión.

—¿Qué te dijo?

—Hoy hemos tenido al maestro nuevo —dijo—. Yo le pregunté si *Herr Blau* estaba enfermo. No, dijo el joven. La mujer está de parto. Pero el chico no tardará en volver. Así se expresó el joven. No es de mi incumbencia reconvenirle. El nacimiento de un hijo es un fausto acontecimiento, me permití responder con énfasis.

Modlizki no sonreía. Nada se movía en su cara. La voz era monótona y grave, sin modulaciones. Josef Blau bajó la mirada al multicolor dibujo de la alfombra.

—El joven utiliza un lenguaje fuerte —prosiguió Modlizki—. Poco apto para oídos delicados... Ha sido educado con esmero. Yo diría que una cierta petulancia le impulsa a borrar las huellas de esa educación. Aunque yo no deba permitirme expresar un juicio, no dudo de que el joven dará que hablar.

—¿Cuándo? —preguntó Josef Blau.

—Eso no lo sé, no me refiero a nada concreto sino que hablo, como suele decirse,

en términos generales.

—¿Te parece que no es una persona corriente, Modlizki?

—Eso pretendía decir, en términos generales.

—¿Para bien o para mal?

—No lo sé. Lo cierto es que hará cosas grandes. Tal vez a unos les parezcan buenas y a otros, malas. Quiero decir que podría suceder.

—Yo creo que entre el bien y el mal hay una divisoria. También hay cosas que están en medio. Pero, cuando se trata de lo especial, no de lo corriente, siempre se puede saber si es lo uno o lo otro.

Modlizki miraba a Josef Blau. Josef Blau no se había expresado bien. La mirada de Modlizki le producía inseguridad. Modlizki esperaba.

—Habla, Modlizki —dijo Josef Blau.

—Yo no he gozado del privilegio de una buena educación y no sé expresar mi opinión en debida forma. Voy a poner un ejemplo. Podría ser que el joven hiciera algo en la escuela que al maestro le pareciera malo y a los alumnos, bueno, por ejemplo.

—¿Qué cosa? —preguntó Josef Blau.

—He dicho por ejemplo. Entonces para unos sería bueno lo que para otros es malo.

¿No le miraba Modlizki de una manera extraña, como si espiara cada movimiento de sus músculos? Modlizki sabía algo.

—Hay leyes generales por las cuales se puede distinguir el bien del mal. La ley, la religión. Dios.

—La ley dice que nadie debe tomar lo que es del otro —dijo Modlizki—. Esto, me parece, es la base. La religión dice que hay que amar al prójimo y que los pobres van al cielo.

—¿Y eso no es bueno? ¿No es un gran consuelo?

—Es bueno para los señores y las señoras.

—Ellos lo necesitan menos que los otros, Modlizki.

—Puede ser que me falte educación para entenderlo. Ésa puede ser la razón de que yo tenga otra opinión, si se me permite expresarlo así. Es fácil amar al prójimo cuando uno es un señor. Los señores y las señoras no se ven obligados a robar. Por lo tanto, la prohibición no se refiere a ellos. Está para protegerlos a ellos. Cuando nosotros amamos al que nos hace daño, cuando ponemos la otra mejilla, eso es bueno para los señores y las señoras. Esto es temporal, nos dicen. Nosotros vamos al cielo y ése es nuestro consuelo. Los que aquí son los primeros allí serán los últimos, y eso hace que los señores y señoras se sientan justificados. Si se me permite la opinión, por ello está tan extendida nuestra religión.

—¿Por ello?

—Quiero decir que va contra nosotros y que por eso se enseña en todas partes.

—Es curioso cómo lo ves, Modlizki. ¿Tú crees que los ricos la han utilizado para

extender su poder?

—Los señores y las señoras. Ama a tu enemigo, te dicen. No robarás, te dicen. No codiciarás el asno de tu prójimo. Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja de coser que un rico entre en el reino de los cielos, te dicen. Yo lo he leído. También he leído que ésta era la fe de los esclavos. Los señores y las señoras la combatían, porque no la comprendían. Cuando la comprendieron, así lo he leído yo, la propagaron y la impusieron a todos los pueblos que conquistaron. Se lo quitaron todo porque los querían, para que fueran al cielo.

Modlizki sólo conocía el odio. El odio lo hacía malicioso, pero seguía siendo cerril y testarudo. No se podía hacer caso de lo que decía Modlizki.

—¿No lo manda Dios? —preguntó Josef Blau en voz baja.

Modlizki callaba, con la mirada fija ante sí.

—¿No lo manda Dios?

—Quizá lo mande Dios —dijo Modlizki.

—Existe una fuerza divina —dijo Josef Blau. Tenía los ojos cerrados—. ¡Sería inconcebible, compréndelo! Todo sería pura casualidad. ¡Sería demencial, Modlizki!

—Los sabios, entre ellos, niegan la fuerza divina, yo lo he leído. Hay gente que se esfuerza en demostrar que Dios no existe. Ellos dicen que todo se hace por simples leyes naturales. Que el espíritu del hombre está unido al cuerpo y muere con él. Es el espíritu humano el que inventó a Dios. Los sabios no necesitan a Dios. Pero nosotros, dicen, nosotros lo necesitamos y por nosotros lo dejan subsistir. Porque nosotros no hemos gozado de las ventajas de la instrucción, nosotros no estamos educados. Podría ocurrir que, si no temiéramos a Dios ni a la doctrina que se predica, no temiéramos a nada. Podríamos pensar que, sin el consuelo del reino de los cielos, no merece la pena conformarse, y podríamos empezar a desear lo que pertenece a los señores y señoras y caer en la aberración de que tenemos que vengarnos. Yo no tengo muchas oportunidades de hablar con personas instruidas. Yo entiendo las cosas como las entiende un hombre sin ilustración ni educación. Me gustaría aprovechar la ocasión para preguntar si Dios existe, si se me permite.

—Te lo he dicho ya —dijo Josef Blau.

—Entonces, ¿no es sólo para llevarme por el buen camino, que es el que corresponde a un hombre de mi clase?

—Los dos somos de la misma clase, Modlizki. Nos criamos juntos.

—Yo sé que no tengo derecho a acordarme de ello. Lo he olvidado. Yo pertenezco a la clase de los sirvientes.

—¡Yo también, Modlizki!

—Yo comprendo que se tenga el deseo de ser respetado como corresponde a la posición que uno ocupa.

Josef Blau rehuyó su mirada. «A la posición que uno ocupa», había dicho Modlizki, no «a la posición que uno ocupa ahora». En sus palabras no había ironía. Su voz no subía ni bajaba. Pero ¿no brillaba en los ojos de Modlizki la chispa del

odio? Josef Blau quería levantarse y marcharse. Cuando quisiera recordar, podía ser tarde. Porque en cualquier momento podía estallar el odio de Modlizki contra él. Pero ¿por quién podía enterarse si no por Modlizki? El propio Modlizki le diría lo que quería saber sin que Josef Blau le preguntara. Josef Blau lo intuía. Tenía que esperar.

—Dios quiere que amemos a nuestros enemigos —prosiguió Modlizki—. Dios ha dado una doctrina que es buena y provechosa para los señores y a nosotros nos ha dado un consuelo. Yo no me atrevo a negar la existencia de Dios, pero comprendo que está contra mí. Él es un señor que come carne todos los días y se hace limpiar los zapatos, si se me permite la expresión. Su doctrina no es buena para nosotros. Nosotros somos una gran masa y Él está con los otros. No se puede combatir, pienso yo. ¡No matarás, no robarás!

—¿Matar?

—Lo digo por ejemplo. Dicen que se podrían distribuir los bienes con justicia. Pero seguirían estando injustamente distribuidos. ¿Y qué es lo justo, digo yo? Yo digo, con permiso, que no se trata de eso. No se trata de los bienes.

Hizo una pausa.

—¿Se puede dejar de temer a Dios, pregunto yo? —Miró fijamente a Josef Blau.

—¡Calla, calla, Modlizki!

¿Qué decía? ¿Qué sugería? ¿Qué pretendía?

Modlizki se inclinó hacia él y guardó silencio.

—¿Por qué callas? Ah, ¿qué quieres, Modlizki? Yo no tengo ni el derecho ni la intención de hacerte callar. Yo he venido para hablar contigo. ¡Oh, Dios, vas a hacerme desesperar! —dijo con voz dolorida.

Modlizki callaba.

—¡Habla, habla! ¿Qué querías decir? ¿Dónde te he interrumpido?

—Soy consciente de lo aburrido que es esto para una persona instruida. Pero uno dice esto y lo otro. Yo carezco de la instrucción necesaria para expresar el pensamiento. Sé que estamos excluidos y quiero seguir estándolo. Somos una masa frente a los señores y señoras, pero como masa nada podemos hacer, nada de lo que importa, no sé si me explico. Porque en principio lo que importa no son los bienes. Estamos solos frente a ellos.

—Te entiendo muy bien, Modlizki.

Él estaba solo frente a los chicos que lo excluían. Ellos lo despreciaban. Ellos utilizaban medios poco corrientes.

—Nosotros podemos enloquecer y desesperar a la gente.

Modlizki podía. Si seguía hablando mucho rato, le haría enloquecer. ¿No era precioso cada instante? En casa estaba Selma. Tal vez con fiebre. El niño podía haber enfermado. En aquel momento, Karpel podía intentar algo con la letra.

—Somos una masa grande, terrible y rebelde. Quiero decir que podríamos serlo. Luego vendría lo otro. Nosotros, cada uno de nosotros, puede hacer enloquecer y desesperar. Como una masa inerte, no sé si me explico. Nosotros no sonreímos ni

lloramos. Nosotros no tomamos parte en nada. Somos modestos pero molestos, eso es lo que quiero decir. Obedientes, pero muy rápidos o muy lentos. Hacemos lo que se nos manda, pero volvemos loco al que manda. No se nos puede echar nada en cara, pero es mortificante, angustioso y desesperante, si bien se mira. Somos inofensivos y dóciles pero siempre nos escurrimos.

—Como el pasador del cuello —dijo Josef Blau. Modlizki le miró interrogativamente—. Nada, nada.

—Quiero decir que podría ser así. Nosotros nos excluimos de todo. No oímos música, sólo órdenes. No hay fiestas para nosotros. Si no me equivoco, vendrá una gran angustia. Todo lo rechazamos. No hay nada que nos haga dejar de pensar en nuestro origen. No se puede hablar. Porque lo que ocurre es que somos sordos y obedecemos. Quiero decir que hasta mí no llega ningún camino que venga de los señores. Ellos estarán solos y nosotros estaremos impasibles mirándoles, una gran masa que los hará desesperar. Yo estoy tranquilo y el señor consejero está inquieto. Yo no me dejo arrastrar. Yo me mantengo al margen de todo. No es que ellos me den de lado sino que yo los doy de lado a ellos. El joven Karpel viene y me dice que tiene un asunto. Yo no hago preguntas, yo callo. El señor consejero y el joven Karpel me distinguen con su confianza. Yo sólo contesto cuando me preguntan.

—¿Un asunto, Modlizki? ¿Qué clase de asunto? ¡Habla, habla!

—Un asunto de una letra. Dice que la ha comprado.

—¿Para qué? ¿Te lo ha contado, Modlizki?

—El joven no dijo más.

—¿No dijo más? Pero quizá sonreía, la voz sonaba alegre, burlona. ¿Qué notaste en él? Cuenta cómo ocurrió y todo lo que sepas, todos los detalles... no calles nada, Modlizki, te lo ruego, tú y yo somos...

Se interrumpió. Advirtió que Modlizki le miraba fijamente. En la cara de Modlizki nada se movía, mientras que Josef Blau respiraba jadeante, hablaba atropelladamente, gesticulaba.

—¿Quizá sea muy importante, Modlizki! —dijo en voz baja y cerró los ojos.

—Quizá sonreía. Pero no me acuerdo. Yo estaba en la puerta de la casa. Era de noche. Y el joven pasó. Me enseñó un papel. Me dijo que lo había comprado.

—¿Lo llevaba en la mano?

—Vi el papel y vi la firma. Aún falta para el vencimiento. Será pagada a su vencimiento, no me cabe duda.

—¿No te cabe duda? Es de Bobek, Modlizki, ¿entiendes? Él se lo gasta en comilonas y en bebida. Yo no tengo nada, ¿comprendes?, nada, no he prosperado, ahorramos lo que podemos y a fin de mes no queda nada y ahora, con la comadrona, el médico y todos los gastos, ¿de dónde iba a sacarlo si Bobek me falla? ¿Tú crees que tengo algo ahorrado? Nada, soy tan pobre como los demás, como tú, ¿te das cuenta, Modlizki? ¿Tú crees que yo he prosperado, Modlizki? Lo adivino, no lo niegues, Modlizki, adivino lo que piensas, pero no es así, no tengo nada, Modlizki.

—No se trata de eso —dijo Modlizki.

—De eso se trata, Modlizki, y de nada más. ¿Te das cuenta? Karpel sabe que se trata de eso, por eso ha comprado la letra. Será implacable cuando llegue el día y yo no pueda pagar. Así me tendrían en la palma de la mano. Yo tendré que doblegarme si no quiero que él dé la letra al protesto. ¿Cómo lo sabe Selma?

—Eso lo ignoro.

—¿Quién tiene interés en que ella lo sepa, pregunto yo? El que quiera que yo me entere. Si yo no lo sé, el plan no tiene objeto. Por eso se lo han dicho. ¡Sólo Karpel puede habérselo dicho!

—Tal vez se lo ha dicho el joven, sí.

Josef Blau se puso en pie y Modlizki se levantó inmediatamente. Blau volvió a sentarse y con un ademán invitó a Modlizki a sentarse a su vez.

—¿Así que él la conoce, que habla con ella? ¿La amenaza, trata de asustarla, oh, Dios, qué le exige? ¿Dónde se encuentran, desde cuándo? Tú lo sabes, tú gozas de su confianza. ¡Habla, Modlizki!

—Eso lo ignoro.

—Pregúntale, Modlizki, tengo que saberlo, así podré estar preparado para cualquier cosa, hay mucho en juego. ¡Luego está el maestro nuevo!

—Los jóvenes hablan de él.

—¿Qué dicen? ¿Que ha hablado con Selma?

—Hablan de él en términos de elogio.

—¿De elogio? ¿Y qué más?

—No sé más.

—¡Tienes que preguntar, Modlizki! A ti te lo dirán. Tú eres listo. Tú sabrás sonsacarles. Acerca del maestro nuevo y de la letra. ¿Qué puedo hacer, Modlizki?

—Si me es lícito opinar, no creo que el joven entregue la letra voluntariamente.

—¿Qué hago? ¡Tú me ayudarás, Modlizki!

Modlizki callaba. Miró a Josef Blau. Luego dijo lentamente:

—Quizá, si se pudiera poner al joven a merced de uno... —Se interrumpió. ¿Por qué? ¿Observaba el efecto de sus palabras?

—No te entiendo. ¡Explícate!

—Pues que el maestro ponga al alumno a su merced, como el alumno al maestro.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Si el alumno supiera que está a merced del maestro, entregaría la letra.

—Por Dios, habla claro, ¿qué tengo que hacer?

—Con licencia, y sin ánimo de ser mal interpretado. Hacer que el joven sea sorprendido por el maestro una noche. Entonces el joven, creo yo, estaría dispuesto a mucho. Hay mucho en juego, en casa y en la escuela.

—¿Sorprenderlo, dónde?

—Quiero decir cuando el joven está en la Kasernengasse.

—¡No! —Josef Blau se levantó de un salto—. ¡Imposible!

También Modlizki se había puesto en pie.

—No me refiero a que el joven encuentre al maestro en una casa. Podría encontrar al maestro en la calle, al salir de la casa. Hoy, después de las siete, el joven estará en una casa. Si se me permite puntualizar, será la segunda casa de la izquierda, según se va desde el cuartel. El maestro podría estar allí cuando saliéramos de la casa.

—Estar allí, Modlizki... es...

—Yo podría dar la señal desde una ventana cuando fuéramos a salir.

—¿Cómo puedo...? —Una campanilla chillona le interrumpió.

—El señor consejero se ha despertado —dijo Modlizki.

—Sí, ya lo he oído, la campanilla, pero no hemos terminado, Modlizki...

—Si se me permite, creo que ya está dicho todo. En cualquier caso, yo me asomaré a la ventana. Es hora de decidirse.

—No estoy decidido, Modlizki. Si alguien me viera, quiero decir... —Modlizki iba hacia la puerta.

—Dada la índole de mi situación, debo cumplir puntualmente las órdenes del señor. Toda demora debida a motivos personales no estaría bien conceptuada. La relación con el señor es impersonal. Otra cosa sería impropio.

—Hoy podrías hacer una excepción. Dile...

—No sería comprendido.

Estaban en la escalinata. La mirada de Josef Blau se posó en la indolente diosa blanca.

—Es copia de una antigua escultura griega —dijo Modlizki—. Mármol de Carrara. El señor consejero dice que mirarla le descansa.

Se inclinó, entró en la casa y cerró la puerta. Josef Blau lo siguió con la mirada. ¿Cómo había adivinado Modlizki que él pensaba en la diosa? Habría que destruirla, destruirlos a todos, Modlizki tenía razón. Estaba allí para distraer, para cautivar, para hacer olvidar. Ahora Modlizki estaría espiándolo por una ventana o una mirilla. Era inquietante estar expuesto a su mirada y no ver su cara, de la que ahora habría caído la máscara. ¿Estaría risueña o desfigurada por el odio? Josef Blau bajó las escaleras y cruzó el jardín por el sendero de grava. La verja se abrió ante él con un zumbido y un chasquido. Salió a la calle. Eran las seis. Tenía una hora para decidirse. Había que reflexionar con calma. No se había dicho todo. ¿Qué ocurriría cuando estuviera frente a Karpel y Modlizki? ¿Si Karpel se lanzaba contra él, dándolo todo por perdido y haciendo acudir a otras personas? De las casas saldrían mujeres y borrachos, se armaría alboroto, Karpel le hablaría en voz alta y burlona, o empezaría a suplicar delante de aquellos testigos. ¡Qué fácil sería que Blau no pudiera escabullirse, rodeado como estaría por toda aquella gente! Modlizki podría ayudarlo agarrando a Karpel y aprovechando la sorpresa del alumno para llevárselo. Hubiera debido pedírselo a Modlizki, llamar su atención sobre esta posibilidad en la que Modlizki no había pensado.

Josef Blau seguía parado delante de la casa. Si llamaba, Modlizki tendría que

abrir. Josef Blau no necesitaba más que un segundo para susurrárselo a Modlizki. El señor no tenía por qué enterarse. Podía ser una llamada normal, un mensajero, el cartero, la mujer de los periódicos, un pobre.

Josef Blau oprimió el pulsador del timbre. Esperó. La puerta no zumbó. Modlizki no abría, no quería seguir hablando. Le había dado un consejo. Ahora Josef Blau tenía que decidir. No había manera de conseguir que Modlizki se aviniera a hablar. Josef Blau debía abandonar los alrededores de la casa. Dentro de poco, Karpel podía ir a recoger a Modlizki. Karpel no debía encontrar al maestro delante de la casa de Modlizki.

Lentamente, Josef Blau se encaminó hacia la ciudad. Era de día. Si se decidía a seguir el consejo de Modlizki, tendría que subirse el cuello del abrigo y calarse bien el sombrero en la frente. Modlizki lo reconocería, porque estaría esperándole. Josef Blau tenía intención de entrar en la calle por el lado del cuartel. Así no tendría que dar más que unos cuantos pasos por la Kasernengasse. El patio del cuartel hacía las veces de pasaje público. Delante de la segunda casa podía pararse unos momentos a encender un cigarro, a consultar el reloj, a mirar en derredor como si esperase a alguien. Entonces ellos tendrían que salir de la casa. La Kasernengasse era estrecha. Desde luego, en las puertas de las casas y en la misma calle habría mujeres que le llamarían. Si estaba preparado, no se volvería como hace uno por instinto cuando es interpelado inopinadamente. De este modo podría evitar nuevos intentos de aproximación. Cuando el alumno lo hubiera visto, debía retroceder por donde había venido. Hasta el cuartel era más corta la distancia que hasta el otro lado de la calle. Le parecía que en la puerta del cuartel estaría a salvo. Hasta allí no le perseguiría Karpel ni tampoco el tumulto de las mujeres. Además, Modlizki impediría al alumno perseguir al maestro. Lo importante era que Josef Blau no perdiera ni una fracción de segundo después de que Karpel lo hubiera visto. Si no había imprevistos, todo podía acabar en un par de minutos. Karpel lo habría visto. No hacía falta hablar. Si seguía el consejo de Modlizki, Josef Blau tendría algo que esgrimir contra el alumno.

Entró en un estanco y compró un cigarro y una caja de cerillas. Podían hacerse los preparativos sin que estuviera tomada la decisión. Quizá, cuando se decidiera, ya no quedara tiempo para proveerse del cigarro y las cerillas. El cigarro era importante. Un hombre que se paraba en la calle, sacaba un cigarro, cortaba la punta con parsimonia, sacaba las cerillas y lo encendía, era una imagen habitual que no podía llamar la atención. Además, con ello se entretenía y hacía más soportable la espera. Él sabía lo que tenía que vigilar mientras esperara: el cigarro y la llama de la cerilla, hasta que se abriera la puerta.

Eran las siete cuando llegó al centro. Hasta la Kasernengasse no tenía más que cinco minutos, andando despacio. En la calle empezaban a encenderse los faroles. Pero aún era de día, apenas comenzaba a anochecer. La oportunidad de sorprender a Karpel no se repetiría fácilmente. No había nada que objetar al consejo de Modlizki. Karpel utilizaba medios insólitos y el maestro respondía de forma inhabitual. Que él

hubiera ido a la Kasernengasse con otro motivo que el de sorprender a Karpel era algo que nadie, ni siquiera el propio Karpel, podría imaginar. De lo contrario, él no hubiera estado esperando delante de la casa de la que salía Karpel. Estaría claro que las visitas de Karpel habían sido denunciadas al maestro y que éste había acudido al lugar para pillar al alumno *in fraganti*. Desde el arco del cuartel vería si había excesiva animación en la calle. En tal caso, desistiría y daría media vuelta. Pero quizá a aquella hora la calle estuviera tranquila. Se podría reconocer desde lejos a todo el que viniera en sentido contrario.

Mientras estuviera en el cuartel estaría seguro. Podía entrar tranquilamente, sin haberse decidido, y echar una ojeada a la calle.

En la puerta del cuartel había centinelas y grupos de soldados. Él cruzó el ancho patio. Unos soldados estaban formados en fila. Un oficial leía un papel en voz alta. Josef Blau pasó a un oscuro pasaje. Se subió el cuello del abrigo y se echó el sombrero hacia la frente. A la salida del pasaje, había un centinela. Josef Blau vaciló un momento. Delante tenía la Kasernengasse. Un soldado, con una carpeta debajo del brazo, venía por la calle en dirección al cuartel.

Josef Blau tenía el cigarro y las cerillas en el bolsillo. El corazón le palpitaba con fuerza. Respiraba de prisa. El soldado de la puerta le miró. El soldado de la carpeta entró. Gritó una palabra al centinela y pasó por el lado de Josef Blau. A la espalda de Josef Blau, sonaban pasos en las losas del oscuro pasaje. Frente a Josef Blau, la calle estaba desierta. Salió a ella andando despacio, como si paseara. De las oscuras puertas salían mujeres sin sombrero, vestidas con ropas anchas y sin mangas y con chales sobre los hombros. Josef Blau no las había visto desde el cuartel. Detrás de los cristales de las ventanas había caras anchas y aplastadas, pálidas a la luz del farol, con grandes ojos redondos. A su derecha, alguien golpeó el cristal de la ventana con los nudillos. Él no se volvió. Se abrió una ventana rechinando. Las mujeres lo llamaban desde los portales con siseos y movimientos de cabeza. Alguien se le acercaba por detrás, seguramente, en zapatillas. Las pisadas sonaban amortiguadas. Una voz de mujer le llamó a su espalda. Él sostenía el cigarro en el bolsillo con dedos agarrotados. Ya estaba delante de la segunda casa de la izquierda.

¿Podía detenerse ahora? De todos lados le llamaban con señas y siseos. Ante él se extendía el trecho más largo de la calle, unos cien pasos hasta el extremo. Debía dar media vuelta, buscar la protección del cuartel. ¿Le había reconocido Modlizki? Josef Blau llevaba el cuello subido y el sombrero echado hacia la cara. Quería volver sobre sus pasos.

La puerta de la segunda casa se abrió desde dentro. Una franja de luz se proyectó sobre los adoquines, delante de Josef Blau. Alguien salió a la calle, pasando junto a una figura de mujer. No era Karpel. Detrás de él, en el zaguán, Josef Blau distinguió otras dos figuras. Por la postura de la cabeza, reconoció a Modlizki. ¿Era Karpel el que estaba a su lado? Ahora lo sabría. Josef Blau se irguió. Entonces sonó un grito. La puerta se cerró bruscamente. El que había gritado era el alumno Laub. Estaba solo

en la calle. Entonces lo reconoció Josef Blau. Los otros estaban en la casa. Laub levantó las manos y se le cayó el sombrero, descubriendo su pelo rubio peinado con raya a un lado. Se dirigió hacia el maestro.

No había tiempo que perder. De un momento a otro podía producirse un alboroto. Las mujeres se pondrían de parte del alumno. Josef Blau dio media vuelta. Corrió hacia el cuartel. El alumno le seguía. Oía su voz. Gritaba algo, pero Josef Blau no lo entendía. Cruzó corriendo el cuartel. Al llegar a una calle ancha y arbolada se detuvo. Se apoyó en un árbol. El corazón le latía furiosamente.

«El otro era Karpel —pensaba—. Está en mis manos».

Miró en derredor. Laub ya no lo seguía. Josef Blau respiró profundamente e irguió el cuerpo. Extendió los brazos y los estiró, como si se le hubiera quitado un peso de la espalda. Sonrió. Podía esperar los acontecimientos con tranquilidad. Era precavido y astuto, ejecutaba sus planes con decisión. Ya podía volver a casa sin zozobra.

En casa encontró a la madre y a Bobek en la sala. Selma había dormido un rato. Él se asomó a la habitación y les lanzó una mirada, a ella y a Josef Albert. Selma le saludó moviendo la cabeza.

Todavía llevaba el abrigo puesto. Cuando fue a quitárselo, observó que su mano izquierda asía el cigarro.

Dejó el cigarro encima de la mesa delante del tío Bobek.

—Toma —le dijo—. ¡Fuma!

Sonreía. Pensaba que hasta hubiera podido dar unas palmadas en el hombro a Bobek y decirle: «¡Viejo bribón!»

CAPÍTULO X

Después de la cena, el tío Bobek encendió el cigarro. Dio las primeras chupadas con el cuerpo echado hacia atrás y los ojos entornados.

El tío Bobek todavía no lo sospechaba. Ahora le tocaba el turno al tío Bobek. Josef Blau quería continuar del mismo modo que había empezado, apartar los estorbos, poner orden. Todavía no había terminado. Había que conseguir el dinero, sin dilación, había que pagar, y el tío Bobek pagaría. La letra tenía que desaparecer, aunque Karpel no se atreviera ya a hacer nada. Mientras no se pagara, la letra seguiría siendo un peligro. No había otra solución.

El tío Bobek contemplaba el humo que exhalaba. Soñaba despierto. Josef Blau sólo quería decir unas palabras, unas palabras claras, serenas e irrefutables a las que el tío Bobek no pudiese resistirse. Después entraría a ver a Selma y le diría que todo estaba bien. Selma tendría que respetarle; él era valiente y decidido. Karpel no se atrevería a hacer nada. Josef Blau protegía a Selma, él paraba los ataques que amenazaban a Selma y al niño, junto a Josef Blau estarían a salvo, aunque él no fuera un gimnasta como el maestro nuevo.

El tío Bobek no sentía la mirada de Josef Blau. No veía nada: fumaba. El tío Bobek era feliz. Pero ¿no lo era también Josef Blau? ¿No empezaba ahora la felicidad también para Josef Blau? Pronto, la felicidad del tío Bobek se nublaría transitoriamente. Pero la madre le daría vino, le guisaría buenos platos y las nubes se disiparían. El tío Bobek no era de los que se amargan.

—¿Bebemos un vaso de vino? —dijo Josef Blau.

El tío Bobek abrió los ojos.

—Sí, sí. —Josef Blau le sonrió. ¿Por qué no había de beber con el tío?

—Algo debe de quedar.

—Blau —dijo el tío Bobek—, me gustas.

Josef Blau se echó hacia atrás. Él fue el primero en levantar la copa y sostenerla contra la lámpara. Con la copa en alto, saludó al grueso Bobek.

El tío le miraba con incredulidad. También él levantó la copa.

—Blau —repitió—, me gustas.

¿Le gustaba? Bien, quizá ahora gustase a todos. A Selma, a los alumnos, al profesor Leopold. Todo era fácil cuando uno sabía dominar las circunstancias. Josef Blau no se inclinó para decir al tío lo que tenía que decirle. Se lo dijo mirando al techo. Le dijo, tranquilamente, que al día siguiente tenía que traer el dinero y que un alumno había comprado la letra. Por eso había que pagarla. El tío Bobek miraba la mesa.

—¿Y bien? —preguntó Josef Blau.

El tío Bobek no se puso furioso. Mantenía la cabeza baja. Se doblegó, como si fuera inevitable doblegarse ante Josef Blau.

—¡Querida Mathilde —dijo el tío Bobek—, ya lo has oído! Hay que pagar.

¿Querías poner tú el dinero, querida Mathilde?

—Con condiciones —dijo la madre.

Bobek suspiró pesadamente. Delante de él, sobre la mesa, descansaba el brazo desnudo y carnoso de la madre. Lentamente, él extendió la mano. Miró a Josef Blau interrogativamente. Pero Josef Blau no sonrió. Su mirada se posaba en el tío sin clemencia.

El tío Bobek apoyó la mano en el brazo de la madre titubeando. Luego, dejó caer la cabeza.

—Aceptadas las condiciones, querida Mathilde —dijo en voz baja.

La madre se puso en pie.

—Eso quiere decir...

El tío Bobek asintió.

—¡Bobek! —La madre se acercó al tío Bobek. Lo abrazó y lo besó en los labios.

—Está bien —dijo el tío Bobek—. Tú pones el dinero.

La madre lo agarró y, tirando de él, se acercó a Josef Blau. Abrazó a Josef Blau sin soltar al tío. Blau sintió su boca húmeda en la mejilla. El tío Bobek masticaba el cigarro.

—¡Ah —gritó la madre—, ah, Bobek, Bobek! —Apoyó la cabeza en el pecho de él.

El tío Bobek dio un paso atrás.

—Hay que reprimir los impulsos, Mathilde —dijo. Se acercaron a la cama de Selma. La madre se apoyaba en Bobek.

—Ah, Selma —sollozó la madre—, míranos. Ha ocurrido. ¡Sí, ahora tendré que abandonaros!

Selma sonrió. Tendió la mano a la madre, que se inclinó y la besó sollozando.

—No, no —dijo la madre—, si ayer me lo dicen... ¡Bésala tú también, Bobek! —Se secó las lágrimas con un pañuelo arrugado—. ¡Di que serás un buen padre para ella, Bobek! ¡Ay, ay, dieciocho años hace que murió, dieciocho años, cómo pasa el tiempo, y él no ha podido verlo! ¿Quién iba a figurarse que sería Bobek? ¡Pero di algo, Bobek!

—Me faltan las palabras —dijo el tío Bobek—. Y es que como hay Dios que no es una tontería. De todos modos, no tenemos que pedir permiso a nadie. Pero yo no soy hombre que acostumbre a hablar por la mañana, antes he de tener algo caliente en el cuerpo, ¿comprendéis?, eso es lo primero. Y pensaba que para eso había tiempo. ¡Si no quieres precipitarte, querida Mathilde, tal vez tendríamos que pensarlo!

—Está todo pensado —dijo Josef Blau.

—Bueno, bueno, era sólo una idea. Una sugerencia, nada más. No lo toméis a mal, queridos. Pero ha sido tan repentino. Tiene uno que hacerse a la idea.

Salió de la habitación con la madre colgada de su brazo.

—Ahora todo irá bien —dijo Josef Blau—. La madre dará el dinero al tío Bobek. Estaba a los pies de la cama de Selma.

—Estoy muy contenta —dijo Selma. Le sonreía moviendo la cabeza afirmativamente.

Karpel devolvería la letra si Josef Blau tenía el dinero, y mañana lo tendría. Eso estaba arreglado. Pero no era todo. En realidad, no era lo más importante. Si bien se miraba, qué hubiera podido hacer Karpel con la letra. Josef Blau no había ido a la Kasemengasse sólo por la letra. Lo más importante era lo otro, el hecho que ella sólo hubiera podido saberlo por Karpel. Ahora se lo preguntaría. Ella no podía rehuir la pregunta. Tendría que hablar. También esto lo conseguiría él. Él sabría si ella se veía con Karpel, dónde y con qué frecuencia y todo lo sucedido.

—¿Por quién lo sabías, Selma?

Ella ya no sonreía.

—Lo de la letra —insistió él.

Ella desvió la mirada.

—No puedo decirlo —respondió en voz baja.

—¡Habla, Selma, tienes que hablar!

Ella callaba.

—¿Por qué me lo preguntas? —dijo al fin.

«Tengo que saberlo», quería decir él. Pero no lo dijo. En realidad, ¿por qué se lo preguntaba? Fuera como fuere, se lo hubiera dicho Karpel u otro, ya había pasado. Ahora Selma vería a Josef Blau tal como era, astuto y perspicaz, arrojado y grande de alma. ¿Para qué quería él saberlo?

Renunció. Perdonó. Todo aquello debía quedar atrás. Sonrió. Se miraron. Ahora también ella sonrió, los dos rieron, sin motivo, aunque no tan fuerte como para que les oyeran la madre y el tío Bobek que estaban en la habitación contigua, pero sí para despertar a Josef Albert.

—Buenas noches, Selma —dijo Josef Blau.

—Buenas noches.

Él aún sonreía cuando salió al comedor.

El tío Bobek se había quitado la chaqueta. En la mesa había tres copas llenas. La madre hablaba con voz chillona. El tío Bobek miraba al vacío y bebía.

—Ahora, mi habitación quedará libre —dijo la madre a Josef Blau—. Podríais alquilarla —se enjugó las lágrimas de las mejillas.

Sollozando, se puso delante del retrato de su primer marido que estaba colgado de la pared.

—¿Vas a ser tan bueno como él, Bobek? —Señalaba el retrato. El tío Bobek no respondió—. Él me quería, era cariñoso conmigo, ¿por qué voy a avergonzarme?

Descolgó el retrato, echó el aliento al cristal y lo frotó con el pañuelo.

—Kosterhoun, Kosterhoun —gritó—, poco podías imaginar, Kosterhoun, que tu pequeña Hilduschka y el gordo de Bobek..., ¿verdad que no, Kosterhoun?

Se acercó a la mesa y se inclinó sobre el tío Bobek.

—¿También tú me llamarás Hilduschka, Bobek?

El tío Bobek levantó la cabeza y golpeó la mesa con la palma de la mano.

—No —dijo—; eso no. Eso no lo conseguirás, Mathilde. A lo otro no he dicho que no; todavía no ha llegado la fecha del vencimiento, pero consiento; ¿cuándo ha pensado en sí mismo el bueno de Bobek? Pero que yo te llame así, tendrás que quitártelo de la cabeza, como que me llamo Bobek, no pienso dar mi brazo a torcer. Si es eso lo que pensáis, estáis muy equivocados.

Vació la copa, volvió a llenarla, bebió otra vez y la dejó encima de la mesa con un golpe seco.

Había que celebrarlo, pensó Josef Blau, con algo extraordinario, con música y canciones, y el profesor Leopold tenía que estar presente, había que pronunciar discursos, él mismo, Josef Blau, hablaría. Selma tendría que oírle y comparar. Él quería beber y bailar con Selma. Brindó por el tío Bobek.

—¡Hilduschka! ¿Habéis oído eso? Yo soy un buenazo, pero todo tiene sus límites. Quizá no de los más guapos, pero como bueno, soy bueno. He dicho que sí y será que sí. ¿Y por qué? ¿Lo habéis pensado? —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Lo hago por vosotros, porque yo soy así, así he sido siempre. Pero tenemos que celebrarlo, ¿habéis oído? La fiesta del compromiso del tío Bobek tiene que ser sonada, y entonces ya no podrá volverse atrás. ¡Pero ahora haz el favor de colgar otra vez a tu Kosterhoun de la pared, por todos los diablos!

—Está tan lleno de polvo, el pobre —dijo la madre colgando el retrato.

El tío Bobek vació la copa.

—No acabo de animarme —dijo—. Todo, por esa pizca de dinero. Ya ves lo que son las cosas, Blau. Uno busca aquí y allá, sin sospechar cómo puede acabar. Si uno supiera lo que va a suceder... uno no piensa y confía en Dios. ¿Y de qué le sirve? Luego ves que no merecía la pena, pero ya no puedes volver atrás, ya lo ves, uno se arrancarían los pelos, pero ¿de qué sirve? ¿Para qué calentarse la cabeza?, digo yo. Todo tiene dos caras. Uno ya no es un jovencito y tiene a alguien que lo cuide, que le prepare la bolsa de agua caliente, que le arrime el camisón a la lumbre y tenga siempre un bocado y una botella de licor a punto. Todo tiene dos caras. Pero ¿qué es eso? ¿Oyes? ¿A quién llaman? A lo mejor son amigos, abre, Blau, necesito amigos, que suban, quiero mirarlos a los ojos, que me consuelen y beban conmigo. —También Josef Blau lo oía. Abajo, en la calle, sonaban palmadas. Cuando cesaron las palmadas se oyeron silbidos y voces.

Josef Blau subió la cortina y abrió la ventana. Vio dos figuras en la calle oscura.

—¡Hola! —gritó una voz. Era la de Modlizki.

¿Qué quería de él Modlizki? ¿Y quién era el que estaba a su lado? No podía reconocerlo. Tal vez era Laub o Karpel. Venían por el encuentro, seguramente. Querían pedirle perdón, seguro. Que vinieran. Aquello ya había pasado. Él no guardaba rencor. Perdonaba.

—Échale la llave —dijo el tío Bobek.

La madre envolvió la llave en un papel de periódico y la tiró por la ventana.

Entró Modlizki solo. Así que el otro se había quedado abajo. Tenía miedo de subir.

—Siéntese —dijo el tío Bobek—. Acompáñenos en esta fiesta familiar. En realidad, su sitio está aquí. Es amigo de Blau y eso basta.

—Yo no me negaría, *Herr Bobek* —dijo Modlizki—. Pero me trae un asunto grave.

—Quieren estar solos. Bien, comprendo, a veces los amigos tienen cosas que decirse. Vamos a tu habitación, Mathilde. Cuando hayan terminado, llámennos. Hoy tengo el día triste, quiero estar en compañía. No deseo quedarme solo, ¿comprende?

Modlizki cerró cuidadosamente la puerta tras ellos.

—Pido disculpas, pero me pareció importante venir a informar tan pronto lo supe.

—¿Qué sucede, Modlizki? Lo he visto todo, Modlizki. Karpel estaba contigo en el zaguán de la casa. Él cerró la puerta. Pero era tarde. Ya lo había reconocido.

—No se trata del joven. Está abajo, esperándome.

—Hubiera podido subir, Modlizki. No le guardo rencor. Te daré el dinero y Karpel tendrá que darte la letra. No pido más.

—No se trata de eso.

—¿No se trata de eso?

—Él no quiere nada.

—Reconocí a Karpel, Modlizki. Con eso basta. No tienes que defenderlo si es lo que él te pide.

—Se trata del otro joven.

—¿De Laub? ¿También ha venido? Diles que ya sé que ellos nunca olvidarán esta noche. Que pueden irse a su casa, Modlizki.

—El otro no está. Le dimos alcance delante del cuartel. Estaba muy agitado. Lo llevamos por calles solitarias. Porque el joven sollozaba y nada de lo que nosotros decíamos le calmaba. Estaba trastornado. Hasta mucho después de las ocho no se tranquilizó. «Perdón», dijo entonces. «Son los nervios. Me asusté mucho. La cara de Tersites era horrible, con la boca abierta». Se refería a su maestro. Luego se echó a reír. Nosotros pensamos que se había recuperado. Cuando lo dejamos...

Modlizki hizo una pausa.

—Queríamos creer que se había tranquilizado porque yo me ofrecí a hablar en su favor mañana. Pero su última risa nos perseguía. Tenía algo alarmante que no puedo describir. Estuvimos andando durante una hora, pero no hablamos de ello. Algo nos atraía a la casa del muchacho. Uno siempre se asombra de lo diferentes que los chicos ven las cosas. Pero con eso yo no contaba.

—¿Con qué?

—Con que el chico se ahorcara.

Josef Blau retrocedió. Sus manos buscaron apoyo.

—¡Modlizki! —gritó.

—Así es, y a todos nos asombró.

Josef Blau se le acercó. Le agarró de un hombro.

«¡Mientes!», quería gritar. Pero la voz no quiso salir de la garganta.

La mano de Blau resbaló del hombro de Modlizki.

—Decidimos venir aquí. Nos pareció lo más acertado y prudente que el maestro lo supiera.

—¿Qué pasó con Laub, Modlizki? —Josef Blau hablaba con voz ronca. Tenía la boca seca.

—Al parecer lo hizo nada más llegar a casa. Se veía desde la calle. La ventana estaba iluminada y el joven colgaba delante de ella. Cuando entramos ya lo habían bajado.

—¿Está...?

—El joven debió de estar colgado una hora. Imposible resistir tanto. Es superior a toda fuerza humana, había cambiado el color de la cara. La lengua...

—¡Por Dios, Modlizki, por Dios!

Se dejó caer en una silla y escondió la cabeza entre las manos sobre la mesa. De la habitación de al lado llegaba una vocecita que gimoteaba. ¿Cuándo había dado el sol en la cabeza de Laub? El pelo relucía como la plata. La cara del alumno era fina como la de una niña, sonrosada, blanca y sin pelusa en las mejillas. La voz de Modlizki era monótona, sin modulaciones. Pero Josef Blau soñaba quizá. A la fuerza tenía que estar soñando. ¡Ahora había cambiado de tono! ¿De qué hablaba Modlizki? Josef Blau no entendía, no captaba.

—Se hará una investigación. Se preguntará cómo ocurrió. Se sabe que el joven Laub había salido con el joven Karpel. Se preguntará dónde estuvieron. El joven Karpel dirá que en el parque público. Que el joven Laub estaba muy alegre, dirá. Se le preguntará si observó algo especial en el joven Laub. Que una cosa le había llamado la atención, dirá el joven Karpel, que parecía más alegre y bromeaba más que de costumbre, así se lo he aconsejado. Es necesario hablar de ello ahora.

Josef Blau callaba.

—El joven Karpel me espera abajo. Es preciso que el joven sea aleccionado sobre lo que debe decir. Si nadie dice cómo ocurrió, el joven podrá declarar lo que yo le he aconsejado. De lo contrario, tendrá que decir cómo gritó el joven Laub al salir de la casa y cómo le entró la desesperación.

Modlizki hizo una pausa y esperó.

—Y entonces, ¿qué pasará? Que los padres harán que se encuentre a un culpable. Porque esto siempre es un consuelo.

Josef Blau alzó la cabeza.

—¿Y quién es el culpable? ¿Quién le ha inducido?, dirán cuando lo sepan, ¿quién tiene la culpa de que haya muerto? El profesor Blau lo ha asesinado.

Josef Blau se había puesto de pie. Miraba a Modlizki con ojos inmóviles. Modlizki retrocedió. Las manos de Josef Blau palpaban la mesa, como si buscaran algo. Agarraron la botella de vino. Sus dedos se cerraron en torno al cuello como para

estrangularla. Modlizki retrocedió. Josef Blau había levantado la botella. La agitó sobre la cabeza. El vino le corrió por la manga. Josef Blau tenía la boca abierta. Lanzó un ronco rugido. Y la botella se estrelló contra la pared.

Josef Blau se apoyó en la mesa. Se había llevado la mano a la boca. Algo caliente y pegajoso le salía de la boca y le corría por los dedos. ¿Era sangre? ¿La sangre de Laub que le manchaba las manos? Levantó las manos, giró sobre sí mismo, le salió más sangre, tuvo que apretar los puños contra la boca para tapar el agujero, Bobek, la madre y Modlizki giraban en torno a él. Todos gritaban a la vez. Ahora lo agarraban. Él no se resistía. Cerró los ojos.

La madre trajo agua. Modlizki se ofreció para ir a buscar al médico.

—Un vómito de sangre —dijo Modlizki—. Un alumno se ha ahorcado porque fue descubierto en una casa de citas. La noticia ha afectado a *Herr Blau*.

—Sujétame, Bobek —dijo la madre.

—¿No te lo decía yo, Mathilde? Ese hombre no está sano. Tiene unos bacilos gordos como dátiles, digo yo. ¡Abre la ventana, Mathilde!

Se volvió hacia Modlizki.

—La juventud de hoy no tiene fe, *Herr Modlizki*. No tiene confianza en Dios como antaño. ¿Acaso yo mismo no iba a los quince años a las casas de citas? ¿Y me suicidé acaso, le pregunto yo, *Herr Modlizki*? ¿Me suicidé?

—No se suicidó, *Herr Bobek* —dijo Modlizki. Hizo una reverencia y salió de la sala.

CAPÍTULO XI

Todo estaba perfectamente claro y todo encajaba sin fisuras. Todo quedó explicado. Josef Blau tenía fiebre. Por la noche, un sudor frío lo empapaba. Josef Blau mantenía los ojos cerrados. Pero su cabeza estaba despejada.

Los tétricos sueños de los primeros días habían cesado. Ahora ya no huía con el corazón palpitante y los pies lastrados por gruesos terrones de lodo. Ya no veía dibujada en un papel la pálida cara del alumno Laub con una gruesa lengua asomando entre los labios y, detrás de Laub, a Modlizki rodeado por los chicos de la clase, vestido de negro, con cara de cera y, en la mano, una chistera con un crespón que ondeaba a un viento inexplicable. Porque no se notaba ni un soplo de aire y la calma era absoluta.

Ahora había en el cerebro de Josef Blau una fría claridad. Como una mañana de verano después de una noche de bochorno, pensaba. Josef Blau no quería ver ni hablar. No quería que aquella claridad se empañara. Lo veía todo. Lo comprendía todo. No lloraba ni rezaba. Ya era tarde para llorar, para hablar y para rezar. Era tarde para invocar a Dios, para retorcerse las manos, para elevar plegarias. El alumno Laub había muerto. No era un destino ineludible el que le había deparado la muerte, la muerte del alumno Laub se derivaba de algo, de un hecho determinado, de un punto en que el camino de la vida se trocaba en el camino de la muerte. Imposible retroceder hasta ese punto, empezar de nuevo. ¿Dónde había empezado? ¿Con el cigarro que había comprado Josef Blau? Sin el cigarro, él no hubiera ido a la Kasernengasse y el chico aún viviría. Pero no empezaba ahí. ¿Empezaba con la conversación con Modlizki, con las palabras que Selma le había susurrado cuando él estaba junto a la cama, después del nacimiento de Josef Albert, con la letra, con el tío Bobek, con Josef Albert? Dondequiera que empezara, ya no había remedio; cada palabra, cada paso habían cambiado el curso de los acontecimientos. Cada palabra, cada paso traían sus consecuencias, el que actuaba incurría en culpa y se complicaba a sí mismo y a los demás. El camino serpenteaba, iba del uno al otro, de Josef Blau a Selma, a Karpel, a la madre, a Bobek, a Josef Albert, al profesor Leopold, al alumno Laub. Todos estaban involucrados, todos estaban relacionados. Lo que uno había hecho y dicho trascendía, y era imposible ver hacia dónde se dirigía ni en qué acababa. Uno no podía volver al comienzo, empezar desde el principio, ni había un fin. Josef Blau había actuado, había hecho planes y los había puesto en práctica. El alumno Laub yacía en tierra, y Josef Blau, en su habitación, era heredero de todas las complicaciones, todos los pecados y todos los sufrimientos. Josef Blau comprendía su culpa: él había actuado sabiendo que cada acto engendra nuevos actos, él había respirado sabiendo que sólo queda libre de culpa el que es como el árbol, que no respira, el que está aislado de todo, el que no piensa, porque también los pensamientos están en el mundo. Todos intuían que ello era así, pero sólo aquéllos a los que Dios conmovía lo experimentaban hasta el fin y éstos no tenían escapatoria.

¡Oh, que uno no pudiera contener la respiración para preservar la inocencia, puesto que cada aliento cambia el mundo! Empezaba con la primera palabra, con el primer grito. Quizá el alumno Laub había muerto ya antes de nacer, cuando Josef Blau, instrumento de su muerte, instrumento no exento de responsabilidad, nació, respiró por vez primera, lloró, dio el primer paso, cuando Josef Blau iba de la mano de su madre. La madre llevaba en brazos al hermano de Josef Blau, en mantillas. Ella le tapaba la cara para resguardarlo de las miradas, porque podían ser miradas malévolas. Las mujeres se acercaban a la madre en la calle y le preguntaban la edad del niño. La madre intuía lo que puede una palabra, una palabra elogiosa, presuntuosa, o despectiva, intuía que podía afectar la suerte y la vida del niño, y ella trataba de protegerlo mintiendo y diciendo que tenía un año cuando no tenía más que seis meses. ¿Empezaba la muerte de Laub con la muerte de aquel niño que dejó de existir en la lactancia? ¿Con las lágrimas y las oraciones de la madre que no tardó en seguir al niño? Tenía las mejillas hundidas, lavaba la ropa del padre y del hijo en la cocina, levantaba grandes pesos y discutía con Dios hasta que le salió sangre de la garganta y tuvo que morir. Todo continuaba y se transformaba y ahora la sangre había salido de la boca de Josef Blau, y ¿dónde acababa todo? Una cosa descansaba sobre la otra y una cosa se encadenaba a la otra. Se podía retroceder, paso a paso, pero no se podía cambiar nada. ¿Había empezado por el alguacil del juzgado, ex soldado, que por la noche se echaba en la cama gimiendo y haciendo crujir las tablas, el padre que lo trajo al mundo como Josef Blau, irremisiblemente, como Josef Blau había traído a Josef Albert? Éste se llamaba Kurt Wünsche y era hijo del juez del distrito y éste era Josef Blau, llevaba chaleco, ayudaba a misa con capa de coro al lado de Modlizki, y era maestro; éste, Josef Blau, porque una cosa trae otra cosa, palabras y pasos innumerables, porque aquél había sido su padre, y aquélla, su madre, y aquélla, la habitación en que nació, y éste, el nombre que le pusieron, y ésta, la noche que pasó en vela, y esta otra, la que durmió porque encontró a éste y escapó de ese otro, una cadena sin fin. Estaba frente a los chicos y actuaba y decía, y el alumno Laub había muerto, y otras muchas cosas ya estaban decididas y fluían inconteniblemente y nadie lo sospechaba. Él estaba frente a ellos y decía y se movía y hacía planes que oponía a los planes de ellos. Él les daba órdenes y hasta el hecho de que él estuviera delante de ellos sin decir nada creaba en ellos una reacción ineludible, fuera de simpatía, de odio o de indiferencia. Otros eran campesinos, o comerciantes, o funcionarios y no se complicaban la vida ni tenían ante el divino tribunal tanta responsabilidad como Josef Blau en el destino de los demás. Ellos no comprendían, como comprendía Josef Blau, en quien se había hecho la luz, que no había salvación, ni huida, ni salida, que no se podía escapar, que no había nada que no acarrearía sus consecuencias, que de nada servía tener los ojos cerrados, que no se podía suprimir todo salvo la respiración, uno comprendía que no debía pensar, pero los pensamientos seguían cruzando por el cerebro, uno detrás del otro. Quizá debía contar como contaba de niño cuando no podía dormir, sólo contar hasta que todo hubiera acabado.

Alguien se inclinó sobre él. Él abrió los ojos. Era de día. Selma estaba al lado de la cama. ¿Cuántos días hacía que Modlizki le había traído la noticia de la muerte de Laub? Entonces Selma todavía estaba en cama con fiebre. Ahora volvía a ser tan hermosa como antes de que su cuerpo llevara a Josef Albert. Ya no tenía arrugas alrededor de los ojos y sus mejillas estaban sonrosadas. Había abierto la boca y extendido las manos. ¿Qué la asustaba? ¿Dónde estaba Josef Albert? No se lo oía. ¿Dormía o había dejado de existir? Él no quería pensar, él quería contar, no había nada como contar, pero él ya contaba, contaba en voz alta y por eso Selma se había acercado a su cama. Él le hizo una señal con la cabeza. Ella se inclinó sobre él.

—Papel —susurró él.

Ella le llevó un papel y un lápiz. Él apoyó el papel en la rodilla. Josef Blau empezó a escribir. Escribía números, números de muchas cifras. Los sumaba y los restaba. Selma estaba sentada a su lado.

—¿Qué haces? —dijo—. Oh, Dios mío, ¿qué te pasa?

Estaba llorando.

Él la oía. Pero ¿cómo iba a explicárselo? ¿Quién podía comprenderlo que no lo hubiera comprendido ya?

Ella retiró la mano. No le quitó la mirada de encima hasta que él, rendido de fatiga, se quedó dormido, doblado sobre el papel.

Cuando despertó, Modlizki estaba a los pies de la cama. Debían de ser las cuatro de la tarde. Modlizki tenía la cabeza ladeada. Su voz era monótona, como de cantor de iglesia. ¿Dónde había dejado la chistera? Tal vez los pies de la cama la ocultaban.

—Ya pasó todo —dijo Modlizki—. Y no hay por qué preocuparse. Por eso he venido. Todo ha ido tal como estaba previsto. El sepelio de los restos mortales del joven revistió gran solemnidad. El afligido padre, la desconsolada madre, el apenado profesorado y los alumnos de todas las clases tomaron parte en las honras fúnebres. Fue un acto luctuoso, con un selecto programa musical, como correspondía a la posición social del extinto. Yo me uní al duelo. El joven Karpel estaba muy afectado. Yo lo acompañé hasta su casa y le hablé.

Es una aparición, pensaba Josef Blau. Ha salido de un sueño.

—Como decía, no hay por qué preocuparse. La investigación fue superficial. ¿Informo sobre ella?

—No, gracias —dijo Josef Blau.

Tomó el papel que estaba al lado de la cama y se inclinó sobre él. Multiplicaba números de seis cifras.

Cuando Josef Blau levantó la mirada, al lado de la cama estaba sentada Martha. En la habitación no había nadie más. Cuando Josef Blau volvió la cara hacia Martha ella se asustó. Se quedó muy erguida en el borde de la silla, con la boca abierta, preparada para pedir socorro.

A última hora de la tarde entró el profesor Leopold. Se sentó a la cabecera de la cama. Selma había entrado en la habitación con él. Le habría abierto la puerta. Ella se

sentó frente al profesor Leopold, al pie de la cama. Él llevaba un traje azul y del bolsillo del pecho asomaba un pañuelo de seda blanca.

—Me alegro de verle otra vez despierto —dijo el profesor Leopold. Eso quería decir que ya había estado allí otras veces, a menudo, quizá todos los días, puesto que lo había visto en otro estado—. Veo que está trabajando, eso es buena señal. ¿Se trata de algún problema determinado?

—Multiplicaciones —respondió Josef Blau—. Multiplico por seis cifras.

—Oh, comprendo —dijo el profesor Leopold muy serio.

Me toman por loco porque no lo comprenden, pensó Josef Blau.

—Eso distrae —dijo—, así no hay que pensar. Me parece que me ayuda a descansar. No sirve de nada, quiero decir.

Selma tenía las manos en el regazo. Había hecho una bola con el pañuelito. El profesor Leopold la miraba. No había nadie que les estorbara. Josef Blau ya no podía.

Él quería seguir contando, eso no traía consecuencias, nadie moría por ello. ¿Por qué había tratado de explicárselo? Que lo tomaran por loco si querían. ¿Qué podía cambiar eso? Él había descubierto la verdad. ¿No solían decir que los que eran tenidos por locos eran los primeros en descubrir la verdad?

—Le traigo saludos de sus alumnos, *Herr Blau* —dijo el profesor Leopold—. Hoy me he hecho cargo de la clase mientras dure su enfermedad. Los alumnos se interesan mucho por usted. El joven Karpel quería visitarlo, pero no se lo he permitido. Todos los días pregunta por usted. Profesa un gran afecto a su maestro. ¿Desea usted su visita?

—No —dijo Josef Blau.

—Es hermoso ver cómo le quieren sus alumnos. Es el premio a nuestra profesión tan llena de responsabilidad. Una hermosa profesión, señora. Yo la elegí por vocación. Mi padre, que era un alto funcionario, quería que fuera jurista. Yo nunca me he arrepentido de haberme hecho maestro. Los alumnos, cuando uno sabe manejarlos, son cera en las manos del maestro. Uno se afana en formarlos, en hacer de ellos lo que uno considera el ideal. Este ideal debe tenerlo uno bien claro. De lo contrario, pueden cometerse errores irreparables. El material con el que trabaja el maestro es más precioso que el mejor mármol. Desde luego, no todos tenemos la misma imagen del hombre perfecto. Mi ideal se inspira en la Grecia clásica. El suyo, *Herr Blau*, tal vez sea diferente. Lo importante no es qué ideal se persigue, sino el hecho de perseguirlo.

¿Qué estaba diciendo? ¿Qué se permitía decir? ¿No tenía idea de la responsabilidad que uno debía acarrear, que todo era distinto a como uno deseaba? Su voz llenaba la habitación, era grata y persuasiva, cubría como el hielo delgado del otoño el lago que se agita bajo la superficie helada. Que se fuera. Josef Blau no quería oír lo que el profesor Leopold pensara decir todavía.

Cerró los ojos.

—Está usted cansado. Cuando vuelva a la escuela, se recuperará rápidamente —

dijo el profesor Leopold—. La actividad y el movimiento le ayudarán a restablecerse. Todos nos ocuparemos de que se cuide, *Herr Blau*. Ahora hace un espléndido tiempo de verano. En cuanto el médico lo autorice, lo sacaremos al aire libre. ¡Hace milagros!

Selma movió negativamente la cabeza.

—¡Puede creermelo, señora! El aire de la habitación hace que todo parezca peor de lo que es. Esto forma parte de mi filosofía. Desde luego, no es una idea sublime, pero sí beneficiosa. Me marchó y mañana volveré. *Herr Blau* necesita descanso. Venga conmigo, *Frau Selma*. Una hora de sol y ya verá cómo todo resulta más fácil de sobrellevar.

Que se marche, pensaba Josef Blau. Con ella o solo, pero que no se quede aquí hablando.

Selma oprimía la mano de Blau. Él abrió los ojos.

—Me quedo —dijo ella.

El profesor Leopold estaba a su lado, como si vacilara en irse solo.

—Puede necesítarme —dijo Selma.

—Aquí no hace usted falta. *Herr Blau* seguirá con sus multiplicaciones. El tiempo se le hará corto.

Josef Blau miró al profesor Leopold.

—No estoy loco —dijo.

Selma gritó:

—¡Qué dices! Eso es pecado, ¿oyes?

Se echó sobre Josef Blau y lo abrazó. El profesor Leopold la tomó de los hombros y la obligó a levantarse. Se veía lo fuerte que era. Entró la madre. Puso a Selma un abrigo sobre los hombros y el sombrero en la cabeza. El profesor Leopold, lentamente, se llevó a Selma de la habitación.

La madre se sentó en la silla del profesor Leopold, a la cabecera de la cama. Respiraba ruidosa y profundamente. La cabeza le cayó hacia atrás. Tenía los ojos entornados. Sus labios entreabiertos esbozaban una sonrisa. ¿Por qué sonreía? ¿Soñaba con la propia felicidad, con las caricias que esperaba del gordo Bobek? ¿O soñaba con la hija que ahora paseaba por la calle con el maestro nuevo, fuerte y bronceado y le hacía sonreír la dicha de la hija? Eran el uno para el otro, Selma y el maestro nuevo, todos lo estaban deseando, la madre le traía el sombrero y el abrigo, todos lo sabían y sonreían porque estaba ocurriendo lo que habían sabido desde el principio. Nadie se oponía. Nadie se cruzaba en su camino.

La madre había cerrado los ojos. Dormía. ¿Cuánto tiempo hacía que se habían ido? Tal vez estuvieran sentados en un banco del parque. Al anochecer, siempre se sentaban hombres y mujeres en los bancos, muy juntos. Se les oía cuchichear y de pronto se encendía una cerilla que se apagaba en seguida y los puntitos luminosos de los cigarrillos describían arcos en la oscuridad. El profesor Leopold rodeaba con el brazo los hombros de Selma, guardaban silencio, Selma había apoyado la cabeza en

su pecho, lloraba, pero no de pena sino de felicidad y alegría. O quizá estaban en el cine, cogidos de la mano. En la pantalla desfilaban imágenes, hombres apuestos y mujeres hermosas que se enamoraban y al final todos ganaban y se abrazaban como era de esperar. Josef Blau ya no se les cruzaba en el camino. Josef Blau no debía pensar, no pensar cuando ella se iba, no pensar cuando ella no estaba a su lado, no pensar cuando ella volvía. De su cerebro tenía que borrarse todo, él no debía invocar nada que viniera a sumarse a lo ya invocado, a lo que se había hecho caer sobre él, sobre ella, sobre el niño y sobre el otro, sobre el joven Laub. ¿Habría ocupado otro su sitio en la escuela? ¿Quién se sentaría en su lugar? Pero seguramente lo habrían dejado libre, el sitio estaba vacío, había un hueco, un agujero en la trama de los alumnos, un agujero que no se cerraba, que era como una boca abierta en una risa sardónica, querían que fuera él quien ordenara cerrarlo. Quizá así lo había propuesto Karpel, y los otros se habían mostrado de acuerdo, ellos le obligaban a él a decir, a ordenar quién tenía que sentarse allí, porque el sitio no podía quedar vacío:

«Vacha, siéntese en el sitio de Laub».

Las palabras no le salieron de los labios, no podía decirlo, no podía admitirlo. Él era inocente, él no había provocado la muerte de Laub. Modlizki deseaba la muerte de Laub, él los empujaba a la muerte, todos estaban en peligro, tanto Karpel como los otros, no podían zafarse, había que liberarlos. Modlizki tenía la culpa, Modlizki perseguía a Josef Blau, no le dejaba desde que eran niños, ¿qué era lo que Modlizki no le perdonaba? No podía librarse de Modlizki, Modlizki lo había mandado a la Kasernengasse, Modlizki sabía lo que ocurriría, a él hubiera debido matar Josef Blau, si algo quería hacer tenía que ser eso, él tenía que levantarse y salir si quería librarse de Modlizki, eso sería lo último, y entonces llegaría el fin, porque ya no había nada para él, porque, desde que en su interior se había hecho aquella gran luz, lo había descubierto todo, él ya no podía volver a ponerse delante de los alumnos como el profesor Leopold, porque él había descubierto que todo sigue y sigue y uno no puede adivinar cómo acaba; él tenía que hundirse. Lo tomaban por loco, él había visto la mirada del profesor Leopold. Quizá fuera mejor estar encerrado en una celda, loco. O en una celda, rezando. Seguir los tres consejos evangélicos que da la Santa Madre Iglesia: abrazar voluntariamente la pobreza, la perpetua castidad y la total obediencia a un superior espiritual. Sí, todo empezaba por el dinero y por la lascivia. El que así lo comprendía, vivía sin pecado.

Él podría obedecer como un colegial y no pesaría sobre él la responsabilidad del maestro ni le alcanzaría el castigo del juez. Él no arrastraba a nadie porque no estaba unido a nadie más que al Señor. Pero no; Josef Blau ya estaba unido a muchos. En la habitación de la madre estaba Josef Albert. Ya era tarde para que Josef Blau siguiera estos consejos. ¿Qué le quedaba entonces, qué quedaba al que comprendía que todo lo que uno hace acarrea responsabilidad y culpa, que cada palabra, cada pensamiento sigue su curso inexorablemente y puede destruir y matar? ¿Le quedaba al que así lo comprendía algo más que el fin, la muerte? ¿Se podía siquiera reconocer esto sin que

este conocimiento te causara la muerte? Cuando se hacía este descubrimiento, era imposible seguir viviendo y tal vez sólo podía hacerlo aquél en cuyo corazón estaba ya la muerte. ¿Era realmente la claridad de un frío amanecer la que iluminaba a Josef Blau? ¿No era la claridad de otro frío más gélido, la claridad de la hora de la agonía? Oh, se moría, Josef Blau se moría. Por eso lloraba Selma. Ella lo había comprendido antes de que lo comprendiera él. Pero que no llorara. Estaba bien así, ya había acabado.

Estaba oscuro. Josef Blau se había recostado en la almohada y cerrado los ojos.

—Ven, Redentor mío —susurró.

La madre dormía. Pero, en la habitación de al lado, Josef Albert empezó a lloriquear. Oh, se había dado cuenta de que su padre se moría. ¡Que se alegrase! Ahora ya nada más partiría de su padre, nada más se iniciaría en él, esto era el fin.

Josef Blau se sentó en la cama. ¿Era esto el fin? Todo acababa para él, pero ¿acababa todo con él? ¿No continuaría incontinentemente, sin fin, todo lo que él había puesto en marcha aunque él hubiera muerto? ¡Él acababa, pero no había fin! Todo debía terminar, terminar con él, todo, lo heredado, lo provocado, que nada continuara, oh Dios, oh Dios, que no siguiera arrastrándolos, ni al niño que estaba en la cuna y que no tenía culpa, ni a los chicos de la escuela, ni a Selma; todo debía acabar, parar, interrumpirse, desvanecerse como un arroyo en el desierto, él debía recibir una señal de que nada de lo que procedía de él viviría cuando él muriera, si nunca había podido lograrlo, ahora quería llegar hasta el lugar en el que todo se decide, pedía una señal de que era escuchado, una señal antes de morir, porque tenía que morir, una señal de que con él acababa todo, una señal, ¡una señal!

Se levantó. La madre dormía. Fue a tientas hasta la puerta. Salió. Las cortinas estaban echadas. El comedor estaba a oscuras. Encima de la mesa, en un vaso, sobre una capa de aceite, parpadeaba una llama. Josef Blau levantó la luz y la sostuvo sobre el capazo en el que estaba Josef Albert. Josef Albert le miró. La boca del niño estaba abierta para gritar, pero Josef Albert no gritaba. ¿No gritaba porque le asustaba la visión del padre y le hacía enmudecer, o porque lo reconocía? Josef Blau se inclinó sobre el capazo.

—Josef Albert, hijo —susurró—, soy yo, estamos solos, tu padre y tú, no tengas miedo. No te asustes, hijo, si me inclino sobre ti, no llores, no vaya a venir alguien a estorbarnos, no tengas miedo, son mis dientes que castañetean, tengo frío, estoy enfermo, muy enfermo, tú eres mi hijo y mi heredero, oh Dios, oh Dios, ¿estarás contra ellos? ¿Podrás perdonarme? Yo tengo que morir, Josef Albert, hijo, oh, no sé qué nombre cariñoso te darán, ¿cómo puedo llamarte? Me gustaría darte un nombre cariñoso para que me comprendas, aunque seas tan pequeño. Tendrás un traje de marinero como los demás, yo no lo veré, quizá te quede un recuerdo de esta noche, un recuerdo profundo y borroso, y tú lo entiendas todo. Es la última vez, hijo, ¿sabes?, estamos solos, tu madre se ha ido con el profesor Leopold. Sabe Dios lo que ocurrirá, yo nunca sabré lo que ha ocurrido, pero ya ves, hijo, ya no trato de impedir

nada. Rezo para que me comprendas. No es por mí, hijo, sino por ti y por los otros. Es una huida atroz de una cosa a la otra, empieza con una palabra, con un paso, con un pensamiento que uno tuvo, dónde empezó, mira, todavía me parece verlo, tenía el pelo rubio y le brillaba al sol y ahora se le ha hinchado la lengua y le ha cambiado el color de la cara, dicen. Pero quizá no haya terminado todo, hijo, quizá siga aunque yo esté muerto, y pase a ti, mi heredero, y a los otros. Es bueno que yo muera. Ya nada más tendrá su origen en mí. Pero también lo otro quiero que termine, que cese, que pare. No quiero nada sino que acabe, y recibir una señal de que soy escuchado, de que acaba, una señal de que no continuará, y misericordia, misericordia para ti, sólo para ti, para que no te salga sangre de la boca, una señal de que soy escuchado, una señal, antes de morir, mira, hijo, ¡estoy rezando!

Había dejado la lamparilla encima de la mesa y se arrodilló al lado del capazo.

—Señor, Señor, Todopoderoso, ayúdame, ayúdame, hijo, es la despedida, ayúdame, ayuda a tu padre, ya no te veré nunca más, tú me olvidarás, ayúdame, comprende que necesito tu ayuda, Josef Albert, mi vida, en la hora de mi muerte... ¡Señor, Dios mío, un milagro, Divino Señor, una señal de que esto acaba, Señor, Señor, una señal!

Golpeó el suelo con la frente.

Se quedó quieto, esperando. Conteniendo el aliento. Apretando los puños. ¿Qué era lo que se movía? ¿Era Josef Albert en su capazo? Era como si alguien se agitara en la cama y entonces se oyó un suspiro, largo y profundo. Venía de la cuna de Josef Albert, pero era la voz, el suspiro de un anciano. ¿No había tenido Josef Albert la cara arrugada desde el principio? Josef Blau no había reconocido la cara. Ahora reconoció la voz. Salía de la boca del nieto, pero era la voz del alguacil, la voz de su padre, en el que la vida de Josef Blau había tenido su comienzo, su punto de partida, nada moría, todo vivía, todo se transmitía como este suspiro de abuelo a nieto, ésta era la señal, no había un final, ésta era la respuesta que Josef Blau recibía de Dios, porque hasta Él había llegado su oración en la hora de la muerte. El principio se elevaba como un suspiro quejumbroso, acusador, en el fin de Josef Blau.

Josef Blau se levantó. Dio media vuelta. No quería ver la cara de Josef Albert. Quizá las mejillas de Josef Albert ya estaban hundidas como las de la madre de Josef Blau, quizá Josef Albert ya tenía la lengua entre los labios como el joven Laub. Josef Blau ya no quería más señales.

Cuando salió a la sala, se encontró delante de Selma, que estaba con el sombrero y el abrigo puestos. Josef Blau se tambaleó. Selma lo abrazó y lo llevó a la cama. Él sollozaba y ella le oyó susurrar con desesperación: «Hijo mío, hijo mío», como si a Josef Albert le hubiera ocurrido algo malo. Ella le preguntó, pero él no oía lo que le decía. Estaba tendido en la cama, respirando con dificultad, pálido y con los ojos cerrados.

CAPÍTULO XII

El tío Bobek asintió y saludó con la mano a Josef Blau, que estaba sentado al otro extremo de la mesa, entre el viejo Hämisch y Modlizki. El tío Bobek se reía. Brindó por los invitados y puso la mano sobre la mano de la madre, que bajó la mirada sonriendo. Ella llevaba un vestido escotado y sin mangas y se había prendido una rosa.

El tío Bobek comía, hablaba y reía. Se relamía y sorbía, roía los huesos y chupaba el tuétano. El tío Bobek se abrochó el chaleco. Brindó por la madre y por Josef Blau. Dejó el vaso de cerveza y abrió los brazos.

—¡Aquí seguiremos hasta que se haga de día, gente, ja, ja, ja! ¡Comiendo, bebiendo y charlando! No vais a dejar solo al bueno de Bobek. Comed y bebed cuanto os quepa, digo yo, en honor mío, en honor de Blau porque ya se levanta, en honor de mi ahijado o nieto, porque ella es abuela, esta jovencita, yo no pensaba que esto pudiera ocurrir, pero miradla, no guardo rencor a nadie. Es una criatura débil, mi ahijado. En esto se parece al padre, pero con ayuda de Dios vivirá. ¿Por qué no hemos de confiar en la ayuda de Dios, digo yo? Miradme, os digo, yo confío en Dios y no guardo rencor a nadie. ¿No tiene todo un aire más dulce cuando uno come y bebe?

Para empezar, habían bebido aguardiente y, en grandes platos hondos, les habían servido sopa de hígados de pollo y setas. El tío Bobek había echado en la sopa grandes trozos de pan que luego pescaba con la cuchara. Después Martha sacó una enorme tabla de carne de ternera y de cerdo cortada en grandes trozos y fuentes de col y de albóndigas. Entre las ventanas había un barril de cerveza. El tío Bobek lo había abierto. Ahora comían pollo y el tío Bobek se echaba a la garganta las copas de aguardiente con la boca abierta.

El tío Bobek comía y bebía. Reía, agitaba los brazos y se daba palmadas en los muslos con sus manos pequeñas y gruesas.

Cuando tomaba algún bocado especial, suspiraba de placer. Todo tenía un aire más dulce cuando el tío Bobek comía y bebía, pensó Josef Blau. Dios no acosaba al tío Bobek, a él no.

El profesor Leopold estaba sentado entre Selma y la madre. Cortaba la carne en pequeños trozos y masticaba los bocados delicadamente con la boca bien cerrada.

—Coma, coma, profesor —dijo el tío Bobek—. ¡Usted no se mantiene a nuestro ritmo! Sí, sí, es lo que ahora dicen. Hay que masticar cada bocado no sé cuántas veces, primero por un lado y después por el otro. Pero, pregunto yo, ¿para qué tanto? No podríamos comer ni una tercera parte, créame, profesor, no habría tiempo y uno se cansaría y se saciaría antes. Es lo que yo digo: para gozar hay que atracarse.

El profesor Leopold no contestó. Hablaba con Selma. Josef Blau, entre el ruido de platos, cuchillos, tenedores y voces, no entendió lo que decía. Pero vio que Selma sonreía. Ahora el maestro nuevo venía a buscarla todos los días. Josef Blau se pasaba

el día sentado junto a la ventana, envuelto en mantas. Por la noche le subía la fiebre y su cuerpo quedaba empapado en sudor frío.

Josef Blau estaba a la derecha de Modlizki, en el lado estrecho de la mesa, frente al tío Bobek. A la derecha de Josef Blau estaba el viejo Hämisch. El viejo Hämisch quitaba la miga del pan y amontonaba las cortezas delante del plato.

Cada vez que el tío Bobek levantaba el vaso, el viejo Hämisch le imitaba.

—¡Y suerte! —repetía. Luego, se quedaba mirando el plato, un poco cohibido.

A la izquierda del tío Bobek estaba Pollatschek, corredor de harinas. Era pequeño, calvo y amigo de infancia de Bobek. Pollatschek llevaba una flor en el ojal. Hablaba con una voz fuerte y cascada. De vez en cuando, *Frau* Pollatschek, que lucía un vestido azul celeste cerrado hasta el cuello y estaba entre su marido y el viejo Hämisch, ponía la mano en el brazo de Pollatschek y susurraba en tono de amonestación:

—¡Pollatschek!

La señora Pollatschek tenía los ojos pequeños y hundidos, la nariz larga y el labio inferior saliente.

—Todo igual que entonces, Pollatschek —dijo el tío Bobek—, ¿no crees? —Dejó caer la mano pesadamente en el hombro de Pollatschek—. ¡Mírame a los ojos, Pollatschek, viejo amigo, mírame a los ojos!

Pollatschek levantó el vaso.

—¡Que vivan los novios! —gritó.

Todos alzaron los vasos y bebieron. El profesor Leopold se puso en pie, se inclinó y levantó el vaso hacia el tío Bobek y la madre. Llevaba chaqueta negra y corbata a rayas blancas y negras con alfiler de perla.

—Y que vivan todos —gritó el tío Bobek—. Sois todos muy buenos conmigo, ya lo sé, habéis venido todos, no me habéis dejado solo, no, no, yo pensaba esta vez voy a estar solo, ellos no vendrán como la otra vez —miró en derredor con nostalgia—, pero aquí estáis todos mis queridos amigos comiendo y bebiendo en honor mío, amigos míos, ¡amigos! También la otra vez estábamos todos reunidos, vosotros erais más, tú dirás lo que quieras, Pollatschek, que es como entonces, pero yo te digo que éramos más, pero ¿para qué tantos? Aquí estamos todos reunidos comiendo y bebiendo otra vez, y pasándolo bien. ¿Hemos cambiado, Pollatschek? No, no, digo yo, yo soy el mismo, como hay Dios, Bobek está aquí lo mismo que el día en que se casó con la pobre Martha, y ¡cómo estaba ella!, una virgen, que Dios me asista en mi última ahora, yo, Bobek, fui el primero y el último. Pero hoy no es que quiera reprochar nada a nadie, no, querida Mathilde, tú no tienes la culpa, ¿qué puedes hacer tú?, pero no se puede negar, esta novia no es aquélla, Pollatschek, sólo tú eres el mismo, ahí estás, bebiendo cerveza y licor, tomando la sopa, la ternera y el pollo, ¡y todavía sin probar el cerdo!

—Yo soy un hombre moderno, Bobek, un librepensador, tú ya me conoces. Pero...

—¡Pollatschek! —gritó *Frau* Pollatschek poniéndose colorada.

Luego se quedó mirando el plato.

—Rosa, ¿por qué voy a negarlo? Bobek es amigo mío y sus amigos son mis amigos. Yo no observo ningún precepto, Bobek, pero éste siempre lo observé. Aunque no sea más que por los niños. Nunca se sabe. Uno tiene que encomendarse a Dios porque las cosas no siempre van como a uno le gustaría que fueran. ¿No es Roubitschek un librepensador, Bobek? Muy distinguido, el primero en todo, un hombre importante, un genio. Cuando él duerme mal, la lonja flojea, déjame terminar, Bobek, sólo que él también tiene hijos, tres chicos estupendos. Un poco esmirriados porque han salido a la madre, que no es una beldad, pero todos muy buenos para el negocio. Y un buen día Adolfo, el mayor, se va de excursión a las montañas y se pierde y nadie da con él. La esperanza del negocio. Roubitschek nunca pone los pies en la sinagoga, pero ese día va. Se adelanta y dice en voz alta, toda la lonja estaba allí, se había corrido la voz, aunque no sé cómo... Como te decía, se adelanta e invoca a Dios con voz potente y hace una promesa, él, el hombre más importante de la ciudad, el que ha pisoteado a todos, promete que, si su hijo regresa, su Adolf, él cambiará el testamento y dejará todo su dinero, todo cuanto posee...

—Pollatschek —dijo *Frau* Pollatschek en tono de advertencia poniéndose la mano en el brazo. Pollatschek estaba rojo, la voz se le quebraba y se sacudió la mano de la esposa.

—Todo el dinero, todo lo que tiene, decía... —gritó Pollatschek golpeándose el pecho— y se le calculan millones, Bobek, si Adolf regresa sano y salvo, todo el dinero hasta el último kreuzer, desheredando a sus hijos, lo deja, ¡qué gran hombre Roubitschek!, ¿a quién? ¿A quién?, pregunto yo: si Adolf regresa, los otros no reciben nada, y todo es para él, su preferido, que ya trabaja en la empresa. Me dirás que Adolf también hubiera regresado sin la promesa. ¿Pero es seguro? Quizá la promesa contribuyó. ¿Y qué hace ahora Roubitschek, el genio? Anda por ahí comprando casas, negocios, porcelana. El dinero será para Adolf, y las casas, para los otros. ¿Por qué han de quedarse sin nada, si son sangre de su sangre? ¿A quién perjudicó que él fuera a la sinagoga? Todo queda en casa. ¿A quién perjudica que yo no coma cerdo y repita de pollo? Librepensador, librepensador, ¡qué importa!

El tío Bobek le acercó una copa de kúmmel.

—Bebe —le dijo—. ¿Qué usos y costumbres son esos que nos cuentas? ¿Qué puede importarme a mí que el judío hiciera una promesa? ¡Recuérdame cosas buenas, Pollatschek, digo yo! ¡No hemos conocido alegría como la de entonces!

—Pollatschek —reprenió *Frau* Pollatschek—. Ya no digiere nada. —Se volvió hacia el viejo Hämisch—. Ya no puede. Ni beber ni comer... Un trocito de salchicha y se pasa la noche quejándose. Tendría que cuidarse, digo yo, y mi hijo mayor le insiste en que vaya al especialista. De acuerdo, cuesta dinero, pero entonces sabe uno a qué atenerse. ¡Pero él, nada! ¡Hable usted con él!

El viejo Hämisch movió la cabeza, violento.

Modlizki se inclinó hacia Josef Blau.

—Si se me permite, acaba de ocurrírseme —susurró—: si cambiamos las letras, ¿no es lo mismo Laub que Blau?

—¿Qué quieres decir?

—Nada, acaba de ocurrírseme. Pero no tiene importancia.

El tío Bobek dio un puñetazo en la mesa.

—Venga, venga, Marta, trae vino. Cuando el viejo Bobek celebra algo, nada es demasiado bueno ni demasiado caro. ¡A comer y a beber! Miradme a los ojos, buena gente, brindad por mí y hablad, somos amigos, el tío Bobek es amigo de todos, el tío Bobek no tiene enemigos, contadme y yo os contaré. Hay gente que no lo entiende, no bebas, te dicen, eso te llevará a la tumba y Dios no te lo premiará. Pero, digo yo, el vino es fruto de la tierra, lo mismo que el pan... Compartiremos el pan y el vino, lo cual me recuerda algo, ya lo veis, me he emocionado, sí, sí... a veces necesitas llorar, llorar con ganas, sabe Dios por qué te pasa, pero quizá no sea esto lo peor, si bien se mira, aunque seas un hombre hecho y derecho; sirve a todos, Martha, hijita, también ellos se emocionarán y se les soltará la lengua, beberemos y charlaremos hasta que se haga de día.

Sostenía el vaso de vino con la izquierda, les saludó uno a uno agitando la derecha y vació el vaso sin respirar.

Pollatschek alzó el vaso a contraluz. Tomó un sorbo, echó atrás la cabeza y gargarizó antes de tragar.

—Hum, hum —hizo agitando la cabeza con gesto de aprobación—. El vino por encima de todo. —Y también él vació el vaso.

¿Qué había susurrado Modlizki a Josef Blau? Modlizki se levantó. Tomó la botella de vino de manos de Martha y, respetuosamente, se situó detrás de la silla del tío Bobek. Cada vez que el tío Bobek vaciaba el vaso, Modlizki se adelantaba y se lo llenaba.

¿Por qué no había muerto Josef Blau aquella noche en que rezó junto a la cuna de Josef Albert? ¿Por qué despertó después de aquella noche? ¿Por qué estaba aquí? Quería levantarse, ir a la habitación contigua, junto a Josef Albert, su hijo. Era un niño débil, pero había que confiar en Dios. ¿Qué significaba eso de que los dos nombres tenían las mismas letras, oh Dios, oh Dios, *Deus, Deus meus, quare est tristis anima mea et quare conturbas me?* ¿Por qué, por qué sumes a mi alma en la tristeza y la confusión?

—Esto no es como aquello, Pollatschek —dijo el tío Bobek suspirando y mirando al vacío con nostalgia—. No, no. Tú dirás lo que quieras. Treinta personas a la mesa, sin contar a los Hotitz. Ahora, nueve, mirándonos unos a otros como si estuviéramos en un funeral. Entonces se gritaba y se cantaba de tal manera que uno no se oía la propia voz, y nada parecía bastante, cuando quería recordar, las fuentes y los platos estaban vacíos, seguro como que soy el mismo, y una canción tras otra, y música y baile, todavía me veo, Pollatschek, allí sentado batiendo palmas y coreando la

canción, todavía me parece oírla, que Dios me asista, porque no podía tenerme en pie, de lo que había bebido, ¡ja, ja, ja!... sabe Dios por qué será, pero esto es otra cosa, aquello no puede repetirse...

La madre lloraba con la cara entre las manos.

—Está llorando, Pollatschek, como una niña —dijo el tío Bobek—. ¡Mírala, Pollatschek! ¿Por qué estáis tan callados? A beber, os digo, a cantar, música, música, aquel día también hubo música, Mathilde, ¿por qué lo has olvidado tú también? Todo había empezado tan bien.

El profesor Leopold se había puesto en pie. Tenía la copa en la mano. En silencio, miró en derredor.

—Pst, pst —hizo Pollatschek.

—Permítame unas breves palabras para expresar mi felicitación al nuevo matrimonio. Yo no soy orador y pido indulgencia. Levanto la copa a la salud de *Herr Bobek* y de la que desde hoy es su esposa, y a la salud del pequeño Josef Albert. A él le deseo lo mejor que puede tener el ser humano, una mente sana en un cuerpo sano, *mens sana in corpore sano!* ¡Por los novios y por su nieto, vivan!

Se acercó al tío Bobek, que lo abrazó y le dio dos sonoros besos en cada mejilla.

El profesor Leopold besó la mano a la madre.

—Un hombre fino y educado —gritó la madre.

Modlizki sacó una armónica del bolsillo. De pie detrás del tío Bobek se puso a tocar una marcha. El tío Bobek agitó la copa, se volvió hacia Modlizki y le saludó con la mano.

—Toque —gritó—, quién se lo iba a imaginar, pues no ha traído el chico su armónica, espléndido muchacho. Tengo que pedirle perdón. Ese hombre da miedo, solía decir, las cosas como sean, no me gustaría tener que vivir de su caridad. Pero eso ya pasó. Un abrazo, hijo, la gente mala no canta, me había equivocado, deja que te abrace y permite que te tutee. —Brindó con Modlizki y le dio un beso en la mejilla—. Ya lo ves, Mathilde, cuando Bobek está de fiesta, triunfa la bondad.

Uno tras otro, se acercaron al tío Bobek para brindar con él. Cada vez, el tío Bobek vaciaba la copa. Cuando Josef Blau hubo brindado y bebido, el tío Bobek le tomó la flácida mano izquierda.

—Aquí estás, aquí estás tú. No estoy enfadado contigo. Aunque tampoco había tanta prisa. Pero bebe, bebe. El vino hace sangre, digo yo, y eso es lo que tú necesitas, sangre, sangre, digo yo, sangre, para que tengas algo que echar la próxima vez.

Modlizki seguía tocando. El tío Bobek batía palmas y balanceaba el tronco haciendo temblar la silla. Modlizki tocaba una marcha. El tío Bobek se apoyó en la mesa, se levantó y se puso a marchar tambaleándose y resoplando por el espacio que quedaba entre las ventanas y la mesa.

—¡A bailar! —gritó—. Toca un baile, muchacho.

Modlizki tocó una polka. El tío Bobek giraba a derecha e izquierda con las manos en las caderas. Todos se habían levantado. Martha y Pollatschek apartaban las sillas.

Josef Blau estaba apoyado en la mesa. Vio que el profesor Leopold tomaba a Selma por las caderas, Selma se levantó la larga falda con la mano izquierda. Giraba con Leopold en un pequeño espacio, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás. El tío Bobek, con una copa en la mano cuyo contenido se derramaba a cada paso, se balanceaba detrás de ellos gritando y cloqueando.

—¡Baila conmigo, conmigo, hija, miren a mi hija, baila conmigo!

Selma no le oía.

—Basta —dijo.

El profesor Leopold la dejó en una silla. Ella se sujetó firmemente al asiento con las dos manos, tenía los ojos cerrados y sonreía. Se le había soltado un mechón de pelo y le colgaba sobre la frente. El profesor Leopold estaba a su lado.

—¡Bebe, bebe! ¡Dadle vino! —gritó el tío Bobek—. Bebe, Selma, hija. ¿Y ahora qué, Modlizki, ahora qué?

—Tal vez que alguien diga unas palabras. Quizá *Herr* Blau sea el más indicado.

—¡Bravo, bravo, que hable Blau! ¡Es el más indicado! —El tío Bobek se dejó caer en el sofá—. Pollatschek, ven aquí, a mi lado. Que hable Blau, digo yo.

El tío Bobek rodeaba con el brazo los hombros de Pollatschek. Modlizki puso vino en la copa que el tío Bobek tenía en la mano. El tío Bobek se llevó la copa a los labios. La mano le temblaba de tal manera que el vino se le derramó sobre la chaqueta.

—Modlizki, dale de beber. Eso suelta la lengua, digo yo. Una copa de vino... así, muchacho... y un trago de licor... y ahora adelante, adelante, muchacho.

Josef Blau no opuso resistencia.

Bebió lo que Modlizki le daba, el vino y el licor. Se sujetaba con fuerza al respaldo de la silla.

Selma estaba delante de él, con los ojos brillantes.

—Habla —le dijo ella—, también tú tienes que hablar, ¿oyes?

Ella retrocedió. Estaba al lado de Leopold, entre las ventanas. Alguien tomó del brazo a Josef Blau. Era el viejo Hämisch. Josef Blau lo reconoció por la voz.

—Yo no soy más que un invitado pero quiero decir que esto es muy hermoso, *Herr* Bobek. Yo soy un invitado porque *Herr* Bobek dijo: «Usted no puede faltar el día de mi boda», y es que yo les conozco a todos desde hace tiempo y siempre pensé: *Frau* Kosterhoun y *Herr* Bobek formará pareja. ¿Y por qué no? ¿Y por qué no? ¿Y por qué no había de venir yo, digo yo?

El viejo Hämisch se interrumpió. Era como si esperase respuesta. Nadie habló. El viejo Hämisch carraspeó. Aún así a Josef Blau por el brazo.

—Sí, sí —dijo el viejo Hämisch en voz baja, mirando al suelo.

—¡Bien dicho! —gritó el tío Bobek.

—Como se habló de decir unas palabras, *Herr* Bobek. Y todo sea para bien. Pero pensé... aunque no sea más que un invitado y si me escuchan... pero no quiero ofender a nadie, nada más lejos de mi intención, yo soy un hombre temeroso de Dios,

y como ha dicho *Herr Pollatschek*: «Es una buena cosa», eso es lo que ha dicho. Pero el señor profesor está enfermo, ¿no es verdad?, le suda la frente, le pasa lo que a mi hija, que cuando se excita vomita sangre.

—¿Y por qué ha de excitarse, *Herr Hämisch*? Ni mucho menos. Si se calla, se pierde la cordialidad, y si nos hemos reunido es para tener cordialidad, ¿o me equivoco? ¿Por qué no habla? Todos dicen que tiene que hablar, pero él no habla. ¡Quizá si usted se sentara, *Herr Hämisch*, se decidiría! ¡Dale de beber, *Modlizki*!

El viejo *Hämisch* soltó el brazo de *Josef Blau*. Cabizbajo, se fue hacia la pared y se sentó en una silla.

—¡Por los novios! —gritó *Pollatschek*.

—Eso —dijo *Bobek*—, ¿y por qué no? Unas palabras para los novios.

Josef Blau vio a *Selma* al lado de *Leopold*. Parecían estar muy lejos de él, como si los mirara a través de unos gemelos de teatro puestos del revés. ¿La sostenía todavía *Leopold*? ¿La abrazaba todavía?

—Sí, sí —dijo *Josef Blau*—. Todos lo saben, lo hemos sabido desde el primer momento. Los novios. Pero no hay que cruzarse en su camino. Nadie sabe cómo puede acabar.

—Tiene razón, *Pollatschek* —dijo el tío *Bobek*—, mira, tiene razón. Nadie sabe cómo puede acabar. ¡Habla, sigue hablando!

Josef Blau dio un paso hacia *Selma* y el profesor *Leopold*. Extendió el brazo.

—Daos un beso. ¿Por qué no os dais un beso?

Su voz era alta. Mantenía el brazo extendido, señalando con el dedo a *Leopold* y *Selma*.

—*Blau* —dijo *Selma*. Se encogió en la silla y se tapó los oídos con las manos—. Calla, calla, calla —dijo.

—Está borracho —gritó la madre.

El profesor *Leopold* se puso delante de *Josef Blau*.

—Cállese —le dijo.

—Los novios —*Josef Blau* asintió. El profesor *Leopold* lo agarró del hombro. Lo hizo girar sobre sí mismo y lo oprimió contra la puerta del dormitorio. *Josef Blau* no se resistió. *Selma* se había puesto en pie de un salto. Se interpuso entre *Leopold* y *Josef Blau* y trató de empujar a *Leopold*.

—Déjelo —gritó—. ¡Ahora! ¡No lo toque!

—Perdón —dijo el profesor *Leopold*. Se inclinó hacia *Selma* y, lentamente, volvió a la ventana.

—Eres ridículo, *Blau* —dijo el tío *Bobek*—. No, no, *Pollatschek*, ya nada es como antes. ¡Una copa de licor, *Modlizki*!

Josef Blau entró en el dormitorio. Cerró la puerta con suavidad. Nadie lo siguió. Se sentó junto a *Josef Albert*, que dormía. En la mesa parpadeaba una fatigada lamparilla que proyectaba sombras temblorosas en la pared. En la habitación de al lado sonaba la voz potente del tío *Bobek*. ¿Qué era aquello de las letras invertidas?

¿Tenían que influir el uno en el destino del otro, maestro y alumno, quizá sólo por esta bobada, porque sus apellidos tenían las mismas letras? ¿Era un nombre algo más que sonido, formaba parte de uno, no podía uno tener otro nombre y seguir siendo el mismo? ¿Uno hacía al nombre o el nombre le hacía a uno? ¿Porque él era Josef Blau era ésta su esposa, éste, su hijo, éstos, sus alumnos; o era Josef Blau porque ésta era su esposa, éste, su hijo y éstos, sus alumnos? Si él se hubiera matado siendo alumno, ¿hubiera sido él Laub o hubiera muerto el alumno Blau? Si él, Josef Blau, hubiera sido el segundo hijo de sus padres, ¿hubiera sido él el hermano de Josef Blau que había muerto en la infancia? ¿Quién sería entonces Josef Blau? ¿O no hubiera existido Josef Blau? ¿No soy yo, preguntaba Josef Blau, sólo un individuo que sólo existe una vez en el tiempo y sólo tengo un destino que yo debo forjarme, o puedo tener muchos nombres y muchos destinos? ¿Puedo asumir el destino del alumno Laub, continuarlo, purgarlo, redimirlo? ¿Qué relación tiene todo ello, qué significa? Cuanto más pensaba, más se confundía.

Modlizki volvía a tocar la armónica. Quizá Selma bailaba otra vez con Leopold y todos los miraban y se reían. Se abrió la puerta. Alguien entró y volvió a cerrarla. Josef Blau no levantó la cabeza.

—El tío Bobek tiene razón —dijo Selma.

Estaba delante de Josef Blau, muy cerca. Su voz sonaba con dureza.

—Eres un hombre ridículo.

Ella se sentó en la cama.

Josef Blau no contestó.

—¿Qué quieres, Dios mío, no comprendes que te quiero, que sólo te quiero a ti? Te velo junto a tu cama, ese niño es hijo nuestro, ¿y tú no confías en mí?

Se levantó. Se acercó a él y le puso el brazo sobre los hombros.

—¿Qué crees? ¿Crees que quiero a Leopold? Él se muestra muy atento conmigo. Yo estoy disgustada, también por ti... pero... pero...

Ella le soltó.

—¿Quieres que te lo jure? —gritó ella—. Mira... —señaló la cuna de Josef Albert—, por su vida...

—Calla —rogó él.

—Ni así me creerías. Lo que yo he hecho... ninguna otra lo haría... Llevo faldas largas como una vieja, pero tú no me crees... ¡Qué más, qué más puedo hacer para que me creas!

Él no se movió.

Ella dio un paso atrás. Lo miró fijamente. Él estaba encogido sobre sí mismo, con la cara entre las manos. Ella permaneció unos instantes sin moverse y luego echó la cabeza hacia atrás.

—Comprendo —dijo en voz baja—. Ya quisiste decirlo una vez, pero entonces... dijiste otra cosa. Yo sabía lo que querías. Está bien, está bien... será como tú quieras.

—Yo no quiero nada, Selma.

—Así será. Entonces ya no creerás que me veo en secreto con Leopold o con... Karpel.

—¿Cómo supiste lo de la letra?

—Me lo dijo Modlizki. Tuve que prometerle no decir a nadie que lo sabía por él. Me dijo que si lo decía, el niño estaría maldito. Pero dice el profesor Leopold que eso son tonterías. Si no me crees, pregunta a Bobek quién tenía la letra. Hoy la pagó. Hasta hoy no dio el dinero la madre.

—¿Quién la tenía?

—La tenía Berger, el que prestó el dinero a Bobek.

—No, no —dijo Josef Blau.

—¡Berger, pregunta a Bobek, a la madre, a todos!

«No, no —pensó Josef Blau—, no puede ser cierto. No debe ser cierto. ¿Por qué, si no, habría ido yo a la Kasemegasse? *Deus, Deus meus!*»

La madre abrió la puerta. Llamó a Selma. Los invitados se despedían.

El tío Bobek estaba sentado en el sofá. A su lado, la madre le llenaba la copa.

—Me han abandonado, todos me han abandonado. Ya no es como antes —dijo con tristeza—. No, nada es lo mismo, me han dejado abandonado, no tengo a nadie a quien mirar a los ojos, a nadie, ningún amigo, el viejo Bobek está solo... y... no, no... el viejo Bobek no se avergüenza de estar llorando.

Las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

La madre se inclinó hacia él.

—No estás solo, Bobek —gritó—, yo estoy contigo y contigo me quedaré, amor mío.

—¡Calla! —dijo el viejo Bobek con voz ahogada por el llanto, apartándola con el brazo.

CAPÍTULO XIII

De las clases llegaban las voces de los chicos con un murmullo parecido al de un río lejano. A veces, cuando, a la llegada de un rezagado, se abría un momento una puerta, el murmullo crecía e inundaba el desnudo corredor embaldosado al que daban las clases. Faltaban pocos minutos para las ocho. Los chicos se apiñaban en torno a los sitios de los más adelantados, que recitaban la traducción de los textos marcados. Balanceaban el cuerpo, sentados en los bancos, murmuraban la lección, se golpeaban la frente con la mano, para grabar en la memoria las palabras huidizas, intercambiaban traducciones clandestinamente y escribirían presurosos en los cuadernos los deberes omitidos.

El profesor Leopold salió al encuentro del profesor Blau. Le estrechó la mano. Se ofreció para acompañarlo a clase, pero Josef Blau rehusó. Leopold le entregó un cuaderno de tapas negras. En él figuraban los nombres, de los alumnos por orden alfabético y las calificaciones conseguidas durante el tiempo en que el profesor Leopold se había hecho cargo de la clase.

Josef Blau titubeó un momento antes de abrir la puerta. ¿Se acallaría el griterío cuando él entrara, se inclinarían los alumnos, cada uno en su sitio, le mirarían en silencio o estallaría inmediatamente el motín que lo barrería de allí? Abrió la puerta. Los chicos se pusieron en pie y, a su señal, se sentaron en silencio. Él no miró a la clase. Sentía las miradas que lo perseguían, que lo palpaban, que lo taladraban, miradas que lo escrutaban descaradamente, miradas curiosas a las que nada podía escapar, ni la nueva arruga de su cara, ni la vacilación en el andar, ni el nuevo ritmo del corazón.

Josef Blau entró como siempre, pasando directamente de la puerta a la tarima y describiendo la trayectoria habitual hasta llegar a su sitio. Hizo la anotación en el libro de clase. Allí estaban ellos tal como él los dejara, cada uno en su sitio, inmóviles, mirándole, todos menos uno.

Josef Blau bajó la mirada. Había un hueco, una boca abierta que gritaba, que le acusaba. No habían ocupado el lugar. Querían que fuera él quien llenara el hueco que él había abierto. Allí estaba Karpel, con la cabeza inclinada sobre el banco. Karpel les habría contado cómo había sucedido. Josef Blau no le veía la cara, que quizá sonreía, sólo le veía la raya blanca del pelo. Aquel lugar no podía quedar vacío. Él tenía que llenar el hueco, tapar la boca que gritaba, amordazarla. Él tenía que ordenar que en aquel sitio se sentara otro, él ya había pensado lo que diría porque contaba con la eventualidad.

«Vacha —quería decir—, siéntese en el lugar de Laub».

Pero Josef Blau seguía con la cabeza inclinada, sin decir palabra. La clase callaba y esperaba. Él no veía a los chicos, pero sabía que habían comprendido. Su inmovilidad se rompió, los chicos se miraron, movieron la cabeza. Ellos comprendían que, si ahora se levantaban, él no podría imponerse. Que ya no podría dominarlos ni

obligarles, porque intuían lo que pasaba por él. Adivinaban que era superior a sus fuerzas, porque estaba allí sin moverse, con la cabeza inclinada, en silencio. Porque también eso lo unía ahora a los chicos, también eso los empujaba a todos nadie sabía adónde.

Se arrastró una silla. Josef Blau levantó la mirada. Bohrer se había puesto en pie. ¿Qué quería Bohrer? ¿Era el primero en levantarse cuando los otros aún vacilaban? ¿Se acercaría a él, entre las risas de toda la clase, para golpear en el hombro al maestro con sus manos coloradas y deformadas por los sabañones? El chico se adelantaba despacio, balanceando los brazos. No miraba al maestro. Al llegar al primer banco, se detuvo y se sentó en el sitio vacío de Laub, frente a Josef Blau.

Puso las manos encima de la mesa y se quedó con la cabeza inclinada. Oh, los otros comprendían que Bohrer se había levantado para salvar al maestro, que estaban aliados, el alumno Bohrer, el hijo del pasante, que tenía brillo en los codos de la chaqueta, y Josef Blau. ¿No sonreían? ¡Oh, Dios!, ¿cuándo acabaría aquella clase?

Uno se inclinó y, debajo del banco, miró el reloj a hurtadillas.

Josef Blau no se situó en su lugar acostumbrado junto a la ventana. Sentado, abrió el libro y, sin levantar la mirada, empezó a leer donde había terminado el profesor Leopold. Ahora comparaban su voz con la del profesor Leopold, de timbre más sonoro. Querían al otro como lo querían todos, como lo quería Selma, la madre, y el mismo tío Bobek. Al otro, que no sabía la responsabilidad que le cabía cuando se ponía frente a los chicos. El profesor Leopold no había recibido ninguna señal, a él no le había elegido Dios, si alguna vez se había dado una señal al profesor Leopold, él no la había comprendido.

Josef Blau hacía preguntas. Los chicos contestaban, pero las respuestas eran vacilantes, inseguras, entrecortadas. Era como si los chicos, ante todo, quisieran averiguar si aquello era real: la mirada del maestro, que antes los dominaba, fija en el suelo; la voz, baja, preguntando en un tono casi suplicante, como si quisieran cerciorarse de que no se trataba de un astuto plan para imponerles la disciplina con mayor rigor todavía. A medida que avanzaba la clase, las voces de los alumnos adquirían más firmeza y seguridad. Una voz se inflamaba con la otra, empezando en el tono en que la anterior había terminado y subiéndolo, para tantear hasta dónde se podía llegar sin que el maestro se levantara y aplastara el motín. Josef Blau no miraba al chico al que preguntaba. Que llegara lo que hubiera de llegar. Que supieran los chicos lo que ya intuían, que eran los más fuertes, los vencedores. Que él ya no podía oponerse a ellos, que no tenía autoridad, que ya no podía enfrentárseles, dominarlos por la fuerza, mantenerlos quietos y a distancia.

No preguntó a Bohrer ni a Karpel. Karpel miraba el libro abierto ante sí. Él era el otro al que Josef Blau había visto en la calle oscura aquella noche, la sombra que estaba junto a Modlizki. Era la noche que tan satisfactoriamente había comenzado. Karpel sabía más que los otros. Él sabía por qué el maestro había tenido aquel vómito de sangre. Él vio al maestro a la luz amarilla del farol, con el cuello subido y el ala

del sombrero echada hacia la cara cuando Laub gritó, quizá lo siguió con la mirada cuando él se alejaba corriendo, hasta que desapareció por la puerta negra del cuartel.

Ahora Karpel callaba. Pero pensaba en ello y sabía lo sucedido el día de la boda de Bobek, sabía muchas cosas, sabía que ahora el profesor Leopold iba a ver a Selma todos los días y que se sentaba con ella en la sala, mientras Josef Blau se encerraba en la habitación que fuera de la madre, porque Josef Blau no quería estorbar. Modlizki se lo contaba, porque seguirían viéndose como antes, y Modlizki transmitía al chico su odio contra el maestro al que perseguía no sabía por qué, pero se adhería a él como una sanguijuela, no lo soltaba, como el enamorado no suelta a su novia, Modlizki nunca tenía bastante. Pero ¿no había ya terminado todo? Josef Blau ya no impedía nada, ya no buscaba nada, no asumía más responsabilidades, lo único que hacía era respirar, decir y hacer lo imprescindible para vivir, para alimentar a Josef Albert. ¿O incluso eso era demasiado: que estuviera allí, unido a tantos destinos, responsable de ellos? Tanto si hacía como si dejaba de hacer, seguía ligado a Josef Albert, lo arrastraba consigo hacia su destino, porque lo que fuera de Josef Blau sería también de Josef Albert. Cuando los chicos se fueran a casa comentarían y confirmarían lo que cada uno había observado. Modlizki los apoyaría. Y mañana todos se rebelarían, crueles, sin compasión, contra él, que no se defendía, lo escarnecerían, lo destruirían y, con él, a Josef Albert, el hijo que Josef Blau había engendrado, el hijo en el que se concentraban él mismo, su padre, su madre, la enfermedad, la culpa y sus tribulaciones.

No era lícito que Josef Blau se permitiera enseñar, tenía que dejarlo, renunciar a erigirse en guía, en juez. En su camino yacía un muerto. No era lícito que él no apartara su camino del camino de los demás. Él debía marcharse, buscar la soledad, irse al campo a hacer de jornalero, salir al camino a pedir limosna, solo, sin Selma, sin hijo, olvidar a su hijo, para que sus pensamientos no le afectaran, no influir en el destino de nadie, no hacer más de lo que ya había hecho y cuyas consecuencias eran infinitas.

En la mesa, se sentó frente a Selma. Selma llevaba un pañuelo negro ceñido a la cabeza cubriéndole la frente y las orejas y atado en la nuca. Josef Blau sabía lo que significaba el pañuelo. Ella se había cortado el pelo para no gustar a nadie, y para que él la creyera. Él no la miraba. Rehuía su mirada. Ella le preguntó qué tal día había tenido en la escuela, si no le cansaba hablar, si se sentía bien. Él respondió lacónica y cariñosamente. Después de comer, él se levantó. Entró en la habitación que antes fuera de la madre. Allí se envolvió en una manta y miró por la ventana la maraña de vías de la estación. La habitación tenía salida independiente. Josef Blau acechaba todos los ruidos que sonaban en la escalera. Los peldaños crujían. Pero era alguien que entraba en la casa de al lado. Luego, unos pasos que se alejaban. Y aquí llegaba el profesor Leopold. Subía las escaleras de dos en dos. Ya llamaba a la puerta. Selma le abrió y él entró hablando en voz alta. Josef Blau oyó sus voces amortiguadas, porque las puertas de la habitación de Josef Albert que quedaba entre él y ellos

estaban cerradas. Ya no se les oía. ¿Hablaban en voz baja? ¿O ya habían dejado de hablar y se abrazaban en silencio?

Él no se levantó.

Volvieron a oírse pasos en la escalera. Alguien se sonó delante de la puerta. Se encendió una cerilla. Ahora alguien tanteaba la puerta de la habitación en la que se encontraba Josef Blau. Josef Blau abrió. Era un hombre con un paquete.

—¿El profesor Blau vive aquí? —preguntó. Llevaba en la mano una gorra azul como las que usan los repartidores de las tiendas.

—Soy yo.

—Le traigo esto.

Josef Blau tomó el paquete. Firmó el acuse de recibo en un libro que le presentó el hombre. Después, el repartidor bajó la escalera.

Josef Blau llevó el paquete a la ventana. Era una caja grande, cuadrada, envuelta en papel blanco. Josef Blau deshizo los nudos y quitó el papel. La caja era marrón y tenía pegado en la tapa un gran papel blanco, cuadrado, en el que, en grandes letras latinas, sin duda para disimular la caligrafía, se leía: «Teresito».

Josef Blau cerró los ojos. Ya había ocurrido. Había ocurrido lo que él había previsto.

Ahora ya nada detendría a los chicos. ¿Lo abría? ¿Miraba lo que le enviaban? ¿Echaba el paquete a la chimenea sin mirarlo? Era mejor saber, conocer el camino por el que venían, para no salirles al encuentro, y preparar el corazón para todo lo que hubieran tramado.

Levantó la tapa. Quizá sea una bomba, pensó sonriendo, abro el paquete y encuentro el camino. Pero el paquete pesaba poco y ellos no tenían intención de matar sino de acosar, como los cazadores al zorro.

Levantó la tapa. Vio seda de color claro. La levantó sin comprender: una camisa-pantalón color de rosa con puntillas, como las que usaban la madre y Selma. ¿Cómo lo sabían? Eso no podían saberlo por Modlizki, no, no. Uno de ellos había tenido que verla en camisa. La dejó caer en la caja. Metió la caja en el armario. Apoyó la frente en el cristal de la ventana y cerró los ojos. Le ardía la cara. ¿Qué significaba aquello, qué querían?

Selma abrió la puerta. Él no se volvió. No debía verle la cara, sonrojada de vergüenza.

—Ha venido el profesor Leopold —dijo—. ¿No sales? El café está en la mesa.

—Gracias... pero tengo que salir un momento.

Cuando ella se fue, él tomó el sombrero y salió.

Regresó al cabo de una hora. Subió las escaleras con sigilo. No debían oírle llegar. Dentro de la casa sonaban voces. El profesor Leopold seguía allí, sin duda. Quizá estuviera también la madre, de visita. Abrió la puerta de su habitación sigilosamente y encendió la luz. Luego, abrió el armario en el que estaba el paquete y puso junto a él otro parecido que traía debajo del brazo, volvió a cerrar el armario y

se sentó a la mesa. Como no encontró papel, pluma ni tinta, arrancó una hoja de su bloc de notas, sacó un lápiz del bolsillo y escribió:

«El armario de la habitación de tu madre no está vacío como supones. Hay dos cajas. Una tiene un papel en el que se lee “Teresito”. Contiene una camisa de mujer color de rosa con puntillas y es un regalo para “Teresito” —así me llaman mis alumnos—. Con eso pretenden destruirme, porque la camisa es como las que usas tú y sólo quien te la haya visto puesta puede haberla elegido. Pero no quería hablarte de eso. Porque, ¿adónde nos conduciría? He decidido no indagar en ti, no interrogarte. Nunca sabré lo que ocurre cuando vas de paseo con el profesor Leopold, ni, aunque me lo jures, lo sabré como si estuviera allí. Yo sé lo que me dice la razón, pero ya no me cruzo en tu camino. Tú te cortaste el pelo y yo pensé: “Así no se descubrirá ante ningún hombre”. Pero es precisamente eso lo que te arroja en sus brazos, el que yo te lo pidiera, porque, aunque callara, tú sabías que yo te lo pedía; de todos modos, si en lugar de eso hubiera hecho otra cosa, como suplicarte o decirte que te quiero, sería esa otra cosa lo que te lanzaría en sus brazos, nunca se sabe lo que una palabra puede acarrear. Pero yo no quería hablar de esa caja sino de la otra. La camisa puedes usarla, regalarla a tu madre, a quien le gustan esas prendas, o hacer con ella lo que quieras.

»Lo que contiene la otra caja es para Josef Albert. Si llega a ir a la escuela, abre la caja y saca uno de los dos trajes que hay en ella. Los dos son del mismo estilo. Uno, para un niño de seis años y el otro, algo mayor. Son trajes de marinero con el cuello azul celeste, corbata blanca y pantalón corto con botones dorados. Son de tela resistente y duradera, elegidos por mí mismo en una buena tienda.

»Todavía no sé cuándo se encontrará esta carta. De todos modos, quise comprarlos, porque deseo que mi hijo lleve esos trajes cuando vaya a la escuela. Si tiene que ser ahora o dentro de poco cuando se den las circunstancias para las que escribo estas palabras, yo no habré oído a mi hijo llamarme. Yo lo quiero, pero ¿para qué hablar de eso? Me es difícil separarme de él, no poder estar a su lado, no sentir su calor, no ver sus ojos intuitivos. Quizá su mirada busque a su padre. Si no lo quisiera tanto, permanecería a su lado.

»Imagino que para ti todo será un enigma. Yo no soy más culpable que otros, pero he sido elegido para tomar conocimiento de mi culpa. Yo la arrostraría si el castigo sólo me alcanzara a mí, pero nos alcanza a todos, porque dependemos los unos de los otros».

Quería seguir escribiendo, explicar, hablar del juez que anotaba las faltas y ante el que todos eran uno, una clase como la de los chicos en la escuela. De la relación que guardaban las cosas entre sí, palabra con palabra, acto con acto. De su lucha para encontrar el camino que conducía a Dios y de la señal que había recibido. Pero comprendió que no podía decírselo. Tomó la hoja y la escondió en el bolsillo.

CAPÍTULO XIV

El orden se había roto. Estaban de pie, solos o en grupos, reían, proferían gritos y burlas, juramentos y palabras de ánimo a los compañeros, silbaban y golpeaban los pupitres, cada vez con más fuerza, al principio, sólo alguno que otro, después, todos juntos, con la boca abierta, el pelo revuelto y la cara colorada. Uno arrastraba al otro, desgañitándose, alborotando con ferocidad, rechazando la disciplina impuesta por el maestro, el orden que él mantuviera escrupulosamente porque sabía lo que ocurriría cuando se desmoronara, cuando se perdiera el equilibrio de fuerzas, cuando vieran anulada la autoridad del maestro, cuando le vieran a él, Josef Blau, el maestro, debilitado, inerme, sin voluntad, pasivo, con las manos juntas delante de la cara y la mirada fija en el pupitre. Ya no estaban unidos por el orden alfabético, Blum a Bohrer, Christian, Drapai, Fischer, Fleischer, Fuchs, Glaser, Goldmann, Haber, Japp, Karpel, Lehenhart, Müller, Pazofski, Reis y Vacha, ya no estaban atados al asiento, todas las normas habían sido transgredidas; estaban de pie, riendo, escarneciendo, desconcertados por lo insólito de la situación, sin saber qué más podían hacer. Ahora habían empezado a lanzar flechas de papel a su pupitre.

Él distinguía las voces. No levantaba la mirada pero las reconocía. La de Pazofski, ya ronca, de hombre, el falsete de Lehenhart, la risa burlona de Japp. Pero ¿dónde estaba Karpel? ¿No gritaba, no reía con los demás? Josef Blau no oía la voz de Karpel. La hubiera reconocido entre todas. ¿Era Karpel el mudo general que dirigía el ataque? ¿Callaba Karpel? Quizá aún no estaba todo perdido. Quizá, si Josef Blau se levantaba, los abarcaba con una mirada y pedía orden con voz serena, si llamaba a los chicos por su apellido, aprehendiéndolos, fijándolos, dominándolos, podría sofocar, aplastar el motín. Quizá bastara una mirada para que ellos recobraran la compostura, para que se miraran unos a otros y, como en un espejo, vieran la propia cara en la cara del otro, alterada, con la mirada extraviada y el pelo pegado a la frente húmeda; para acallar aquellos gritos desaforados, para hacer que el frenesí cediera paso a la cordura.

Josef Blau no se levantó. No apartó las manos de la cara. Ya no quería retrasar nada. Ya no buscaba moratoria, ni gracia. Esperaba. Bolas y flechas de papel le golpeaban y volaban junto a él. Todavía no le arrojaban objetos contundentes. Quizá pronto le tiraran los libros, los tinteros, cuchillos. Su ira crecía alimentada por su debilidad, que era la única razón de la ira. Le pareció que dejaban sus sitios y avanzaban. Ahora llegó una voz del primer banco, del sitio de Laub, era la voz de Bohrer. Los otros corearon el grito, lo repitieron, al principio desordenadamente y después a compás, golpeando el suelo con los pies y las mesas, con los puños:

—¡Asesino, asesino, a...se...si...no...!

«Me levantaré —pensó Josef Blau—. Saldré de la clase. Si se me echan encima, no me defenderé. Me levantaré».

Advirtió que ya estaba de pie, notó que sus piernas se movían, que había cerrado

el libro, que no había olvidado ponérselo debajo del brazo como siempre, y que había cogido el sombrero. Ahora estaba frente a la clase. Se había engañado. Todos estaban sentados, cada cual en su sitio. ¿Volvía a estar vacío el de Laub? No, en el sitio de Laub se sentaba Bohrer. Pero había un hueco. Era el sitio de Karpel el que estaba vacío. ¿No había venido Karpel? Los chicos miraban al maestro. Callaban. Esperaban algo de él, que dijera algo, que hiciera algo. Pero no dijo nada. Se fue, con la cara vuelta hacia ellos, como si todavía se permitiera dominarlos con la mirada, describiendo el semicírculo habitual desde la tarima hasta la puerta, no cabía la menor duda de que se marchaba, porque ya tenía en la mano el picaporte y lo hacía girar. Salió al corredor y cerró la puerta cuidadosamente, como si en la habitación que acababa de abandonar durmiera alguien.

Josef Blau se detuvo, con la espalda apoyada en el marco de la puerta. En la clase había silencio. Ahora estarían detrás de la puerta, deliberando. No podían creer que él hubiera huido para siempre sin oponer resistencia, rindiéndose al primer ataque. Oyó que la puerta de la clase se abría desde dentro y se cerraba con sigilo. Le habían visto. Ahora Josef Blau volvía a oír sus voces, amortiguadas, susurrantes. No podían sino pensar que estaba reponiéndose, esperando a que se calmara el alboroto para volver al cabo de unos minutos. Estarían preparándole un nuevo recibimiento. Quizá lo esperaran colocados en semicírculo delante de la puerta para echársele encima todos a la vez. Él los defraudaría. No volvería. Trataba de serenarse, desde luego, en esto no se equivocaban, cerró los ojos un momento, pero no volvería a ponerse delante de ellos. Se iba. Ya no volvería a verlos con sus trajes de marinero escotados, ni a Karpel, ni a Lehenhart, ni a ninguno de ellos. Dejaba esto sin mirar atrás, y dejaba a Selma y a Josef Albert, sin despedirse, para no volver, para estar solo, para buscar su propio destino, su propia vida, para no estar encadenado a otros, para no sentir el peso de una responsabilidad mortal, para no tener nada que ver con Josef Albert, ni con Selma, ni con los chicos, sería un peregrino, un mendigo, un jornalero en granjas remotas, pobre, casto, obediente, simple y limpio de toda culpa. Los pensamientos mueren y ya no van a Josef Albert. Él está en el camino, como un árbol. Respira, sonríe, ha quedado limpio de culpa, su mente nada recuerda de Laub, ni de Modlizki, ni de la escuela, ni de los maestros, ni de su esposa, ni de su hijo. En su cabello anidan los pájaros. Sus actos son inocentes, porque no involucran a nadie y Dios, detrás de la mesa larga con el crucifijo, ha levantado el índice, pero no le amenaza sino que le llama. Y todos han bajado la cabeza, los chicos, Selma, Modlizki y hasta el tío Bobek calla y la madre sonríe, como si también ella hubiera entendido lo que una hermosa voz dice o canta en tono quedo. Es el sonido de esa voz lo que llega al corazón, porque las palabras se pierden, este sonido es la salvación, la redención que produce un sosiego tan dulce que unas cálidas lágrimas resbalan por las mejillas de Josef Blau.

Una mano se posa en su hombro suavemente.

—¡Tranquílcese!

Josef Blau abre los ojos. Delante de él está el profesor Leopold.

—Lo oí todo, estaba en el corredor. No es tan grave, *Herr Blau*, tranquilícese. Desde luego, ¿quién iba a esperarlo? Pero no hay que perder la calma. Ya verá, no es más que un interludio después del cual las relaciones entre usted y los alumnos, sí, estoy convencido de ello, serán más estrechas. Me gustaría acompañarle, *Herr Blau*, entrar con usted en la clase, si me lo permite. Entre usted como diciendo: bueno, muchachos, basta de tonterías y volvamos al trabajo. ¿No tengo razón? ¿No le parece lo mejor?

—Se lo agradezco —dijo Josef Blau.

—¿Está de acuerdo, *Herr Blau*? ¡Y no crea que mi presencia vaya a debilitar su autoridad! Bastará una palabra para explicarla. Aunque, si lo prefiere, me quedo fuera. En realidad, no hace falta que yo entre. Los chicos ya están arrepentidos, sin duda, y dispuestos a reparar el mal. Yo estoy convencido de que, en el fondo, tiene usted buenos chicos en la clase. Vamos, entre ya.

—No pienso volver ahí dentro, *Herr Leopold*.

—¿No volver? ¿Cómo debo interpretarlo? ¿Piensa dimitir? ¿Pedir la baja? No haga eso, *Herr Blau*, o, por lo menos, antes termine esta clase debidamente. Se lo ruego —dijo el profesor Leopold—, permita que le impida cometer un error irreparable. Después me lo agradecerá, *Herr Blau*, lo sé. ¡Vamos!

Tomó del brazo a Josef Blau, lo empujó hacia la puerta y abrió.

Los chicos estaban en sus sitios. Cuando la puerta se abrió, se pusieron en pie. Josef Blau vacilaba.

—¡Entre! —susurró el profesor Leopold a su espalda—. ¡Entre!

Josef Blau dio un paso. Ya estaba dentro de la clase. Los chicos no se movían. Tenían la cara vuelta hacia él. El profesor Leopold tenía razón. Sin duda, los chicos se arrepentían del incidente y le agradecían que volviera, sin haber tomado medidas severas de acuerdo con la dirección de la escuela. Él quería seguir el consejo del profesor Leopold, iría a su sitio como si no hubiera ocurrido nada, empezaría la lección y tal vez al final de la clase diría unas palabras, que había estado enfermo y que contaba con el apoyo de los alumnos.

Los chicos seguían de pie. Josef Blau indicó con un ademán que se sentaran. Ellos titubeaban. Ahora él, como siempre, se dispuso a subir a la tarima desde la misma puerta. Su mirada tropezó con la pizarra. En la pizarra habían pegado una gran hoja de papel marrón con un dibujo y un texto escrito en toscas letras, como un cartel. Josef Blau se quedó sin aliento. No comprendía. ¿No se reían los chicos? Era un cuerpo femenino, grande, descubierto, con un busto opulento, anchas caderas y la cabeza inclinada. ¡Aquella cabeza! La cabeza estaba rapada, desnuda, fea como una bola reluciente. Josef Blau leyó la inscripción. Cerró los ojos. No entendía nada. Repitió en voz baja:

—Selma, víctima de Blau.

Echó el brazo hacia atrás, el libro cayó al suelo. Corrió a la pizarra. Arrancó la

hoja, estrujó y rompió el papel. Se volvió. La puerta estaba abierta. El profesor Leopold se había quedado en el corredor. Josef Blau no lo vio. Los chicos no se habían sentado. Tenían la cabeza inclinada. Sin duda, sonreían. Se fue hacia ellos, paso a paso, bajó de la tarima, despacio, con la boca abierta, los brazos extendidos y las manos abiertas, se acercó al primer banco, allí estaban ellos, bien peinados, con la blanca media luna en las uñas, su pantalón corto, las piernas al aire, y la blusa escotada que dejaba el cuello desnudo. ¿Qué cuello era éste que él tenía entre los dedos, en el que sentía latir la sangre? ¿De quién eran esos ojos en blanco y esa cara roja y esa boca abierta? Ahora lo rodeaban. Lo agarraban por los brazos. Él no soltaba presa. Le tiraban de la chaqueta y de las mangas. Sus manos asían el cuello. Era el profesor Leopold el que le hablaba ahora. Le oprimió las muñecas hasta que Josef Blau sintió que perdía la fuerza y sus dedos se abrieron. Vio la cara del chico echada hacia atrás. Era Japp, ahora lo reconocía. Los otros lo sostenían por debajo de los brazos. Lo dejaron en el suelo. El profesor Leopold se inclinó sobre Japp. Josef Blau oyó la voz del profesor Leopold. Los otros rodeaban al profesor Leopold. Formaban círculo. No veían a Josef Blau. Josef Blau estaba solo. Tenía la cabeza inclinada. La puerta estaba abierta. Lentamente, salió. Nadie se volvió hacia él.

Caminaba despacio y en línea recta, sin saber adónde iba. El corazón le latía con fuerza, sabía que no podría seguir andando durante mucho tiempo, sentía un fuerte dolor y una opresión en el pecho. Es el fin, pensó. Lo pensó una y otra vez, porque era un pensamiento conmovedor y la emoción suavizaba el dolor y provocaba unas lágrimas que eran como caricias.

Se sentó en un banco del parque. Apoyó la cabeza en las manos. Esto era la despedida. Mañana lo buscarían. Encontrarían la carta en el cajón. Selma lloraría y se vestiría de luto. Lo darían por muerto, porque no entenderían. El tío Bobek consolaría a Selma, a su manera. El profesor Leopold ocuparía el lugar de Josef Blau ante todo el mundo y muy pronto se borraría el recuerdo de Josef Blau, que sólo por la noche volvería a Selma como una pesadilla, o a Josef Albert como un sueño incomprensible y vago. Aparecería Modlizki que, con gesto impasible, como el que comenta un hecho cotidiano, relataría los incidentes de la última clase. Porque Modlizki ni siquiera ahora le dejaría en paz. Él intuía, olfateaba su rastro como un perro, el de la pieza herida. Incluso ahora trataba de destruirlo, de vengarse, sí, vengarse, eso era, él se vengaba de Josef Blau, él era el vengador, no había escapatoria, era Satanás. ¿Por qué los chicos huían a su paso? ¿No lloró Josef Albert en la cuna cuando entró Modlizki? Él les había entregado a Selma, él les había allanado el camino con sus amenazas de que destruiría a Josef Blau y destruiría al niño, indudablemente, ellos la habían visto desnuda, habían probado en ella su virilidad y quizá ella sonreía cuando se entregaba a Karpel o a varios, porque eran jóvenes, su piel era cálida, suave y viva, ellos eran viriles en su juventud, ella se había quitado el pañuelo, habían descubierto el cráneo desnudo, tonsurado. Josef Blau debió suponerlo al mirarla delante de él el día de la boda de Bobek, cuando bailaba con Leopold, cuando Josef Blau pronunció

su discurso, un hombre ridículo, había dicho el tío Bobek, ella le odiaba mientras él hablaba y le odiaba mientras se cortaba el pelo. Modlizki lo había comprendido y la instigó hasta que ella consintió. Modlizki lo perseguía sin descanso y, si no podía alcanzarlo a él, alcanzaría a otros, ¡a Josef Albert, el niño! Josef Blau no salvaba a nadie huyendo, aquello continuaría aunque él se fuera, ¡la fiera tenía que saciarse, lo quería a él, Josef Blau, y aquí, aquí, aquí estaba!

—¡Aquí estoy, aquí estoy! —susurró—. ¡Mátame, aquí estoy!

Se había levantado.

Le saldría al encuentro con la cabeza baja, ¡que se la abriera Modlizki! Éste era el objetivo, éste era el fin. Aquí se cerraba el círculo. Hasta ahora no comprendía que Modlizki era el instrumento, el emisario enviado para destruirlo.

Caminaba por el parque apresuradamente. Al llegar al cruce, torció hacia la casa de Modlizki.

«La víctima —pensaba—. Alguien me prestaría una venda blanca. Camilo, la pequeña víctima».

Oprimió el pulsador del timbre. La puerta se abrió. Él sonrió al ver a la diosa con el brazo levantado en actitud indolente, que resplandecía al sol. Le pareció que le miraba y le sonreía a su vez, cuando él la saludó.

CAPÍTULO XV

La sala con las armas y los trofeos de caza no se hallaba en penumbra como de costumbre. Las cortinas estaban subidas y por el ventanal entraba la luz del día. Tampoco Modlizki tenía puesta su chaqueta negra. Llevaba una blusa a rayas blancas y azules y, en la mano, un trapo del polvo. Se inclinó. Josef Blau había preparado lo que le diría: «Mátame ya, aquí me tienes», quería decirle. Pero Modlizki le miraba con aire deferente y servicial, como si esperase una orden. Josef Blau callaba.

—La hora es inusitada —dijo Modlizki.

Ofreció a Josef Blau una silla. Josef Blau no se sentó. Modlizki, tras una pausa, prosiguió:

—Empieza la estación calurosa. Es conveniente proteger de las polillas las prendas de vestir y las pieles, con naftalina y periódicos. Es medio de probada eficacia, dictado por la humana precaución, si se me permite la expresión.

—¿Qué estás diciendo, Modlizki! —exclamó Josef Blau—. ¡Tú sabes por qué he venido! He dejado la escuela. Tú les diste la idea, no podía ser otro. Se lo sacaste a la madre o al tío Bobek. Karpel solo no se hubiera atrevido, ni aun de haberlo sabido. Tú me odias, Modlizki. ¿Qué quieres de mí? ¡Contesta, contesta! ¿Adónde quieres arrastrarme?

—No entiendo —dijo Modlizki.

—¿No entiendes? ¿Tengo que hablar con más claridad? ¡Ja, ja, ja! La han dibujado desnuda, con la cabeza rapada, y han clavado el dibujo en la pizarra. ¡Se lo has dicho tú, no puede haber sido otro!

—¿Sólo yo puedo habérselo dicho?

Josef Blau se apoyó en el respaldo de la silla que tenía al lado.

—Tienes razón —dijo lentamente—. Pueden haberlo sabido... quizá lo supieron sin tu ayuda... Pero dibujarla... Modlizki... eso fue idea tuya, no lo niegues, Modlizki... tú me odias, sí, y a todos, a todos, pero a mí más que a nadie, siempre he querido hablarte de ello, darte una satisfacción, tal vez no soy inocente, pensaba, pero de nada hubiera servido, no he podido olvidar tu mirada, en casa de Wismuth, cuánto tiempo ha pasado, cuando me llevaron al comedor y a ti te dejaron en la cocina, no lo has olvidado, cada vez que hablas conmigo sólo piensas en eso, en que te dejaron en la cocina y a mí me sentaron a la mesa que tenía mantel. Eso es, lo sé, Modlizki, por eso quieres vengarte, pero ¿cuánto tiempo tiene que durar todavía, Modlizki? Mírame, yo quiero darte una satisfacción, olvídalo, hace mucho tiempo de aquello, éramos niños, ¡déjalo ya, Modlizki!

La cara de Modlizki estaba inmóvil.

—Wismuth —dijo—. Me acuerdo vagamente. Un comerciante con perilla y barriga. Creí que lo había visto en casa de Herr Colbert. Por consiguiente, me equivocaba. ¿Comía yo en su casa? No guardo rencores. Yo no esperaba ese reproche. Si no supiera que es un hombre de educación superior el que me lo hace,

me reiría, si se me permite la expresión. Comprendo que soy muy torpe para entender qué relación puede haber.

—¡Modlizki, he perdido el pan, Modlizki! ¡Tú tienes la culpa! Odiabas a Laub, pero a mí, todavía más, o me habrías hecho morir a mí y no a él... oh, Dios mío... Dios mío...

Josef Blau se dejó caer en la silla. Escondió la cara entre las manos.

Modlizki callaba.

Luego, Josef Blau volvió a oír su voz.

—Creí haber explicado todo. No se me ha entendido. Yo no odio a nadie, ¿no es eso lo que he dicho? Si odiara, ¿no me situaría en su misma esfera? Pero nosotros no pertenecemos a esa esfera. Es como un gran teatro en el que los señores y señoras actúan y nosotros, pienso yo, nos sentamos en la oscuridad, uno al lado del otro, sin movernos, ni llorar, ni reír, haciendo como si no oyéramos ni viéramos, y yo pienso que un día los actores sentirán cierta inquietud y luego angustia y desesperación.

—Sí, sí —dijo Josef Blau. Él no había venido para hablar de eso. Quería levantarse y marcharse. No volver a casa. Dejar atrás todo, olvidar todo, no tener culpa, no estar involucrado en nada ni ser consecuencia de nada. Se levantó. No miró a Modlizki. Miró por la ventana las copas de los árboles. Vio la espalda de la tranquila diosa blanca—. Sí, sí —dijo—; yo ya siento esa angustia y desesperación.

—Creo que se me juzga mal. No fue idea mía ni tengo culpa.

—¿Quién la tiene entonces? ¿Karpel? Él se ha mantenido apartado. No estaba en la escuela. ¿Por qué no fue?

—No fue idea mía, como digo, y por lo que respecta al joven, él no faltó a la escuela por esa razón, ya que él tiene otros propósitos. Yo pienso que todo debería tomar otro derrotero y que el orden debería ser otro y que sería bueno que fuera otro, ¡y eso trato de conseguir! Porque somos una masa grande y ellos están frente a nosotros, frente a cada uno de nosotros individualmente, y todo podrá cambiar si nosotros somos rebeldes pero obedientes, porque nosotros no tenemos poder y nos obligarían a obedecer, si no sonreímos, si no lloramos, si no participamos y así los empujamos a la locura y la desesperación, porque podemos y tenemos derecho a hacerlo, porque somos grandes y somos fuertes y somos innumerables. ¡Es por eso y no por odio! Porque no veo otro camino más que el que he tomado y que servirá de ejemplo y será seguido.

Modlizki dio un paso atrás. Hablaba más de prisa de lo habitual.

Josef Blau volvió la mirada de la ventana a él. Modlizki tenía gotitas de sudor en la frente.

—Pido perdón, pero es la ocasión de decirlo y no a causa del dibujo, sino del joven. El joven Karpel ha caído en mis manos. Yo no tengo nada que temer, acabe como acabe el asunto, ya que no hice más que satisfacer deseos y obrar como debe obrar un hombre de mi condición. No me atormenta la conciencia. Los jóvenes pierden el dominio de los nervios y también sus padres lo perderán, pero nosotros no

tenemos nervios ni recuerdos de padres, maestros o estatuas blancas, ni tenemos educación, por lo que, si cunde el ejemplo, nos quedaremos como estábamos. Yo no engañé al joven, fue él el que no me reconoció, porque me encontró obediente y dispuesto a todo, y a mí no me conmovió su bondad ni su cuerpo esbelto, ni su pelo cuidado, porque no debían conmoverme, y tuve fuerzas para resistirme, porque yo sé de qué va y por qué tiene que suceder así. Si me llamara, yo no acudiría. Pero el joven no me llamará.

Modlizki se acercó a la ventana. Se asomó y miró al exterior. Josef Blau siguió la dirección de su mirada. Entre los árboles se veía un trecho de calle y varios jardines y casas.

—Es ahí —dijo Modlizki señalando una casa de dos pisos situada a cierta distancia, en dirección a la ciudad—. Las ventanas están abiertas.

—¿Qué le ocurre?

—Todavía nada. Si hubiera ocurrido algo, se notaría. Acudiría la gente y se avisaría al señor y él volvería a casa. Si hubiera vuelto, se vería el coche. Es un coche americano.

—¿Qué ocurre, Modlizki? ¿Está en peligro? ¡Dios mío, qué le has hecho! ¡Habla con claridad! ¡Tienes que ayudarlo! Al fin y al cabo... ¡No, no, otra vez no, Modlizki...! ¡Tienes que impedirlo, Modlizki!

—No creo que sea de mi incumbencia.

—¿Qué es? ¡Por Dios, quiere matarse! ¡Tú lo sabes! ¡Tú puedes salvarlo! Corre, corre... antes de que sea tarde, tú serías culpable de su muerte, ¡sálvalo, sálvalo!

—Yo fui promotor y camarada en todo; un hombre, de origen oscuro, y un criado. Seguro que él se desprecia a sí mismo por esta razón, y verme no lo salvaría, ni queriéndolo yo, sino que lo avergonzaría. Aunque todavía haya tiempo, no soy yo quien puede detenerlo.

—Yo... yo... Modlizki... ¿Por qué vuelves a desconcertarme, oh, Dios mío...? Yo quería... Vine a verte por... No, no, él no... Yo no quiero, Modlizki, no es asunto mío, a mí no me atañe, ¡es cosa tuya! Caerá sobre tu cabeza, no sobre la mía... Jesús, María... habla, habla, di que no es verdad... ¿Por qué callas? Sí, sí, iré yo, iré yo... no hay más remedio, no... no... —Se acercó a Modlizki. Le oprimió el brazo—. ¿Por qué me lo has dicho? Tú y yo no volveremos a vernos. No te temo, estás loco, eres un desequilibrado y un hombre débil. Eres un cobarde, aunque tú digas que eres un rebelde contra el orden. Lo que quieres es que actúen los demás.

Lo soltó. Se alejó por el jardín apresuradamente. Con un zumbido, saltó el resorte de la puerta.

No podía llegar tarde. No podía, al fin, cargar también con la muerte de Karpel. Tenía que correr hacia esa casa, hacia esa verja, lo quisiera o no, porque tenía que quedarse al lado de Karpel hasta que llegara quien pudiera hacerse cargo del muchacho. No hacía falta que hablara con Karpel, sólo que estuviera allí, quizá que llamara al padre de Karpel, para dejar al hijo a su cuidado, porque no era asunto de

Josef Blau, o sólo lo era hasta que llegara otro, él iba solo porque no había más remedio si no quería tener que cargar con más culpas, sólo por eso cruzaba corriendo el jardín, subía la ancha escalinata y entraba por una pesada puerta de madera tallada. Un viejo criado le miraba con asombro. Josef Blau respiraba de prisa. Tenía la cara colorada.

—El señor Karpel, hijo —dijo.

—¿A quién anuncio?

—Es urgente.

Siguió al criado pisando mullidas alfombras que ahogaban los pasos. Subieron por una escalera de madera con barandilla tallada hasta el segundo piso. El criado llamó a una puerta y entró. La puerta quedó entornada. Josef Blau oyó la voz de Karpel y la del criado que contestaba. No hay tiempo que perder, pensó Josef Blau. Empujó la puerta y entró en la habitación de Karpel pasando junto al criado.

Karpel se había puesto en pie. Estaba detrás de una mesa grande, cubierta de libros y cuadernos y miraba fijamente a Josef Blau.

El criado se quedó en la puerta, esperando. Sin cambiar su actitud ni la dirección de su mirada, Karpel le hizo una seña. El criado se fue, cerrando la puerta con suavidad.

En la habitación había dos ventanas y, entre las ventanas, un balcón abierto a una terraza. De las paredes colgaban grabados de vivos colores en marcos sencillos. A la izquierda, una puerta que se hallaba entornada conducía al dormitorio. En el rincón, a la izquierda de las ventanas, había una mesita de fumador entre dos mullidas butacas y, en la pared de enfrente, un piano abierto. Las paredes estaban tapizadas de paño oscuro. La gran mesa cuadrada del centro era de madera oscura y no tenía tapete. Al lado de la mesa, por la parte de las ventanas, estaba la silla alta de la que se había levantado Karpel al entrar Josef Blau. Karpel tenía los ojos irritados de no dormir. El pelo le caía sobre la frente. Llevaba un blusón de terciopelo negro mal abrochado, ceñido con un cordón, y pantalón de terciopelo con anchos galones negros a los lados.

—Vengo de hablar con Modlizki —dijo Josef Blau. Karpel bajó la cabeza sobre el pecho.

—Siéntese —dijo Josef Blau.

Karpel obedeció.

—Continúe lo que estaba haciendo, Karpel. Me quedaré hasta que llegue su padre.

Karpel se sentó, encogido, con la cabeza profundamente inclinada sobre la mesa. La mirada de Josef Blau tropezó con la cubierta multicolor de un libro. Representaba la conquista de México por Hernán Cortés. Se sentó frente a Karpel y empezó a hojear el libro. Oía la respiración de Karpel. Pero Karpel no levantaba la cabeza. ¿Cuánto tardaría el padre? Debían de ser las once. ¿Dónde estaba la campanilla? Quizá Josef Blau debiera llamar al criado, dar la alarma. Debía de haber en la casa

otras personas. La madre de Karpel, más criados. Si Karpel volvía un arma contra sí, Josef Blau solo no podría quitársela. Pero Karpel permanecía sentado como en la escuela, con la cabeza inclinada, sin moverse, sólo que ahora tenía el pelo en desorden, como la mesa, cubierta de libros, cuadernos y papeles. ¿Cuánto rato llevaban así? ¿Cuántas veces había pasado Josef Blau las páginas del libro que tenía en la mano? Pero entonces Karpel levantó la cabeza. Josef Blau dejó el libro. Karpel se levantó de un salto con tanta brusquedad que la silla cayó al suelo con estrépito. También Josef Blau se había levantado.

—No, no —gritó Karpel—. ¡No aguanto más! ¿Qué ha venido a hacer aquí? Ya sabía que era cruel, pero... Ahora ya he dejado de ser alumno suyo, ¿sabe? ¿Quién le autoriza a meterse en mi casa? ¡Márchese, márchese le digo!

—Debe usted permitirme que me quede, Karpel. Sólo por la fuerza podría conseguir sacarme de aquí. Ya no me dejo involucrar en nada más, ¿me ha oído? Ya basta. Es algo que tiene que ver con cosas y circunstancias que no son del caso. No quiero ser responsable como en lo de Laub, ¿me entiende? Yo me quedo hasta que llegue su padre.

—¿Responsable? ¿A usted qué le importa lo que yo piense hacer? ¿Es asunto suyo o mío? No tiene derecho a impedirlo.

—Tal vez no. Pero si una persona se arroja al agua y uno que pasa casualmente por allí lo ve, y esa persona se ahoga porque el otro no hace nada para salvarla, ¿no cree que también ese otro que pasaba por allí por casualidad puede considerarse culpable de la muerte del suicida?

—No podrá usted impedirlo. Si acaso, retrasarlo.

—Pues de eso se trata precisamente. Lo que ocurra después de que haya llegado su padre, no me incumbe. Pero no creo que el que ha sido rescatado una vez vuelva a arrojar al río tan fácilmente.

—Es usted un... un... Le odio, siempre le he odiado... ¡Deje ya de salvarme! Yo soy enemigo suyo. Déjeme... —Karpel apoyó las manos en la mesa. Incluyó la cabeza. Sus hombros temblaban—. Dios mío, Dios mío, ¿qué sabe usted de mí?

—Sé que me odia.

—¿Qué sabe de mí? ¿Ha venido a salvarme? ¡Usted hubiera podido salvarme, sí, usted, sólo usted! ¡Entonces aún no era tarde! —Dio media vuelta sollozando y se acercó al balcón. Se apoyó en el marco—. Yo fui en su busca —dijo sin mirar al maestro—. El día de la excursión le seguí al bosque. Le vi detrás del árbol, ¡oh, cómo podría olvidarlo! Pedí al profesor Leopold, cuando usted se puso enfermo, que le preguntara si podía acompañarle... ¡Usted hubiera podido salvarme, hubiera podido ayudarme, usted le conocía, usted era amigo suyo!

Karpel se volvió. Se pasó un pañuelo de seda por las mejillas y los ojos.

—Perdone —dijo. Su voz estaba serena—. Me comporto como... Dirá usted que soy un niño... Ya es tarde para todo. Perdone y haga el favor de dejarme solo.

Josef Blau guardaba silencio. Miraba la mesa, el libro que acababa de hojear y

que había quedado abierto por una lámina policromada. Unos hombres armados rodeaban a alguien, ¿qué podía ser? ¿Una batalla, un asesinato? ¿Entonces Karpel le había buscado, no porque le odiara, sino porque necesitaba ayuda, y él lo había rechazado, lo había reafirmado en su odio, no había visto al niño desvalido y atribulado, él, el maestro? Josef Blau hubiera tenido que ver el peligro en que se encontraba Karpel, hubiera debido hablarle, tenderle la mano, ayudarlo. ¡Y se enteraba ahora! ¡Cuando ya era tarde, o quizá no, quizá no era tarde! Ahora él estaba allí, ahora no le rechazaría, ahora le tendería la mano, ahora enmendaría su error.

—Yo le ayudaré —dijo en voz baja.

—¡Ayudarme! Si usted supiera... —Oprimió el pañuelo contra los ojos.

—Dice que ya no es alumno mío. Tiene razón. Ya no soy su maestro. He dejado la escuela. ¿Sabe lo del dibujo... el dibujo en la pizarra?

—¿Ha visto el dibujo? ¡Oh, Dios, oh, Dios...! Modlizki lo...

—No quiero hablar de eso, Karpel. Si lo menciono es porque, cuando salí de la escuela, creía que tenía que... que no me quedaba más solución que... Y cuando usted... como Laub... ya ve, aquí estoy... ¡No tiene nada que temer de mí, Karpel! Si yo hubiera adivinado... pero yo le compensaré, dígame lo que debo hacer, yo le ayudaré.

Karpel movió la cabeza lentamente. Se había sentado en la butaca al lado de la ventana y se cubría la cara con las manos.

—Llamaré a Modlizki. Tendrá que venir y, aunque sea por la fuerza...

—No, no —dijo Karpel—, no hay nada que hacer... Si usted supiera... ¿cómo le diría? Quería escribirlo, para que lo encontraran después, pero no puedo, nadie lo sabrá más que él. Estoy manchado, degradado... me doy asco... apártese de mí... ¡No, no, no me haga hablar de eso!

Cuando gritaba y sollozaba, tenía voz de niño. No, no, no era un hombre. Era un niño maltrecho y acorralado. A él, a un pobre muchacho, había empujado Modlizki a la angustia y la desesperación. El revolucionario que quería destruir el orden.

—Habría que obligarle a venir, para que lo viera —dijo Josef Blau—. Pero ahora se esconde, ahora tiene miedo.

—Modlizki no tiene miedo. Si se lo ha dicho no es por miedo sino para salvarme... porque... me quiere. ¿Le ha dicho que debía intentarlo? ¿No comprende que ya no puedo...? No, no... Déjeme... no quiero hablar más ni pensar más... ¡Déjeme!

—Yo fui a verle y me dijo... Y cuando me marchaba... No, no me retuvo, Karpel. —Josef Blau estaba al lado de Karpel. Le puso la mano en el pelo. Karpel se levantó de un salto, se desasíó y se alejó hacia la ventana.

—No me toque, no, no, nadie debe tocarme... Me avergüenzo... ¡Oh, Dios...!

—Karpel, ¿no cree usted en nada...? Quiero decir... ¿no cree que hay algo que hace que todo suceda según sus leyes? ¿Incluso lo que le ha ocurrido a usted? No se ría. Que no rige la casualidad, sino...

—¿Dios?

—Dios, por ejemplo.

—¿Usted cree?

Josef Blau asintió.

—¿En qué?

—¿En qué? Sí, ¿en qué? —Hizo una pausa y miró en derredor, como si buscara algo. Luego sonrió—. Creo en Dios Padre, todopoderoso, creador del cielo y de la tierra y en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo, nació de Santa María Virgen, padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso; desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo; la Santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida perdurable. Amén. Así lo aprendí en la escuela.

Lo dijo en voz baja, sin entonación, como un niño que recita la lección.

Karpel le miraba con asombro. Luego movió la cabeza.

—No —dijo—. ¡No! Y, aunque creyera en algo, no me serviría de nada... ¡No puedo, no, no!

Calló. Josef Blau miraba al jardín.

—Cuando me vaya de aquí —dijo suavemente, sin volverse hacia Karpel—, no pienso regresar a mi casa. He abandonado la escuela y abandono a mi hijo y a su madre, porque... no puedo explicarlo con facilidad... se lo diré, porque quizá no hubiera venido a impedir que haga lo que se propone, de no ser por eso. Porque yo sabía que usted me odiaba y que el dibujo de la clase no podía haberse hecho sin usted. Pero he venido. No por usted... sino por mí. Porque no quería, con mis actos u omisiones, ser responsable de lo que pudiera suceder cuando yo me hubiera ido... Usted no me entiende, ¡cómo va a entenderme!, porque si ahora me voy y hace usted lo que se propone, yo tengo la culpa: porque yo sé que si le hubiera querido un poco más, si le hubiera querido como a un hijo, habría encontrado la forma de salvarle.

—¿Usted me hubiera obligado a seguir viviendo? ¿Salvarme? Y qué vida hubiera sido... No puedo mirar a nadie a la cara. No, no, si usted me hubiera querido, tal vez hubiera llorado, tal vez se hubiera apenado, pero no me habría detenido. ¿Y para qué? ¿Qué es lo que me espera?

—¿Sabía yo lo que me esperaba hace una hora, cuando creí que no me quedaba más que morir? ¡Karpel, Karpel, ahora lo comprendo! —Se había vuelto hacia Karpel con las manos levantadas—. ¡Oh, Dios mío, Dios mío, hasta ahora no lo he visto, hasta ahora no lo he comprendido! Esta hora me abre los ojos. ¡Para esto tenía que suceder todo, Señor, para esto! ¡Perdone, usted no comprende lo que me pasa! ¡Yo estaba ciego, tampoco, tampoco yo he comprendido hasta ahora, hasta ahora, y no tenía fe! Verá, es como un mosaico, en el que nosotros no hacemos sino ir colocando

pequeñas piezas de colores hasta que, de pronto, nos damos cuenta de que forman una figura. Todos somos alumnos, formamos una gran clase y sólo vemos la dificultad de la tarea diaria, pero no alcanzamos a ver el gran programa de estudios. Hay que ir confeccionándolo paso a paso, palabra a palabra, día a día, hasta que, de pronto, cuando nos ilumina la Gracia, oh, Dios... entonces, durante un momento, se levanta el velo, lo vemos, como yo lo veo ahora... Estaba desesperado, pero ¿estaría yo aquí, Karpel, para ayudarlo, de no ser por el dibujo de la pizarra y todo lo demás, su odio contra mí o mi odio contra usted y el dibujo provocado por ese odio, y toda la cadena interminable de hechos, toda esa serie de clases, hasta que, al fin, aquí estoy? ¡Ahora sé que yo le salvaré, porque todo ha ocurrido para que llegara este momento, para el bien, para la Gracia! Y también todo lo que usted ha sufrido estaba en su programa para algo, tal vez no para usted mismo, sino para un desconocido, o para una palabra, para un acto, para una obra, quién lo sabe ahora, un día lo sabrá. ¡Mañana, mañana, estará usted como yo estoy ahora ante usted, con los ojos abiertos, lleno de alegría, salvado! Lo que le ha ocurrido no ha ocurrido en vano, tal vez sirva para hacerle más grande o más débil, más pobre o más rico, pero, sin duda, más comprensivo y más sensible de lo que era antes.

Estaba delante de Karpel y le había tomado la mano.

—¡No rechace mi mano! No bajo la cabeza, Karpel. ¡No me deje marchar sin esperanza! Este momento... yo se lo debo, Karpel, le doy las gracias... antes yo estaba confuso por todo, estaba confuso, ¿o es que durante un momento ha soplado sobre esta pobre criatura un hálito de eternidad?

Karpel no retiró la mano. Lentamente, bajó la cabeza hasta apoyarla en el hombro de Josef Blau. No contestó ni contuvo las lágrimas, que le resbalaban por las mejillas y empapaban la oscura tela de la chaqueta de Josef Blau.

—¡Llore, llore, las lágrimas son una hermosa oración, hijo! No las contenga, déjelas correr, la muerte no tiene poder sobre el que llora. Ella nos tienta y nosotros le hacemos sitio en nuestro corazón, bajo muchas formas nos tienta y nos pone a prueba, Karpel, pero ahora ya no temo por usted, hijo. Adiós, Karpel. ¡Ya no me necesita!

Bajó las escaleras y salió a la calle. Vaciló un momento, como si se tambaleara. Luego, con paso rápido, volvió a la ciudad, volvió junto a Josef Albert, Selma, el profesor Leopold, la madre y el tío Bobek, a los que estaba unido.



HERMANN UNGER (Boskovice, Moravia, 1893 – Praga, 1929) fue un escritor alemán. Nacido en el seno de una familia judía de la alta burguesía, se doctoró en derecho en la Universidad de Praga y comenzó a trabajar en el Ministerio de Asuntos Exteriores checo. Durante la Primera Guerra Mundial fue llamado a filas y cayó herido en el frente. Sus primeros textos, básicamente narraciones breves, fueron publicados en 1920. A partir de ese momento continuó dedicándose a la literatura y, además de narraciones, escribió dos novelas y dos obras de teatro, de entre las que destaca sin duda la titulada *El general rojo* (1928).

Para Ungar, el hombre es siempre el prisionero de sus obsesiones sexuales y patológicas, tal como se puede leer en *Niños y asesinos* (1920), *Los mutilados* (1923) y *La clase* (1927).

No tuvo demasiada aceptación en su época. No obstante, redescubierto en la década de los años sesenta, Ungar se convirtió en el centro de una discusión de carácter psicopatológico más que literario.